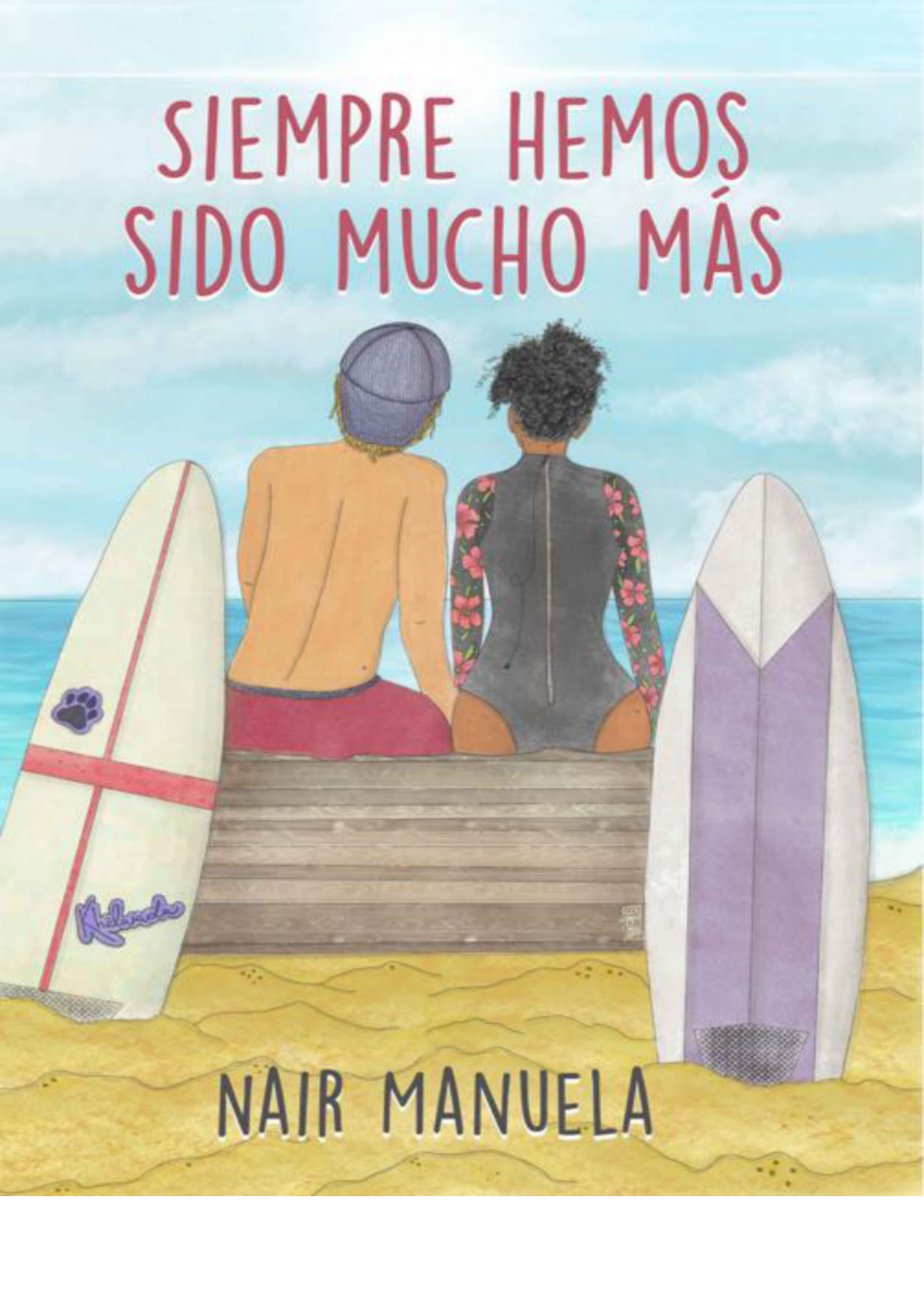

SIEMPRE HEMOS
SIDO MUCHO MÁS
NAIR MANUELA

Siempre hemos sido mucho más
Nair Manuela

Autoría y derechos: Nair Castro Rivas
Ilustración de cubierta: Carolina Rodríguez
Corrección: Gemma Iglesias
Maquetación: Rachel's Design

Nada puede ser tan malo
como eso que hicimos y nunca recordamos,
como eso que nos hicieron y nunca perdonamos
Mala Rodríguez, *Lluvia*

Índice

Prólogo

EN EL CENTRO DE LA FRIENDZONE

HUGO

Adoro el mar y el olor a salitre.

Llevo toda mi vida haciendo surf gracias a que mi padre nació en Fehmarn, una isla del mar Báltico a la que se la conoce como la «Hawái de Alemania». Después se mudó a Berlín para trabajar y allí conoció a mi madre cuando ella, que es española, estaba haciendo un doctorado y él trabajaba en un bar de la zona universitaria. Se casaron y, cuando yo tenía nueve años, a mi madre le surgió un puesto de trabajo que no podía rechazar, así que los tres nos mudamos a Madrid.

A pesar de ello, antes de mudarnos a España solíamos ir mucho a Fehmarn a casa de mis abuelos. Allí me pasaba el día surfeando con mis primos. De hecho, es una costumbre que no ha cambiado con el paso del tiempo, porque cada año hago un par de escapadas para ver a mi familia paterna y aprovecho para gastar neopreno.

Aunque espero poder visitarlos pronto, esta vez he venido a la costa cántabra con mi amigo Álex.

Todos los veranos nos cogemos algunos días para practicar juntos aprovechando que sus padres tienen un piso en una de las mejores zonas para hacer surf de España.

Álex es buen tío y hasta hace unos meses diría que era alérgico al amor, pero ha terminado enamorado hasta las trancas de su compañera de piso. Desde que todos sabemos que están juntos, no se ocultan a la hora de mostrarnos lo mucho que se quieren. Además, es divertido y con él puedes hablar casi de cualquier cosa. Por no decir que siempre es el primero en apuntarse a cualquier plan.

Ha sido una suerte trabajar en la misma tienda de ropa que él. Desde el primer momento encajamos a la perfección. Y, poco tiempo después, se incorporó también Sara a la plantilla.

Sara.

Desde la primera vez que vi su sonrisa no he podido sacarla de mi cabeza. Y eso es una putada, porque ella solo me ve como un amigo más. Es preciosa y una simple sonrisa suya me anima el día.

Suspiro resignado y alzo la vista al mar, que parece una piscina, ya que apenas hay olas.

—¿Qué te pasa, tío? Llevas un rato ausente —pregunta Álex mientras se mece con el mar a mi lado.

Descarto al momento ponerme a hablar de mis sentimientos hacia ella.

—Vaya mierda de olas. Creo que se ha acabado nuestro fin de semana de surf.

—Eso parece, llevamos media hora sentados en las tablas y ni una sola. ¿Comemos y nos vamos?

Asiento con la cabeza y salimos juntos del agua debatiendo sobre si comemos en el chiringuito de la playa o bien en la hamburguesería a la que vamos siempre que venimos. Al final gana la grasa pura.

Al llegar nos sentamos en una mesa de la terraza. Pido la hamburguesa de la casa con patatas gajo y una cerveza sin alcohol. Hemos venido en mi furgoneta, por lo que me toca conducir. Por mí conduciríamos mitad de camino cada uno, pero Álex dice que no está acostumbrado a un vehículo tan grande y se niega a conducirla.

—¿Cómo van las cosas con Sara?

Casi me atraganto y tengo que beber para ayudar a pasar la hamburguesa.

Ignoraba que Álex estuviera al tanto de lo que siento por ella. De hecho, pensaba que lo estaba disimulando muy bien, pero se ve que me equivocaba.

¡A la mierda! Si ya lo sabe, al menos podré desahogarme con alguien.

—Estoy completa e irremediablemente en la *friendzone.* —Levanto los hombros colocándome la gorra—. Justo en el puto centro.

—¿Estás seguro de eso? —pregunta.

—Lo estoy. Me trata como a uno más del grupo con el que echarse unas risas de fiesta o tomarse algo después del curro, pero la cosa no avanza de ahí.

—A lo mejor no es consciente de lo que sientes por ella. ¡Y mira que es fácil darse cuenta! —dice riéndose.

—Capullo. No sabía que era tan evidente.

—Hugo, cada vez que Sara aparece tus ojos no dejan de seguirla y estás disperso, no hablas.

—Soy tímido y me pone nervioso. —levanto las manos en señal de disculpa—. Además, esta semana ha venido Salva a buscarla una tarde a la tienda.

Álex niega con la cabeza y se pasa la mano cabreado por la cara.

—No me lo puedo creer. No sé qué más necesita para mandarlo a la mierda. ¡Si hasta se folló a otra en su cama! —suelta frustrado.

—Ella se merece mucho más, no a ese gilipollas. Y no me refiero a mí. Me refiero a que sea feliz, tanto sola como con otro tío. —Suspiro—. Venga, vamos a comer, a ver si llegamos a Madrid a una hora decente, no hay previsión de que mejore el oleaje.

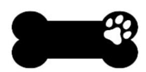
Si a Álex le molesta mi cambio repentino de tema no dice nada. Siempre ha respetado los tiempos de los demás y no presiona. De hecho, es uno de los motivos por los que valoro tanto su amistad.

—Me ha dicho Marcos que han quedado a última hora de la tarde para tomarse unas cañas. ¿Te vienes? —propone.

—Claro. A ver… —Reviso mi reloj y añado—: Son las dos. Entre que comemos y nos duchamos en tu casa, podemos salir a las tres y

estar en Madrid sobre las ocho.

—Pues venga, movimiento.



El viaje es tranquilo. El tráfico fluye durante casi todo el camino, aunque no nos libramos del típico atasco de entrada a Madrid. Lo peor de esta ciudad en verano es su calor, pero a estas horas se está bastante bien en la calle para estar a principios de agosto.

Llegamos a la terraza cuando Raúl y Lucía ya están esperando.

—Hombre, ¿qué tal por el norte? —Lucía se levanta para darnos dos besos.

—El viernes y ayer genial, pero hoy apenas hemos podido surfear. El mar parecía un plato, estaba en calma —respondo.

Me siento a su lado y ella apoya la cabeza en mi hombro con confianza.

Conozco a Lucía desde que me mudé a Madrid y coincidimos en el colegio, y desde entonces hemos mantenido la amistad. La Lucía que yo conocí era distinta: alegre, divertida y se llevaba bien con todo el mundo, pero durante la carrera lo dejó con su exnovio Mauri, que también era amigo mío, y empezó a mostrarse más distante, seria y reservada. Nunca me ha contado con detalle lo que le pasó, pero tuvo que ser algo importante para que hubiera cambiado tanto. Sé que su madre falleció de cáncer, pero estoy seguro de que hay algo más detrás.

Por suerte, desde la fiesta de graduación de Álex está más agradable en general e incluso pasa más tiempo con las chicas. Aunque no diría que es feliz. Siempre tiene esa aura de no saber bien dónde está su lugar.

Apoyo la cabeza sobre la suya y le aprieto la pierna con cariño.

—No entiendo qué gracia os hace estar horas tragando agua salada cada vez que os caéis de la tabla —interviene Raúl.

—Eso lo dices porque no aguantarías ni diez segundos sobre ella —contesta Álex riéndose.

No sabemos qué iba a contestar Raúl porque en ese momento llegan Ari, Marcos, Carlota y Sara. La primera se acerca a Álex y le da un breve beso en los labios antes de sentarse en la silla de al lado. La cara de mi amigo cambia y se agranda su sonrisa.

—Se me sigue haciendo muy raro que estéis juntos cuando todos pensábamos que no os tragabais —exclama Raúl.

—Habla por ti —dice Lucía—. Os dije hace meses que había algo entre ellos y no me hicisteis caso.

—Toda la razón. Nunca volveré a dudar de tu sabiduría, Lucía.

Todos nos echamos a reír, ella incluida.

Sara se sienta enfrente de mí y se pone a hablar con Carlota. Me quedo embobado mirándola. Está impresionante. Bueno, lo es. Su piel es oscura y tiene rasgos africanos. Sus ojos son de forma almendrada y marrones enmarcados en unas pestañas interminables. Su nariz es achatada en la parte de abajo y tiene unos labios gruesos que me vuelven loco.

Álex carraspea a mi lado y giro la cabeza con rapidez cuando Sara mira hacia nosotros. Me sonríe y pregunto lo primero que se me ocurre.

—¿Mañana trabajas?

—No. Tengo dos días de mudanza —responde con su habitual sonrisa.

De hecho, es la persona que conozco que más sonríe del mundo. Tiene siempre ese optimismo contagioso por el que sientes que eres capaz de hacer todo y que las cosas van a salir bien.

—¿Y eso? Pensaba que te gustaba tu piso —pregunta Ari.

—Y me gusta, pero he encontrado otro más barato, con dos habitaciones y más cerca del trabajo.

—¿A dónde te mudas? —pregunta Lucía.

—¿Sabes la frutería que ocupa media acera junto a la calle donde está el arco?

—Sí, la de al lado del parque. Hugo vive cerca —le responde.

—Pues el edificio de enfrente. Uno que tiene fachada de piedra gris y ventanas negras.

Me quedo paralizado. Ese es mi edificio. Llevo viviendo ahí un año, desde que acabé Administración y Dirección de Empresas y pude trabajar en la tienda a jornada completa.

Sabía que se alquilaba un piso en mi planta, pero no pensé que ella estaría buscando casa.

—El edificio de Hugo —vuelve a responder Lucía riéndose.

—¡No fastidies! —contesta Sara mirándome encantada—. Me mudo al quinto.

—Yo también vivo en el quinto, pero derecha —consigo responder por mí mismo una vez pasado el *shock* inicial.

—¡Somos vecinos, qué maravilla! Un brindis, chicos —añade aplaudiendo.

No sé si yo estoy contento o no con la noticia. Por un lado, podré verla más y puede que incluso pasar más tiempo juntos. Pero, por otro, será muy complicado sacarla de mi cabeza sabiendo que está a tan solo una puerta de distancia.

CAPÍTULO 1

NECESITO CAMBIOS

SARA

Tres meses después

Estoy agotada. Me he pasado la tarde en Ikea con Ari comprando muebles para su piso nuevo. Álex y ella por fin han dado el paso de mudarse juntos, aunque en realidad conviven desde que se conocieron.

Menos mal que Hugo nos ha dejado su furgoneta y hemos podido llevar todo en un solo viaje. No entiendo por qué al resto le da miedo conducirla, yo me siento muy cómoda al volante.

Después de descargar todo, hemos estado un par de horas montando lo básico para que puedan empezar a vivir allí, hasta que Hugo y yo nos hemos ido porque ambos trabajamos mañana en la tienda.

Es una suerte vivir en el mismo edificio. Desde que somos vecinos se ha convertido en mi mejor amigo. Hacemos planes, vamos juntos a trabajar e incluso me ayuda a bajar a mi perro cuando yo no puedo. Es una de las personas más buenas que he conocido.

Salimos del ascensor y escucho un ladrido. Sé que viene de mi casa y que el causante es Erik, mi samoyedo al que tanto adoro. Lo acogí cuando buscaba perro y encontré a una pareja que tenía dos y habían tenido cachorros, pero solo querían buscarles un buen hogar porque no les parecía bien comercializar con ellos. Ahora tiene seis meses y es precioso con su largo pelo blanco, orejas puntiagudas y todavía caídas, pero siempre alerta y una cola enroscada por encima de los muslos.

A menudo se le ha llamado a esta raza «perros sonrientes» y así es. Erik siempre tiene una expresión de felicidad que me contagia y me pone de buen humor. Somos muy parecidos en ese sentido, porque yo adoro reír.

—Creo que alguien ya tiene fichada nuestra forma de andar —dice Hugo a mi lado.

—Sí, nos tiene calados —respondo riéndome—. De hecho, muchas veces sé que has llegado a casa porque escucha el ascensor y se pone a ladrar como un loco.

Abro la puerta y mi bola de pelo preferida se me tira encima ladrando y meneando la cola alegremente. Después de saludarme a mí, se abalanza sobre Hugo con sus pequeñas patas y le regala un par de besos en las manos.

—Bueno, mañana te veo —se despide a los pocos minutos tras acariciar a Erik.

No quiero despedirme todavía. Desde que estamos en otoño y pasamos más tiempo en casa, me he aficionado a ver series y películas con Hugo. Antes de mudarme a este piso ni siquiera tenía cuenta en

ninguna de las plataformas de *streaming,* porque apenas veía la televisión. Incluso cuando estaba con Salva y queríamos ver algo juntos veíamos cualquier película que echaran en la televisión, aunque, siendo sincera, Salva siempre tenía algo mejor que hacer y yo acababa pintando con música de fondo. Pero ahora muchas veces me apetece más este plan que salir varias veces por semana. Será que me estoy haciendo mayor.

—¿Te apetece cenar algo? Esta mañana he cogido pollo asado y llega para los dos —propongo sabiendo lo mucho que le gusta a Hugo el pollo del local que tenemos cerca del edificio—. Podemos ver otro capítulo de *Dark* mientras. Estoy muy enganchada a esa serie por tu culpa.

Hugo parece un poco reticente a mi oferta, pero en cuanto levanto las cejas sonriendo claudica negando con la cabeza.

—Vale, pero solo uno —dice con una pequeña sonrisa—. Aunque no es culpa mía que estés tan enganchada, la serie es increíble.

Hugo no es de esas personas que sonríe demasiado, sino que más bien son sonrisas pequeñas y tímidas que se le escapan de vez en cuando. Además, se pone rojo con cualquier comentario subido de tono o si alguien da mucho la nota. Es adorable.

Es increíble lo rápido que establecemos ciertas rutinas con personas con las que compartimos nuestro día a día. Desde que me mudé Hugo y yo pasamos tanto tiempo en casa del otro que sabemos dónde está todo. Así que no me extraña en absoluto que él se mueva por mi piso con total soltura mientras ponemos la mesa. De hecho, me gusta la confianza que tenemos.

Tras cenar en la mesa baja del salón, Hugo se pone en el lado izquierdo del sofá y yo en el derecho, como siempre. Le paso el cojín que sé que más le gusta y yo me quedo con el otro. Subo los pies al sofá y extiendo la manta sobre los dos.

Erik se acerca a nosotros y se sienta al lado de Hugo mientras este le rasca la cabeza hasta que se cansa y se tumba a sus pies. Cuando está Hugo, siempre se pone a su lado.

Una vez leí que los perros nórdicos suelen escoger a un líder y obedecen y prefieren a esa persona por encima del resto. No tengo dudas de que mi pequeño traidor no me ha escogido a mí. Por mucho que yo lo cuide, le dé mimos o le compre chuches, en cuanto Hugo entra por la puerta, yo dejo de existir. Sin duda, es la persona favorita de Erik.

Después de haber cenado y de haber visto dos capítulos de *Dark*, porque sí, he conseguido que se quedara para uno más, Hugo se va a su casa y yo me meto en mi atelier.

El piso tiene dos habitaciones, la grande la he destinado a mi estudio y en la pequeña solo tengo el armario empotrado y mi cama

de matrimonio. Había que priorizar y yo paso más tiempo en el estudio que durmiendo.

Desde pequeña siempre me ha encantado tener un rincón para mí. En mi antiguo piso solo tenía una habitación y apenas espacio para todas mis cosas, así que las guardaba en casa de mi madre en el País Vasco. Cuando me mudé, tenía muy claro que quería un piso con dos habitaciones para poder tener un estudio.

Mi rincón artístico no es muy grande, pero tiene el espacio suficiente para tener un amplio tablón de madera sostenido por dos soportes del mismo material con una balda llena de mochilas y bolsos. Por debajo del tablón atornillé un cajón enorme de lado a lado que está lleno de utensilios de todo tipo.

En la pared de encima anclé una rejilla que ocupa todo el frente y de la que cuelgan un corcho, varios botes con rotuladores, diseños terminados o a medio hacer colgados con imanes, un par de estanterías y unas bolas de luz blanca por encima de la rejilla para tener luz cálida.

La pared de enfrente está ocupada por un armario empotrado lleno de material de pintura, alfarería, cestería y cualquier actividad que en algún momento me haya dado por empezar o que haga a menudo.

En la pared de la puerta tengo un caballete con un lienzo a medias y otros por el suelo terminados y pendientes de colgar por mi casa.

Por último, en la pared de enfrente hay una ventana grande que deja entrar una gran cantidad de luz por el día y justo debajo un sofá pequeño que uso cuando estoy diseñando con mi iPad o haciendo bocetos de forma más relajada.

Hoy me siento inspirada, así que decido continuar con un dibujo a carboncillo que estoy haciendo de mi perro. Parece sencillo, pero conseguir plasmar la mirada es una de las cosas que me resultan más complicadas. Aun así, estoy bastante contenta con cómo me está quedando y eso me motiva para el que será mi siguiente objetivo: pintar personas de carne y hueso.

Tras un par de horas decido irme a dormir. Erik me acompaña contento y se pone en el suelo de la habitación. Tiene una cama preciosa, cómoda y nueva, pero él prefiere dormir en el suelo y usar su cama para comer. Es una batalla perdida intentar que duerma en ella.

Me meto en la cama pensando que necesito un cambio en mi vida de forma urgente. Tengo claro que el trabajo de la tienda no es algo definitivo, por lo que llevo una temporada pensando en hacer algún curso, porque me encantaría dedicarme a esto de forma profesional, pero no sé ni por dónde empezar.

Después de dar bastantes vueltas consigo quedarme dormida casi a las tres de la madrugada. Mañana va a ser un día duro después de

dormir apenas seis horas.

CAPÍTULO 2
MADRUGADOR Y TRANQUILO

HUGO

Suena el despertador y me levanto al momento. Soy una de esas personas tranquilas a las que no les cuesta levantarse por la mañana.

Me gusta aprovechar el día desde bien temprano y hacer las cosas con calma, como desayunar sentado en la mesa o ir al trabajo dando un paseo.

Antes de desayunar hago ejercicio en casa un rato.

Nunca me ha gustado ir al gimnasio. Demasiada gente pendiente de lo que haces y demasiadas miradas incómodas, así que en la habitación pequeña tengo un par de pesas y una bicicleta estática.

En cuanto termino, me voy directo a la ducha y me visto antes de dirigirme a la cocina.

Mientras la cafetera empieza a trabajar, me preparo una tostada de aguacate. Me tomo el desayuno en la mesa leyendo el periódico hasta que me suena el teléfono. Sé que es mi padre, Max, antes incluso de mirar la pantalla. Solo él me llamaría a las ocho y media de la mañana sabiendo que ya estoy despierto y que no molesta.

—Buenos días, papá.

—Buenos días, *mausebär* —responde él con el apodo en alemán que me puso cuando era pequeño y que significa oso ratón—. ¿Mañana puedes pasarte por la tienda? Tengo un par de desajustes en las cuentas del mes pasado, me vendría bien que les eches un vistazo.

Mi padre tiene una tienda de deportes de montaña que abrió al poco de venirnos a vivir a Madrid. Los deportes en general son una afición que compartimos e incluso practicamos juntos siempre que podemos. Además, como yo estudié ADE le ayudo siempre que puedo con las cuentas o lo que necesite en la tienda.

—Claro, por la mañana estoy ahí. ¿Después vamos a la sierra a escalar? —pregunto sabiendo de antemano que su respuesta va a ser afirmativa.

—Por supuesto, no tienes ni que preguntar. ¡Que pases buen día!

—Igualmente.

Así somos nosotros: llamamos, vamos directos al grano y colgamos. Ambos somos poco habladores y serios. Tal vez por eso disfrutamos mucho de la compañía del otro. Por el contrario, mi madre Ángela es un torbellino y le encanta parlotear sin descanso. Son un balance perfecto.

Acabo de arreglarme y me dirijo al piso de Sara.

A pesar de que entramos en la tienda a las diez, suelo bajar por las mañanas a Erik, su perro, porque ella nunca está lista a tiempo.

Es la persona más desorganizada y caótica que he conocido, pero no por ello dejo de estar pillado hasta las trancas, a pesar de que ella

siempre ha mostrado cero interés por mí en ese sentido.

Toco el timbre antes de entrar con mi llave para que sepa que ya estoy aquí. Fue ella la que me dio una copia para los días en los que no puede bajar al perro y lo tengo que hacer yo. Además, suele dejarse las llaves dentro del piso demasiado a menudo y que yo tenga una copia facilita no tener que gastarse una pasta en cerrajeros.

—Hola, campeón —saludo a Erik, que ya está en la puerta ladrando contento y girando sobre sí mismo al verme.

—Hola, voy con retraso. Ayer me dormí muy tarde y se me han pegado las sábanas —me informa Sara saliendo de la cocina con una toalla en la cabeza.

—Por mucho que lo digas como si fuera una excepción, eres consciente de que si lo dices todos los días deja de serlo, ¿verdad? —pregunto con una ceja levantada y me hace un corte de mangas—. Nosotros nos vamos de paseo.

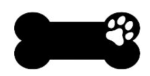
Erik, nervioso desde que ha escuchado la palabra mágica paseo, está saltando y ladrando al lado de la correa. Le pongo el arnés y bajamos a la calle.

Al volver veinte minutos más tarde, Sara ya está arreglada y yo retengo el aire al ver lo increíblemente guapa que es. Parezco un adolescente colgado de la chica que le gusta, pero es justo lo que ocurre. Sigo tan fascinado por su alegría, desparpajo y forma de ser como el primer día que la conocí en la tienda.

Lo único bueno de ser vecinos y pasar tanto tiempo juntos es que ya no me pongo tan nervioso con ella y puedo unir frases coherentes sin parecer tonto. Algo es algo.

Vamos caminando al trabajo, que está cerca de nuestra casa, de ahí que ambos hubiéramos elegido ese barrio. Llegamos con tiempo para abrir y ocupar nuestros puestos. Sara se encarga de atender a los clientes en la planta baja, donde están las gorras y las deportivas, y yo me encargo de la caja. En la planta de arriba está la ropa y de ella se encarga un compañero que entró a cubrir a Álex cuando él encontró un trabajo de lo suyo.

La mañana pasa volando entre clientes y miradas furtivas a mi compañera, vecina y, para mi desgracia, amiga.



Como es viernes hemos quedado todos para tomar algo, aunque yo me iré pronto a casa porque mañana madrugo.

—¿Puedo llevarme este disco? —pregunta Lucía observando los discos que tengo en la estantería del salón.

Ha venido antes para ir juntos hasta el bar y mientras hacemos tiempo hasta que sea la hora de irnos.

Siempre hemos compartido la afición por la música. Juntos descubrimos muchos de los grupos que han marcado nuestro camino. Empezamos por el *rock* con grupos como Estopa y continuamos por el rap en el instituto con Arma Blanca.

Lucía es mi mejor amiga. En realidad, era mi única amiga hasta que apareció Sara. Ella me conoce mejor que nadie y estoy seguro de que, aunque nunca le he confesado los sentimientos por mi vecina, lo sabe. Lucía, por mucho que de primeras pueda parecer lo contrario por la coraza que lleva puesta, es muy observadora y ve más allá de lo que ve la mayoría.

—Claro, pero con vuelta. Ese disco de ZPU es de mis favoritos, trátalo con cariño.

—¿Cuándo no te he devuelto yo un disco? De hecho, estos dos son míos. ¿Quién es el que roba discos? —pregunta cogiendo un par de la estantería con una mirada acusatoria.

Levanto las manos en señal de tregua y cojo uno de ellos.

—Los tenía apartados para dártelos cuando te viera. ¿Te acuerdas de lo que nos gustaba esta canción de ZPU?

Busco la pista que quiero y entono la letra «Honor es responder y estar ahí para un mal rato. Honor es silenciarte para oír cada relato. Honor es lealtad sin condición si por ti mato. Honor es ver en ojos diferentes un autorretrato».

Lucía me mira con una sonrisa nostálgica y se muerde nerviosa el labio inferior, parece que está a punto de echarse a llorar. A veces me encantaría que me contara qué le pasa cuando se pone así, pero cada vez que intento que se abra suspira y cambia de tema. Así que hago lo único que sé que necesita y es darle un abrazo. Lo acepta un par de segundos antes de apartarse, sacar el CD del equipo, coger sus cosas y meter en su bolso los tres discos.

—Venga, vámonos que al final llegamos tarde.

Cojo mi abrigo y la sigo. La conozco tan bien que sé que mantenerse ocupada es su mejor pasatiempo para no pensar.

CAPÍTULO 3
CALENTANDO MOTORES

SARA

¡Por fin es viernes!

Después de trabajar, he parado en el supermercado antes de ir a casa para comer, bajar a mi bola peluda y echarme una muy merecida siesta.

Al levantarme voy directa a casa de Ari para cambiarnos e ir a tomar algo.

Vamos a celebrar que, por fin, Carlota y Marcos, por un lado, y Ari y Álex, por el otro, viven juntos. En realidad, es la excusa para celebrar, porque yo soy mucho de celebrarlo todo y me pareció una idea estupenda.

—¡Pero bueno, desde que te has independizado de Carlota apenas se te ve el pelo! —le suelto a Ari en cuanto cruza la puerta de mi piso.

Se echa a reír con ganas y me da un abrazo.

—Hugo y tú nos ayudasteis con la mudanza ayer —dice Ari sin dejar de sonreír.

—Lo dicho, mucho tiempo sin verte.

Pocas cosas hay que me gusten más que estar con mis amigos. Desde pequeña siempre he estado rodeada de gente, así que cuando me vine a vivir a Madrid y dejé a mi cuadrilla en Sopelana no me costó demasiado conocer gente nueva.

—Venga, vamos a arreglarnos que ya llegamos tarde —dice Ari caminando hacia la habitación.

Apenas tardamos diez minutos en estar listas porque ni Ari ni yo somos de arreglarnos demasiado. Ella siempre ha optado por un estilo más deportivo y solo se pinta los ojos y los labios rojos. Yo, gracias a mi genética paterna africana, tengo una piel bronceada todo el año, así que solo me echo un poco de máscara de pestañas. En cuanto a ropa, opto por un peto negro con una camiseta a rayas, una sudadera de cremallera y unas deportivas blancas.

—Oye, no me has contado nada más del chico de Tinder con el que estabas quedando —dice Ari mientras se acaba de calzar.

—Porque no hay más que contar. Quedé con él un par de veces, pero por muy bueno que estuviera apenas tenía tema de conversación y me aburría mucho, así que le dije que no quería quedar más con él —respondo.

—Hiciste bien. No todo es una cara bonita —responde poniéndose de pie mientras revisa el móvil—. Vamos, que me dice Álex que ya va de camino al bar.

Como hace ya bastante frío y nosotros solemos acabar en terraza en cualquier momento del año, me pongo mi plumífero más gordo y salimos a la calle sin dejar de hablar.



Cuando llegamos al bar, Raúl, Álex, Lucía, Hugo, Carlota y Marcos ya están en la terraza tomando la primera ronda.

—Sigo odiando que siempre tengamos que estar en la terraza pasando frío —exclama Carlota poniéndose unos guantes.

—Porque así podemos fumar —contesta Raúl encendiéndose un pitillo.

—Más bien puedes, porque eres el único que fuma. ¿Has pensado en dejarlo y hacer felices a tus congelados amigos? —pregunta ella sabiendo de sobra que Raúl es incapaz de dejar de fumar.

—En algún momento lo dejaré, pero no hoy —le responde este guiñándole un ojo—. ¿Cuál es el plan?

—Queremos probar el garito nuevo que han abierto en Tribunal, el que tiene ambientación irlandesa —informo yo y me giro hacia mi amiga—. Luego nos pasamos por el bareto a verte, Carlota.

El bareto es el pub de *rock* en el que Carlota y Álex se conocieron y en el que ella sigue trabajando. Gracias a ello se formó el grupo y es que Carlota es divertida, graciosa y tiene muy mala leche. Era necesario que fuera mi amiga. Fue amistad a primera vista desde el día que Álex nos presentó.

—Yo no voy, mañana tengo que ayudar a mi padre en la tienda y luego me voy a la montaña con él —anuncia Hugo.

Lo miro y me siento un poco triste al saber que se va a ir. Estoy ya tan acostumbrada a estar con él casi a diario que cuando falta noto su ausencia más que la de cualquier otra persona del grupo. Con él me siento muy cómoda. Me da esa calma que yo no tengo con su forma de ser comedida y tranquila.

—No entiendo cómo trabajas en una tienda cuando tu padre tiene una propia en la que podrías trabajar, pero sí prefieres gastar tus días libres en ayudarlo —le dice Álex.

—Ya sé cómo funciona la de mi padre. Trabajar en otra me permite ver los puntos fuertes y débiles para aplicarlos en la suya en el futuro —responde Hugo en su habitual tono serio.

—Pero llevas años en la misma, ¿no sería interesante cambiarte entonces para ver distintas formas de llevar una tienda? ¿O es que te gusta esa por algo más? —pregunta Álex con una mirada divertida.

Hugo lo mira y levanta una ceja, gesto que le encanta hacer, antes de contestarle seco.

—Está cerca de casa y no pierdo tiempo ni tampoco dinero en transporte público. ¿Me acompañas a pagar y así te resuelvo todas las dudas que tengas sobre mi situación laboral? —le pide de forma no muy amigable.

Veo que Lucía observa cómo se levantan y entran juntos en el bar.

—Mira que es difícil irritar a Hugo, parece que Álex tiene un don últimamente para ello —comenta a nadie en particular.

—Álex tiene un don para irritar, en general —le responde Ari riéndose.

Desde que todo quedó claro entre Álex y Lucía, ambas han acercado posturas y, aunque nunca serán mejores amigas, sí se llevan mejor y hay buen rollo entre ellas.

El resto comienza a ponerse al día, ya que por trabajo no podemos quedar tan a menudo como nos gustaría. Yo apenas participo en la conversación y me quedo pensando en lo que acaba de comentar Lucía, porque es algo que yo misma he pensado en más de una ocasión.

Es cierto que Álex le mete más caña a Hugo desde verano, pero no consigo descubrir cuál es el motivo. Las dos veces que le pregunté a mi compañero de rellano se puso nervioso y me dijo que a Álex le encantaba putear a los demás, pero estoy convencida de que hay algo que se me escapa.

—Tierra llamando a Sara, ¿qué te pasa? —Me empuja Ari con el hombro desde la silla de al lado.

—Nada —contesto sonriendo antes de cambiar de tema—. Mira, ahí está el camarero, voy a pedirme una copa para ir calentando motores.

Hugo y Álex salen después de pagar el primero y al momento se despide de todos antes de irse hacia nuestro barrio. El resto nos quedamos un rato más en ese bar antes de continuar la noche por uno de mis barrios favoritos de Madrid: Malasaña.

CAPÍTULO 4

DOS PROYECTOS ENTRE MANOS

HUGO

No tengo ninguna duda de que estos se van a liar hoy y yo tengo planes mañana con mi padre desde primera hora, así que me retiro a tiempo de tomarme una caña de más.

Saco los auriculares del bolsillo y los conecto al móvil. Esta última temporada estoy bastante melancólico en cuanto a canciones antiguas, así que abro mi lista de rap de los 2000 y echo a andar hacia casa.

Empiezan a sonar los acordes de mi canción favorita de Falsalarma y sonrío al ver las similitudes de mi situación sentimental con la letra de *Amada mía*: «Después de una intensa búsqueda, la cual duró años, dejé de humedecer mis manos cuando la conocí en el trabajo. Ella desahució mi desamor con su encanto, me relajó, así me encantó de un increíble amor abstracto».

Ni siquiera recuerdo cuál fue el momento exacto en el que me enamoré de Sara, pero recuerdo a la perfección el primer día que la vi.

Yo llevaba ya unos meses en la tienda compaginando estudios y trabajo cuando ella empezó a trabajar con nosotros. En cuanto entró por la puerta, me sentí atraído por ella como un imán. Era difícil no hacerlo con lo guapa que es. Entonces se dirigió a mí y me dijo que era la chica que se incorporaba ese día. Recuerdo que lo tuvo que repetir dos veces porque me quedé embobado mirándola y ella me regaló una sonrisa, de esas en las que te salen arrugas alrededor de los ojos, mientras movía la mano delante de mi cara. Fue amor a primera vista con su sonrisa.

Todo fue a más cuando descubrí su personalidad y me enamoré de cada gesto, mirada e incluso defecto. Sara es desorganizada, puro caos, todo lo contrario a mí, pero hasta eso dejó de importarme en algún momento.

Han pasado ya dos años y aquí sigo, viendo cómo liga o va y viene con su exnovio. Es más, tengo un asiento de honor en la *friendzone* para poder verlo todo desde primera fila.

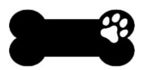
Suspiro por pura resignación mientras me subo la cremallera de la cazadora y acelero el paso.

Antes de irme a dormir, decido darle un breve paseo a Erik. Hoy se acostarán a las tantas y mañana Sara se levantará tarde; así el pobre no aguanta más de lo necesario.

Me lo llevaría mañana a la montaña conmigo, pero le encanta fugarse en cualquier momento. Por eso no puedo pasearlo suelto, tiene una manía muy arraigada de echarse a correr de repente y sin freno.

Una vez Erik y yo volvemos al piso de Sara, le dejo una nota en la que le indico que lo he paseado y me despido de mi amigo peludo después de darle una galleta para que se quede contento.

Me meto en la cama tras poner el despertador. Mañana será un día completo. Hacer deporte me da vida y pasar tiempo con mi padre todavía más.



Tras un par de horas en la tienda poniendo las cuentas en orden, mi padre y yo arrancamos con mi furgoneta camino a San Martín de Valdeiglesias, una de nuestras zonas favoritas para hacer escalada.

Cuando terminamos, bajamos agotados hasta la furgoneta, mi bien más preciado. Me la compré en Alemania hace años y la bajé hasta Madrid conduciendo. Es una Volkswagen antigua color amarillo. Por dentro tiene una cama, un par de muebles viejos y una nevera. Además, lo mejor de todo es la sujeción para las tablas de surf en el techo. Me encanta coger un mapa y hacer kilómetros durmiendo en cualquier sitio que me parezca perfecto para coger olas.

Sacamos un par de refrescos y un par de sillas plegables. En cuanto me siento, empiezo una cuenta atrás en mi cabeza. Mi padre lleva ya varias semanas sin sacarme el tema estrella y hoy ya he visto que en varias ocasiones ha estado a punto de hacerlo.

—Suéltalo ya —le digo riéndome.

—Está bien —claudica—. ¿Cuándo te vas a venir por fin a la tienda a trabajar? —pregunta sin dar más rodeos.

Suspiro y pongo los ojos en blanco antes de contestar.

—De momento no me veo preparado. Desde que me subieron a encargado en la tienda hace unos meses, estoy viendo mejor la parte de gestión por detrás. Ya sabes que eso nos va a ayudar en el futuro y, de hecho, los cambios ya se están notando en tu tienda.

—Nuestra tienda —me interrumpe incansable.

—Nuestra —repito sabiendo lo mucho que le ha gustado siempre sentir que es de ambos, aunque sea él el que se deslome a diario para que la tienda funcione.

—¿Y no hay nada más? —tantea.

—No, eso es todo.

—No tendrá nada que ver tu amiga…

—No quiero hablar de eso —le corto en cuanto saca el tema.

Mi padre me da mi espacio y no presiona, cosa que agradezco. Me conoce muy bien y sabe que hasta que no me vea preparado no voy a trabajar con él.

Lo que le dije a Álex ayer y hoy a mi padre es cierto. Aunque hay más, obviamente, estoy aprendiendo mucho como encargado del turno de mañana y todo ello lo podré aplicar en la suya.

Por un lado, mi padre lleva muchos años con su tienda y es reacio a ciertos cambios, aunque a su favor he de decir que cada vez protesta

menos viendo que los cambios que he ido metiendo han mejorado su forma de trabajar, como el aplicativo informático hecho a su medida por Álex y que le facilita tanto la forma de inventariar como la de hacer las cuentas a final de mes.

Pero, por otro lado, todavía no me siento preparado para dejar de tener esa excusa para ver a Sara a diario. ¿Y si dejo la tienda y apenas nos vemos? Es triste, pero si algo he sido siempre es sincero con mis sentimientos y sé que, por ahora, no quiero prescindir de ese punto de unión.

De todos modos, Álex tiene razón en algo y es que o muevo ficha pronto o ella conocerá a alguien y no saldré jamás del saco de amistad.

Tras analizar la situación, a la que llevo meses dando vueltas, decido que tengo que marcarme un plazo, porque tampoco es justo para mi padre estar esperando eternamente por algo que desea desde hace tiempo y que, en realidad, a mí también me apetece, porque lo cierto es que un poco sí que siento esa tienda como un proyecto común que me encantaría compartir con él.

—¿Qué te parece septiembre? —le propongo.

Mi padre me mira y la sonrisa que me regala no hace más que confirmar que la decisión que acabo de tomar es la correcta.

—Me parece un mes perfecto para nuevos proyectos, *mausebär*.



Tras un rato más hablando de todo y de nada, pero juntos, decidimos recoger y volver a Madrid. Después de parar en casa de mis padres a saludar a mi madre, me dirijo a la mía contento.

Desde que he tomado la decisión siento que me he quitado un peso de encima. Llevo demasiado tiempo decidiendo qué quiero hacer con mi futuro y es hora de ponerme en movimiento.

Tengo dos proyectos entre manos.

El primero es empezar a trabajar con mi padre al acabar el verano. Y el segundo es mover ficha antes con Sara para así tener un motivo de peso para verla a diario: que estemos juntos.

CAPÍTULO 5
NOCHES ALEGRES, MAÑANAS TRISTES

SARA

Abro los ojos, miro que son las cinco de la tarde en el reloj de la mesita y los vuelvo a cerrar cuando un pinchazo en la cabeza me recuerda la frase que tantas veces me ha dicho mi madre cuando salgo con la cuadrilla en el pueblo: «noches alegres, mañanas tristes».

Me giro en la cama con un dolor en la sien cada vez más fuerte cuando noto una pierna al lado de la mía. Abro los ojos de golpe y cierro los puños frustrada porque conozco a la perfección esa espalda.

¿Cómo puedo ser tan gilipollas de acostarme otra vez con Salva? Es la única pareja seria que he tenido y me cuesta cortar por completo ese vínculo.

En primavera rompimos tras un año de relación de mierda por parte de ambos. Yo estaba enganchada a él pensando en el futuro, pero él solo quería pasarlo bien, divertirse con sus colegas y no atarse a nadie.

No dudo que me quiera, pero se quiere mucho más a sí mismo y a su libertad. Y quererse a uno por encima de una pareja no es lo malo, lo malo es cuando eso le hace daño a la otra persona y no eres capaz de dejarla para tener algo fijo a quien acudir cuando estás cachondo.

Por mi lado, yo intenté cambiarlo desde el primer momento y, por eso, no puedo echarle la culpa a él por completo de que lo nuestro no funcionara, pero sí fue culpa única y exclusivamente suya el no haber sabido guardase la polla dentro de los pantalones al ponerme los cuernos en nuestra propia cama con una compañera de trabajo.

Una pareja tiene que fluir en la misma dirección, disfrutar de aficiones y del tiempo juntos porque ambos así lo quieren. Es inútil intentar cambiar a alguien o intentar cortarle las alas a otra persona para que se amolde a lo que tú quieres. En ningún momento una relación así podría tener futuro.

Lo nuestro era una crónica de muerte anunciada de dos piezas de puzle que no encajan en absoluto.

Todo esto lo tengo más que claro desde verano, pues volvimos a quedar un par de veces y me di cuenta de que no era lo que quería, así que lo hablamos y decidimos no volver a vernos. Él lo respetó porque, como dijo, me quería pero no como yo esperaba.

—Puedo escucharte pensar desde aquí, Sarita —interrumpe mis pensamientos con el apodo que solo él usa.

—Será porque estoy intentando recordar cómo hemos terminado los dos en mi cama. Otra vez —respondo frustrada.

Salva se gira y me mira. Sigue tan guapo como siempre, las cosas como son. Lleva el pelo castaño un poco más largo que la última vez que lo vi, pero sus ojos verdes siguen tan bonitos como los recordaba.

Lo único que no me gusta es que tiene barba de una semana. Siempre me han gustado los chicos sin barba.

Nos observamos en silencio un par de minutos mientras me esfuerzo por saber qué pasó ayer. Imágenes sueltas empiezan a cubrir las lagunas.

—¿Qué hacías en el bareto? —pregunto subiendo las sábanas para taparme, porque su mirada se desvía cada pocos segundos hacia abajo y así no es posible tener una conversación seria—. Si dejas de mirarme las tetas para poder tener una conversación normal, mejor.

Salva suspira y fija su atención en mi cara, un detalle.

—Decidimos ir allí porque no había que pagar entrada y quedaba cerca del restaurante en el que cenamos —responde cansado—. Sara, no te montes ninguna película. Ni fui allí buscándote ni era mi plan acabar contigo ayer.

—Tampoco el mío.

Suelto todo el aire que estaba reteniendo sin darme cuenta.

—Salva, esto no está bien. Puede que tú puedas seguir con tu vida como si nada, pero yo no puedo volver a lo mismo. Acaba doliendo y no me lo merezco. Te perdoné más de una vez, pero ya no siento lo mismo por ti ni quiero estar contigo.

Me mira serio y asiente.

—Lo sé, soy un egoísta. No puedo evitar acercarme a ti cada vez que te veo, aunque te haga daño.

—Esto se acaba aquí. Borra mi número, que te vea —le digo dándole con la mano en el brazo para que se ponga en movimiento.

Coge su móvil de los vaqueros del suelo y lo borra, enseñándome la pantalla cuando le da a eliminar.

—¿No borras tú el mío? —me pregunta con una sonrisa.

—Lo borré hace meses. Te hablo en serio cuando te digo que no quiero tener nada que ver contigo, ni siquiera polvos esporádicos.

Su cara sorprendida demuestra que, una vez más, seguía pensando que estaría esperando su siguiente llamada, pero no es el caso. Hace meses que lo dejé ir y no quiero estar ni acostarme con una persona así. Me merezco más y ambos lo sabemos.

—Bueno, entonces mejor me voy —concluye levantándose y reuniendo su ropa. Admiro su esculpido trasero por última vez antes de levantarme también y ponerme el pijama.

—Sí, en algún momento esto tenía que zanjarse de una vez por todas —respondo mientras intento reunir mis rizos en un moño alto.

Lo acompaño hasta la puerta y me sorprende que Erik, raro en él, ni siquiera se haya acercado a olisquear a Salva. Se ha limitado a mirarnos desde el pasillo. Abro la puerta justo cuando él se gira y me agarra de la cintura para darme un beso en los labios.

—Un último beso de mi mulata favorita —dice sonriendo contra mi

boca.

Separo nuestras caras riéndome y empiezo a apartarme cuando veo a mi perro salir escopeteado hacia el ascensor.

Levanto la vista y veo a Hugo parado en mitad del rellano con su mochila de escalada. Nos observa perplejo a Salva y a mí en la puerta. Él me sujeta por la cintura y yo tengo mis manos sobre su pecho.

En cuanto Erik le salta encima, Hugo corta el contacto visual y lo acaricia.

—Venga, vete a tu sitio —le ordena serio.

El perro no replica, se mete en mi casa y desaparece en el salón. Él también se gira sin decir ni una palabra y se mete en su piso. Reacciono y me aparto de Salva, poniendo distancia entre ambos.

—Hugo, tan agradable como siempre. No sabía que era tu vecino —dice Salva negando con la cabeza mientras camina hacia el ascensor—. Un placer verte. Que te vaya bien, Sarita.

Ni siquiera le contesto cuando me dirige una última mirada antes de meterse dentro del ascensor porque sigo en el umbral mirando la puerta de Hugo, intentando entender qué ha pasado y por qué ha reaccionado así.

CAPÍTULO 6
MORREILLOS Y AMISTAD

SARA

Cierro la puerta y me dirijo al baño para tomarme un ibuprofeno antes de vestirme para salir de paseo con Erik. Me abrigo bien y salgo a la calle con una botella de agua y un dolor de cabeza cada vez más fuerte.

Cuando volvemos una hora después, sigo sin entender qué ha pasado, pero sí sé que cada vez me siento más triste.

Me siento en el sofá y saco el teléfono. Necesito sacar todo lo que llevo dentro y conozco a la persona perfecta. Ari estuvo ahí justo cuando descubrí la infidelidad de Salva y sabe todo lo que pienso sobre él.

SARA: *SOS.*

ARI:*¿Nivel de la crisis?*

SARA: *Diez. Me he levantado con Salva en mi cama.*

ARI: *¡Madre mía! Estoy ahí en media hora.*

SARA: *Trae comida basura. Necesito azúcar y grasa.*

ARI: *Hecho* 😉

Aprovecho esa media hora para darme una ducha y ponerme mi pijama más gordito.

Soy una persona que es feliz con las pequeñas cosas y hoy aprovecharé cualquiera de ellas para no sentirme tan mal por todo lo que ha pasado. Así que una ducha calentita y un pijama gordito de franela que huele a suavizante están siempre en mi top de «cosas que me animan en un mal día».

Ari llega cuando estoy acabando de secarme el pelo. Según le abro la puerta, pongo morritos y la mejor cara de culpabilidad de mi repertorio. Ella me da el abrazo de oso que tanto necesitaba.

—Cuéntamelo todo —pide en cuanto nos sentamos en los sofás.

Empiezo por las pocas imágenes que tengo de ayer y continúo con la conversación que he tenido con Salva.

—Bueno, al menos no ha insistido ni se ha puesto chulo como otras veces —dice Ari—. ¿Crees que le ha sorprendido tu seguridad?

—Sí. Yo creo que pensaba que iba a estar ahí siempre para echar un polvo cada vez que él quisiera. Aunque tampoco le puedo culpar

porque eso es justo a lo que lo acostumbré cuando lo dejamos.

—Pero ¿desde que lo dejasteis habéis estado quedando? —pregunta Ari.

—A ver, Salva y yo somos un círculo horrible. Aunque pase el tiempo, uno de los dos siempre acaba escribiendo al otro para vernos. Yo misma le he escrito alguna vez en un día de bajón porque sé que a él le encanta follar conmigo y yo solo quería algo de cariño, aunque viniera de él.

—Supongo que todo eso de mejor malo conocido a veces juega en nuestra propia contra —responde comprensiva—. A veces es muy difícil romper el círculo, pero al menos eres consciente de que no lo quieres en tu vida de forma permanente y ese ya es un gran paso.

—Lo sé. Hoy me he sentido fatal cuando lo he visto a mi lado en la cama, como si fuera la persona equivocada la que tenía al lado. Nunca me había pasado.

—¿Quién te gustaría que fuera? Me he perdido ese capítulo, maldita —me acusa riéndose y regalándome toda su atención.

Me río con ganas por su expresión de salseo. ¡Qué bien sienta! Con lo mucho que me gusta a mí reírme.

—Tranquila, no tengo a nadie en mente. Aunque tengo muy claro que él no es —aclaro—. Pero sienta bien poner de una vez por todas punto y final a lo nuestro. No me ha costado ni nada.

—La verdad es que sí, pero me alegro mucho de que lo tengas tan claro.

Ari me observa con atención antes de continuar. Es una persona muy observadora, todo lo contrario a mí. Es increíble cómo siendo así le costó tanto darse cuenta en su día de lo enamorados que estaban Álex y ella.

—Tengo la sensación de que no me lo estás contando todo —tantea entrecerrando los ojos mientras me estudia con detenimiento.

Suspiro y decido soltar lo que lleva rondándome la cabeza desde que me he despedido de Salva.

—Cuando estábamos en la puerta, Salva me ha agarrado y me ha dado un buen morreo de despedida.

—Mejor morreillo que bronca y gritos. Me gusta más vuestro estilo —declara sonriente—. ¿Cuál es el problema? ¿No querías que te besara?

—No, no. En ese terreno encajamos bien y un beso de despedida me ha parecido un buen final después de todo lo que hemos vivido.

—¿Entonces?

—Pues que cuando me estaba apartando ha salido Hugo del ascensor y su reacción me ha sorprendido. No es ningún secreto que ni Álex ni él tragan a Salva por todas las putadas que me ha hecho, pero la mirada de decepción que ha puesto no se la había visto nunca —

reflexiono—. Pero eso no es todo, lo que más me ha sorprendido ha sido que me he sentido como si estuviera haciendo algo que no debía.

Ari me observa con las cejas levantadas.

—No sé ni qué decirte. ¿Tú sientes algo por Hugo? —pregunta en voz baja.

La pregunta me pilla por sorpresa. ¿Siento algo por Hugo?

—¡Qué va! —respondo.

Ari me mira con incredulidad antes de soltar:

—Sara, que me he dado cuenta de lo bien que os lleváis y de todo el tiempo que pasáis juntos.

—A ver, sí, nos llevamos muy bien y disfrutamos paseando al perro o viendo series juntos, pero no hay nada sexual.

—¿No te atrae? —presiona.

—Tía, es mi amigo. No lo veo como nada más.

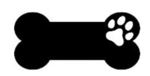
—No estás respondiendo a mi pregunta —indica en tono divertido.

—Está bueno, eso no lo discuto porque es muy guapo, pero nunca me he parado a ver más allá. Sería raro y, además, no pondría en riesgo nuestra amistad por un poco de atracción física.

—Entonces, ¿qué crees que ha pasado para sentirte así?

—Ha sido como si mi hermano mayor me pillara haciendo algo malo —aclaro, sin estar segura de que ese sea el motivo real—. Mira, paso, no quiero darle más vueltas.

Una ventaja de tener mala memoria es que, probablemente, en un par de días todo esto se me haya olvidado.



Cuando Ari se marcha, decido meterme en la cama pronto tras bajar al perro. Todavía me dura la resaca y tengo ganas de acabar este día tan largo.

Pongo un poco de música para no pensar demasiado. Sin embargo, la música tiene el don de regalar siempre frases perfectas para acompañarte en cada momento. O más bien yo creo que estamos más atentos a las letras para encontrar lo que encaja a la perfección con nuestro estado de ánimo. Por ello no puedo sorprenderme cuando suena *Buenas noches* de Ambkor y la letra me remueve: «Y ya se hace tarde y el mundo sigue ahí afuera. Verás que los problemas en la cama por la noche cogen fuerza. Réstale importancia a todo, pero busca una salida. Eso será diferencial para tu vida».

No consigo dejar de pensar en todo lo que ha pasado. Para empezar, estoy muy contenta de haber cerrado por fin el tema de Salva. Me he quitado un gran peso de encima sabiendo que he sido capaz de sacarlo de mi vida de una vez por todas. Así que, como dice la canción, ahí he encontrado mi salida y estoy muy orgullosa de

haberme elegido a mí primero esta vez.

Ojalá fuera tan sencillo saber también qué es lo que ha pasado con Hugo.

No consigo olvidarme de su mirada. Tengo la sensación de que está decepcionado y eso me pone triste. No es una emoción que experimente a menudo debido a mi carácter y, por muy extraño que pueda parecer, sentir tristeza hace que todavía me ponga más triste.

Siento que un frío, que nada tiene que ver con el que hace en Madrid en noviembre, se ha instalado en mi pecho y no me gusta.

Espero que podamos arreglarlo pronto, odio sentirlo lejos.

CAPÍTULO 7
SONRISAS QUE NO BRILLAN

HUGO

Desde que vi a Sara besándose con su exnovio en la puerta de su casa, he intentado no acercarme mucho a ella y, por ello, la semana ha pasado muy lenta.

Mi parte del plan que incluía tantear si ella podría sentirse interesada por mí está parado de momento, ya que no quiero ser el segundo plato de nadie y ella, viendo su historial de recaídas, siempre elegiría a Salva.

Sé que no es justo que cambie mi comportamiento con ella cuando no tiene que darme ningún tipo de explicación sobre si decide volver o no con su ex, pero eso no quita que me duela verla con alguien que le ha hecho tanto daño.

¡Qué narices! Duele verla con cualquiera que no sea yo.

La canción *Si por mi fuera,* de Beret, lo describe a la perfección: «Si por mí fuera, haría lo imposible por tenerte entera. Ay, ay, ay, que si por mí fuera serías el aire que mueve mi bandera. Y si por mí fuera, si por mí fuera, te llevaría conmigo incluso aunque me duela».

A pesar de todo, hemos seguido viéndonos por las mañanas cuando he ido a bajar al perro o vamos juntos a trabajar, aunque la conversación no fluye como siempre. Ella también está distante, imagino que por mi reacción. Creo que ninguno de los dos sabemos cómo afrontar el tema.

Además, ya no compartimos capítulos ni tardes de sofá. No me siento cómodo estando solos en su casa o en la mía, por lo que la he estado evitando poniendo excusas como ir a ayudar a mi padre, o incluso he doblado algún turno en la tienda de ropa para estar ocupado sin que fuera tan obvio que lo hacía para no estar con ella. Aun con lo despistada que es Sara, dudo mucho que no sea consciente de mi cambio de actitud.

Sea como sea, es una tortura tenerla tan cerca, pero sentirme tan alejado de ella. Incluso si soy yo mismo el que impone esa distancia.

El timbre de casa me saca de mi cacao mental. Pauso la película que estoy viendo, más bien que está puesta de fondo mientras mareo mis pensamientos por enésima vez, y noto el frío en cuanto me quito la manta con la que me estaba cubriendo.

Cuando abro, me sorprende ver a Sara y a Carlota plantadas en mi puerta. Les hago un gesto para que me sigan al salón.

—Hemos decidido que vamos a ir a ver las luces navideñas del centro —informa Carlota sin dejarme ni siquiera hablar—. Vamos todos y así luego organizamos Fin de Año y cuándo nos damos los regalos —añade sabiendo que todo lo que sea organizar los planes con tiempo me gusta más que improvisar.

Reciclo lo que acaba de decir: el amigo invisible.

Se me había olvidado por completo el regalo que le compré a Sara hace semanas. Tuve claro el regalo desde que recibí el correo electrónico que me avisaba de que me tocaba regalarle a ella. Sé que le va a encantar, pero no estoy seguro de que le apetezca recibir ahora mismo nada de mi parte.

—Venga, Hugo. Es sábado y vamos todos —aprieta Carlota.

Miro a Sara, que me observa con una sonrisa triste. Odio verla así y saber que en parte es por mi culpa. Esta es la única sonrisa de Sara que no me gusta, esa que no le llega a los ojos. Siempre está tan feliz que no sé en qué momento verla sonreír de verdad se convirtió en una de mis prioridades.

—Está bien, esperad que me cambio de ropa —acepto esperando una reacción por su parte. Reacción que no tarda en llegar.

La sonrisa de Sara esta vez sí le llega a los ojos y es tan auténtica y sincera que a mí me calienta por dentro. Le respondo con una breve sonrisa y la suya se ensancha todavía más.

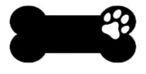
Sé que soy una persona seria que no sonríe constantemente por todo, pero sus sonrisas contagian y soy consciente de que le gusta verme sonreír.

Es imposible no notar esos pequeños cambios en su cara o actitud cuando me paso los minutos que estamos juntos observando cualquier reacción que tenga.

Seré un pringado colgado de su amiga, pero al menos soy un pringado observador que disfruta viendo cómo mis interacciones afectan de forma positiva a su estado de ánimo.

Resoplo pensando que tal vez Álex tenga razón y debe ser bastante evidente lo mucho que me gusta Sara. Tal vez no sea tan bueno escondiendo mis sentimientos como pienso.

¿Será ella consciente de ello después de mi reacción del otro día? Me giro rápido y me meto en la habitación antes de que se den cuenta de lo nervioso que me he puesto de repente.



Dos horas después, estamos ya todos juntos.

Hemos recorrido Gran Vía y Sol e incluso hemos pasado por el mercado navideño de Plaza Mayor a comprar un par de detalles para nuestras casas.

Al parecer Carlota encontró un vídeo en YouTube de un canal que se llama «Ellas viajeras» y quería hacer el recorrido entero que recomendaban.

Tengo que reconocer que ha sido divertido y me ha servido para desconectar un poco del bucle en el que estaba encerrado.

Para mi gusto hay demasiada gente en esta época, pero es cierto que desde que se ampliaron las aceras se camina mucho mejor. Además, los fines de semanas cierran estas calles para los peatones, así que no hay tanta aglomeración como pensaba que habría.

Aun así, he sido incapaz de obviar las miradas que Sara me ha estado lanzando con disimulo. Está más callada de lo normal y, cuando el resto le ha preguntado, solo ha dicho que estaba cansada. Empiezo a pensar que las cosas con Salva no marchan bien, para sorpresa de nadie. Ninguna de sus sonrisas ha brillado y me afecta verla así.

Antes de dirigirnos hacia nuestro barrio, Ari nos ha convencido a todos de parar en Bico de Xeado a comprar un helado artesano de su tierra, Galicia. A algunos no les convencía el hecho de tomarse un helado en invierno, pero al final todos hemos claudicado cuando ha añadido que cualquier época del año es perfecta para comerse un helado. Estoy de acuerdo, un helado entra bien en cualquier momento.

Decidimos subir andando a nuestro barrio mientras nos comemos los helados. Tras un paseo de veinte minutos debatiendo qué vamos a hacer, decidimos pillarnos unas cervezas en el supermercado y algo de cenar antes de dirigirnos a mi casa.

Puesto que soy una persona bastante minimalista en cuanto a decoración y muebles, mi salón es el más espacioso. Antes solíamos juntarnos en el piso de Carlota, Ari y Álex, pero ahora sus salones son más pequeños que el mío.

En cuanto llegamos, Álex ve una cama de perro en el salón y se gira para mirarme con su expresión más canalla. Me preparo mentalmente, porque sé que va a aprovechar esto para meterme caña en cuanto pueda.

CAPÍTULO 8

¿ESTAMOS BIEN?

HUGO

Al llegar Sara va a por Erik, que entra en mi casa y se dirige a su zona, aunque no usa la cama. Tiene la costumbre de comer en las camas y dormir en el suelo.

—¿Por qué tienes una cama y juguetes para el perro de Sara en tu salón? —pregunta Raúl observando cómo este, que se mueve por mi casa como si fuera el rey, coge un hueso de juguete que tiene en mitad del salón antes de tumbarse.

—Todavía hay más, en la cocina hay dos cuencos con agua y pienso —añade Lucía entrando en el salón con un cubo con hielo y cervezas.

Sé que Lucía lo dice por putear, porque ella sí ha estado antes en mi casa y ya había visto todas las cosas que había aquí de Erik.

—Porque pasa bastante tiempo aquí cuando Sara está ocupada y yo no. Así no está solo —les aclaro a todos.

—De hecho, mi pequeño traidor le suele hacer más caso a él que a mí —interviene Sara indignada poniendo morritos.

—Vamos, que es un perro compartido, como si fuerais papá y mamá —concluye Álex mirándome con la sonrisa de capullo que tan bien definió Ari en su día.

Lleva meses metiéndome caña para que hable con Sara y me lance al río de cabeza, pero no es tan sencillo. Sara es muy importante para mí y el hecho de poder perderla como amiga me aterra. Él lo sabe y lo entiende, pero es incapaz de dejar de dar por saco a cada mínima oportunidad. Además, le comenté lo que pasó el otro día y sabe que ahora no es el momento de hacer nada.

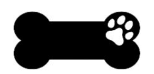
Voy a abrir la boca para mandarlo a paseo cuando Sara levanta los hombros.

—Pues más o menos. Tengo la teoría de que Hugo es su persona favorita. Cuando lo ve poco lo echa de menos y está más apagado de lo normal —dice con un deje de tristeza en la voz.

Nos mantenemos la mirada por primera vez en días y no sé qué responder a lo que acaba de decir porque, a decir verdad, no sé si habla del perro o de ella misma, ya que lo ha dicho como si fuera la verdad más absoluta que ha dicho nunca.

Por suerte, justo en ese momento Erik ladra sabiendo que estamos hablando de él y se sienta a mis pies. Es como si él mismo estuviera respondiendo a la teoría de Sara.

—Lo dicho, un pequeño traidor —dice ella mirando a su perro con cariño, y todos nos echamos a reír.



Cuando hemos acabado de decidir qué haremos en Fin de Año, Sara y yo nos quedamos en casa recogiendo todo.

Ha ganado por mayoría cenar todos en mi casa y tomar algo por el barrio. Aprovecharemos también ese día para abrir los regalos del amigo invisible antes de cenar y tomar las uvas en mi casa. Vamos a acabar y empezar el año todos juntos por primera vez.

En Nochebuena todos nos vamos con nuestras familias. De hecho, mis padres y yo nos vamos a Fehmarn a celebrarlo con mis abuelos y familia paterna.

Sara y yo aprovechamos para bajar la basura y dar un paseo con Erik. Llegamos a un parque cercano que tiene una zona cerrada para que los perros corran libres y nos sentamos en el banco después de soltarle la correa.

Son las dos de la mañana, así que estamos solos. Incluso el perro está en la otra esquina olisqueando y marcando territorio.

Estoy tan acostumbrado al parloteo constante de Sara que no sé cómo actuar cuando está triste.

—¿Estás bien? —pregunto, porque me empieza a preocupar que esté tan apagada.

—Sí, solo estoy cansada —responde sin mirarme.

—Sara, soy yo —le contesto y le levanto el mentón con la mano para que me mire—. Ambos sabemos que no es eso. ¿Salva la ha vuelto a cagar? —indago.

Sé que me estoy metiendo en terreno pantanoso, pero, aunque duela, me importa más que ella esté bien, y si para ello tengo que ser su paño de lágrimas lo seré.

—¿Qué? ¿Salva? —cuestiona como si no supiera de qué estoy hablando.

Levanto los hombros indicando que es obvio a qué me refiero y empieza a negar con la cabeza.

—Ah no. Con Salva no hay nada de nada.

—No parecía eso el otro día —suelto antes de poder evitarlo.

Sara se gira y me mira estudiándome.

—Se ha terminado para siempre. Lo que viste el otro día fue un polvo tonto de pedo y me dio un beso de despedida cuando le di puerta y le dije que no quería saber más de él —aclara.

Soy consciente de que me está dando más explicaciones de las que debería, pero siento cómo mis pulmones por fin se llenan por completo de aire.

Es un alivio sentir la seguridad con la que lo ha dicho y, sobre todo, creerla. Porque Sara es una persona directa y no maquilla las verdades.

—Me alegro. Te he visto llorar por él más veces de las que se lo merecía —aseguro intentando calmar mi voz, ya que por dentro estoy

dando volteretas.

Sara me sonríe y nos quedamos en un silencio cómodo.

Al rato la veo mirar al frente y fruncir el ceño seria, pero le doy espacio. No quiero presionarla porque sé que cuando algo le preocupa siempre lo acaba soltando.

—Hugo…

Lo ha dicho tan bajito que no estoy seguro de si ha dicho mi nombre o ha sido mi imaginación.

—¿Estamos bien? —Esta vez sí la he escuchado.

—¿Por qué no íbamos a estarlo? —pregunto. Ambos vamos de puntillas.

—No es como siempre —dice, y después añade en apenas un susurro—: Te echo de menos.

Se me para el corazón al escuchar su tono de voz y la observo. Está tan triste que su mirada me rompe por dentro.

Yo pensaba que estaba apagada porque Salva le habría hecho algo de nuevo, pero nada más lejos de la realidad. Sara está así por nosotros, porque nuestra relación ha cambiado estos días.

No puedo evitar sentir un calor reconfortante llenándome. Estiro el brazo y la acerco a mi costado.

—Todo está bien —susurro contra su pelo antes de darle un beso en la sien—. Yo también te echo de menos.

Sara suspira antes de apoyarse en mi hombro y la acerco más a mí.

Nos mantenemos así, en un silencio cómplice, hasta que estamos helados y nos vamos cada uno a su casa.

Me he quedado con mil cosas por decirle, pero no quería estropear el momento. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan en paz.

CAPÍTULO 9
ATRACCIÓN

SARA

Echaba de menos a Hugo más de lo que yo misma era capaz de ver. Nunca pensé que Hugo fuera tan importante para mí hasta que lo sentí tan lejos.

Es más, algo ha cambiado en nosotros desde el día que hablamos. A pesar de que pasábamos mucho tiempo juntos, siempre manteníamos una distancia física palpable, pero eso ha cambiado. Es como si hubiéramos echado abajo un muro y ahora somos más cariñosos con el otro.

Por mi parte, me hacen sentir bien pequeños detalles como apoyar la cabeza en su hombro cuando estamos en grupo o agarrarme a su brazo mientras paseamos al perro.

Por su lado, su gen alemán es fuerte y es el más frío de todos nosotros en cuanto a muestras de afecto, pero también he notado pequeños cambios como su mano rozando mi cintura cuando pasa a mi lado en la tienda. O incluso el otro día volviendo en su furgoneta de recoger un banco de pesas que se compró, depositó su mano en mi rodilla de forma descuidada.

Son pequeños detalles que me gustan, pero que a la vez me hacen plantearme muchas cosas.

¿Sigue siendo solo amistad o hemos cruzado alguna línea?

Es cierto que yo nunca he visto a Hugo como nada más, pero tampoco me he sentido nunca tan cómoda con nadie. A pesar de su carácter serio, he descubierto que se ríe mucho más cuando está conmigo y eso me gusta, me hace sentir muy bien saber que hay ciertas sonrisas o gestos que se guarda solo para mí.

Creo que estoy pensando de más, ya que nunca he sentido atracción sexual por él. Es guapo, a rabiar, pero nunca ha despertado nada más en mí. Aunque estaría mintiendo si no reconociera que me gusta cómo me siento cuando su mano me roza la rodilla o la cintura. Esa confianza que solo tengo con él me encanta.

Pues sí que me he levantado reflexiva de la siesta.

Decido ponerme en movimiento y me paso la tarde de viernes entre pinturas. Consigo terminar el retrato a carboncillo de mi perro, que ha estado todo el rato tumbado en el suelo mirándome con atención.

Me ha costado bastante conseguir un acabado decente para la textura del pelo, pero el resultado me encanta y ya estoy pensando en qué zona del salón lo voy a colgar.

—¡Mira qué guapo has quedado! —le digo enseñándole la ilustración, aun a sabiendas de que no me entiende.

Siempre he pensado que quien tiene mascota y no habla con ella no es de fiar. Yo me paso el día hablándole. A veces me ladra en

contestación y otras solo me mira girando la cabeza mientras presta atención. Esta vez, ladra en respuesta y yo me río.

Erik me sigue mientras me dirijo al salón con un martillo y un clavo.

Una vez colgado, me siento en el sofá y miro el reloj. He quedado en un rato con Hugo para darle un buen paseo a mi compañero de piso, coger algo de cenar y darnos un buen atracón de *Dark*.

Queremos acabar la serie antes de que mañana nos vayamos cada uno a pasar Nochebuena con nuestras familias.

Hace semanas que no vemos series juntos y me apetece un montón. Hago tiempo nerviosa acariciando el pelo tan suave que tiene mi perro, es relajante.

Tocan al timbre una vez y Erik se marcha corriendo a la puerta moviendo el rabo y ladrando. Lo que más me gusta de los perros nórdicos es lo expresivos que son.

Al ver que Hugo no entra, me levanto y le abro. Solo me hace falta echarle un vistazo para ver que está contrariado.

—¿Y esa cara? ¿Qué te pasa? —pregunto mientras me dirijo al salón.

—El karma. Tantas veces metiéndome contigo porque siempre pierdes las llaves y hoy he sido yo el que se las ha dejado dentro de casa —suspira frustrado.

Me río y él me mira achinando los ojos.

—No es gracioso —me dice serio.

Hugo es una persona muy organizada y sé que este contratiempo le irrita en grandes dosis. A mí no me parece para tanto, me ha pasado tantas veces que me quedo tranquila porque tanto él como Álex tienen una copia de mis llaves en sus casas, pero a él le descuadra todos sus planes perfectamente organizados.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunto intentando mantener la compostura.

—He llamado al cerrajero, pero como ya son más de las ocho cuenta como urgencia y que venga ahora cuesta más de medio sueldo. Tengo una copia en casa de mis padres, pero se fueron ayer al pueblo de mi madre y no vuelven hasta mañana. Si los aviso, sé que vendrían, pero no los quiero molestar. Mi madre lleva un mes sin ver a mis abuelos y nos vamos mañana a Alemania.

—Bueno, si vuelven mañana tampoco es tanto drama. Seguimos con nuestro triplete: paseo, cena y serie y duermes aquí —informo porque es lo más lógico.

Hugo me observa sopesando mi propuesta.

—No sé, no quiero molestar. Pensaba llamar a Álex, a él sí que me da igual molestarlo.

—Tonterías, tú nunca molestas. Además, no es lo mismo dormir

aquí que salir a la calle de madrugada e ir hasta allí. Y yo no pienso renunciar a nuestro plan —respondo sonriente.

Una pequeña sonrisa le ilumina el rostro. Es una de esas sonrisas que me regala en pequeñas dosis y que me encanta coleccionar.

—Está bien, entonces pago yo la cena —claudica—. Y no acepto un no por respuesta.



Entramos en el piso chorreando. A mitad de paseo el cielo se ha abierto y ha empezado a llover a cántaros.

Estamos completamente calados y Hugo se ha llevado la peor parte porque se ha empeñado en coger un pollo asado mientras yo esperaba en el portal, al que hemos llegado corriendo.

—Vete al baño, tienes toallas debajo del lavabo. Te dejo junto a la puerta un chándal, tengo un par anchos —le digo en cuanto entramos.

—¿No quieres ducharte tú antes? —pregunta tiritando.

—No, yo mientras aprovecho para secar a este señorito, que lo está mojando todo —respondo señalando a Erik, que está sacudiéndose y secándose contra la alfombra de la entrada. Alfombra que va a ir directa a la lavadora.

Cada vez me agrada más la familiaridad con la que Hugo se desenvuelve en mi casa. No sé en qué momento nuestras rutinas diarias encajaron tan bien. Si fue él, fui yo o fuimos ambos los que nos hemos ido amoldando en la vida del otro.

Desde que estuvimos distanciados y confesamos que ambos echábamos de menos al otro, todo fluye de maravilla. Porque cualquier tipo de relación requiere que ambas partes aprendan a fluir juntas.

La letra de la canción *Sastre de sonrisas* de Rayden, una de mis canciones favoritas, viene a mi mente: «Que si se acercan tiempos de tormenta y vienen nubes negras no te hundas; no, aprende a bailar bajo la lluvia».

Le paso una toalla a Erik con brío para sacarle el agua acumulada en el pelo. Cuando ya no gotea, me dirijo a mi habitación y cojo el chándal gris más grande que tengo, una camiseta negra ancha, una sudadera floja y unos calcetines. Estoy segura de que los calcetines no son de su talla, pero son mejores unos pequeños y secos que los suyos empapados.

Me dirijo al baño cuando veo al perro restregándose contra el sofá. Deposito el montón de ropa en la mesa del salón y voy corriendo a apartarlo.

—¡Erik! Eso no se hace —le digo apartándolo mientras señalo el sofá con el dedo—. Muy mal.

El pequeño traidor se marcha hacia la cocina sin mirarme siquiera. Es un señor muy digno que siempre se enfada cuando le riñes.

—Eh… ¿la ropa? No estaba en la puerta. —La voz de Hugo me sobresalta.

Cojo el montón y me giro para dárselo, pero me quedo paralizada al verlo.

De su pelo rubio mojado resbalan gotas que se deslizan por los ojos azules tan bonitos que tiene y mueren en su boca. Hugo tiene la mandíbula marcada y libre de barba. No me había dado cuenta hasta ahora, pero es justo como a mí me gusta y siento un cosquilleo nuevo en los dedos por las inesperadas ganas que tengo de pasar la mano por su cara, que seguramente sea tan suave como parece.

Mi mirada sigue bajando por sus pectorales y no puedo evitar pensar que me encantaría tocarlos, así como a sus tonificados abdominales. Mis ojos terminan en una V marcada de la que cuelga una toalla, la cual me molesta porque me encantaría seguir viendo más de Hugo.

Siempre he sido consciente del buen físico que tiene Hugo debido a todo el deporte que hace. Yo misma lo he visto en bañador más de una vez, pero esta vez es diferente, es el momento más íntimo que hemos tenido hasta ahora porque nunca hemos estado solos delante del otro con tan poca ropa.

Soy incapaz de apartar mis ojos del cuerpo de Hugo y noto la boca seca cuando un calor repentino sacude mi centro y me siento que necesito ver más y sentir más.

¡Madre mía! Estoy sintiendo algo que nunca pensé que iba a sentir por él: atracción sexual.

Y, para qué engañarnos, nunca he sido una persona de pensar mucho las cosas y quedarme con las ganas.

CAPÍTULO 10
SERÁ QUE NO SOY DE PIEDRA

HUGO

¡Vaya! Esto sí que es nuevo.

Sara nunca me había mirado como me está mirando ahora mismo. Se ha quedado parada y me ha hecho un barrido de arriba abajo, parándose un par de segundos de más en el torso.

Mi mirada se desliza de sus ojos a su boca cuando se pasa la lengua por el labio inferior antes de mordérselo.

Siento que le gusta lo que está viendo y eso es algo que no había visto en ella hasta ahora.

Me está poniendo nervioso, pero al mismo tiempo me está poniendo cachondo esa forma de mirarme.

—¿Sara? —Decido cortar la situación antes de que sea evidente que mi entrepierna está empezando a cobrar vida propia.

Sara sale de su trance y levanta la vista hasta posarla en mis ojos.

—Sí, perdona. Estaba… —dice nerviosa—. Toma, aquí tienes todo.

—Gracias. Me cambio en tu habitación, así puedes ducharte.

Sara solo asiente con la cabeza. Es como si le costara juntar las palabras y hablar con normalidad y, siendo sinceros, me gusta que el motivo de ese estado sea yo.

Es la primera vez que noto por ella un interés más allá de la amistad y no puedo evitar que una sonrisa se expanda por mi cara cuando ella reacciona y se mete con prisa en el baño.

Tal vez sea el momento de hacerle caso a Álex y mover ficha.



Una hora después estamos acabando de cenar en la mesa baja del salón.

Tras la ducha Sara ha vuelto a ser ella, aunque está más callada de lo normal. Prácticamente puedo escuchar los engranajes de su cabeza dando vueltas sin parar.

Al terminar, recogemos todo hablando sobre nuestros planes para estos días cada uno con su familia. Erik y ella se marchan a Sopelana en mi furgoneta. Se la he dejado para que pueda llevarse al perro, ya que hasta ahora subía y bajaba en coche compartido o autobús.

Cuando volvemos al salón, nos ponemos cada uno en un lado del sofá, pero cuando Sara levanta las piernas para subirlas dobladas decido ser valiente y se las estiro por encima de las mías.

—¿Estás cómoda así? —pregunto.

—Sí, mucho mejor —contesta con una sonrisa—. Venga, dale al *play*.

Le hago caso y cojo una manta de la cesta que está al lado del sofá para taparnos.



Los capítulos pasan y poco a poco nos hemos ido acomodando más en el sofá, de forma que mi mano descansa sobre sus rodillas, que han acabado encima de mis muslos.

Empiezo a trazarle círculos en la rodilla de forma distraída, pero cuando subo un poco por el muslo, noto cómo su respiración se acelera a medida que mi mano asciende.

Sara se muerde el labio inferior cuando decido subir hasta la mitad del muslo. Le está gustando y eso me pone a mil.

Como dice Ambkor en *Déjame ser*: «Cansado de tanto esconderlo, y será que no soy de piedra».

—¿Estás cómodo? Podemos abrir el sofá y así estamos los dos tumbados —dice con voz ronca.

—Está bien.

Una vez abrimos el sofá nos tumbamos uno al lado del otro, con un poco de distancia entre ambos, y nos volvemos a tapar con la manta.

Por un momento pienso que tal vez le hayan molestado las caricias, pero entonces Sara gira su cuerpo hacia la televisión y lo pega al mío. Me giro también y acoplo nuestros cuerpos. Le deslizo el brazo por el costado y le dejo la mano encima de la cadera.

Seguimos viendo la serie, aunque yo hace rato que he dejado de hacerle caso. Me estoy entreteniendo acariciándole el trozo de piel al descubierto de la cadera.

Sus pequeños temblores me animan a continuar subiendo y bajando la mano con delicadeza. Su piel es tan suave como siempre me había imaginado.

En un momento dado, Sara se aprieta más contra mi cuerpo y mi erección se le clava en el trasero, de forma que un pequeño gemido se escapa de su boca. Cuando pienso que se va a asustar y apartarse, vuelve a sorprenderme cogiendo mi mano y bajándola hasta su entrepierna.

Me quedo un par de segundos sin aliento al comprobar que no soy el único que se está dejando llevar, aun a sabiendas de todo lo que podemos perder.

Saber que no estoy solo en esto me da tranquilidad.

Empiezo a tocar su zona sensible por encima del pijama que lleva puesto. Me entretengo apretando su clítoris por encima de la tela y deleitándome con sus respiraciones entrecortadas.

Cuando la tela me sobra, deslizo la mano por dentro de las bragas y le acaricio la piel directamente.

Sara deja salir todo el aire que estaba reteniendo y me agarra el pene por encima de la tela del chándal, soltando otro pequeño gemido cuando nota lo duro que estoy.

Ambos empezamos a mover nuestras manos, dándole placer al otro y acompasando el ritmo. Me estoy volviendo loco con todo lo que estoy sintiendo.

Acerco mis labios a su cuello y deposito un pequeño beso. Sara acelera el movimiento de su mano y yo continúo besando esa zona hasta que se gira.

Nos observamos en silencio y paramos. Ambos estamos jadeando y puedo verle las mejillas sonrojadas por el calor y las ganas.

—Hugo, ¿qué estamos haciendo? —susurra.

Junto las frentes antes de contestar.

—¿Quieres parar? —pregunto con una sensación de miedo agarrando mi pecho.

—Ni de coña.

Sara niega con la cabeza y mi corazón da una voltereta antes de que juntemos con urgencia los labios. Nuestras lenguas danzan y se enredan una y otra vez mientras nos volvemos a tocar.

Me había imaginado besando a Sara miles de veces, pero la realidad es infinitamente mejor. Nuestras bocas encajan de una forma natural y su sabor lo llena todo. Podría pasarme horas besando y saboreando sus labios.

A partir de ese momento todo se convierte en pura necesidad.

Vuelan las sudaderas y las camisetas y pienso que voy a perder la cabeza cuando veo las tetas de Sara, que encajan a la perfección en mi mano. Me deleito tocándolas hasta que siento la necesidad de besarlas y pasar la lengua hasta que se le endurezcan los pezones.

Sara gime y aprieta nuestras caderas mientras empieza a besarme el cuello y a pasar las manos por mi pecho y estómago.

Acelero los movimientos de la mano que tengo en su entrepierna hasta que Sara explota y puedo notar la humedad en mi mano. Mete la cabeza en el hueco de mi cuello mientras coge aire.

La dejo recuperarse pasándole la mano por la espalda y apretándola contra mí. Me encanta tenerla entre mis brazos.

Cuando Sara se recupera, se aparta y me quedo petrificado, a pesar de mi erección, pensando que tal vez ya se esté arrepintiendo, pero me mira con una sonrisa tímida.

—Vengo ahora, voy al baño a por un condón.

Por eso me encanta Sara, porque es directa, sabe lo que quiere y siempre lo expresa.

Menos mal que está preparada ella, porque como no suelo salir a ligar, no soy de esos tíos que llevan un preservativo en la cartera. Y, mucho menos, planeaba que la noche acabara de esta forma.

Intento recuperar un poco la calma sentándome en el sofá, pero mi corazón se vuelve a desbocar cuando Sara aparece por la puerta y, si ya pensaba que era preciosa, ahora lo está todavía más desnuda y con

los labios hinchados de besarnos.

Me mira juguetona y se sienta encima de mí. Al instante mis manos vuelan hasta posarse en sus caderas, como si fueran el sitio en el que siempre han debido estar.

Me regala una sonrisa traviesa antes de mover despacio las caderas en círculos y que nuestros centros se rocen. Definitivamente, quiere volverme loco.

CAPÍTULO 11

EL OTRO HUGO

SARA

En mi vida siempre he seguido la meta de disfrutar de cada momento y dejarme llevar cuando me apetezca.

Cuando he visto a Hugo en toalla, he notado un calor creciente en mi zona íntima. He intentado no darle demasiada importancia porque pensaba que se trataba de una simple atracción, ya que él está cañón y yo no soy de piedra. Así que, una vez en la ducha, he decidido quitarme el calentón yo solita para que se me pasara la tontería.

¿Ha servido de algo? Por un rato sí, pero él ha decidido no ponerme las cosas fáciles y ha sacado un lado tontorrón que me ha fascinado.

Es cierto que desde que hablé con Ari sobre Hugo me he estado fijando y sí que he notado en él diferencias en cuanto a su relación con Lucía y la nuestra. A ella la mira como miro yo a mis primos, pero a mí me mira distinto y mentiría si no confesara que me ha gustado sentir esa diferencia.

Es agradable notar que para alguien eres especial de algún modo.

De todos modos, a pesar de que últimamente estábamos más cercanos que nunca, en ningún momento llegué a pensar que podría llegar a más. En mi cabeza era eso, dos personas que se llevan muy bien y comparten momentos juntos.

¿Y cómo he acabado yo desnuda a horcajadas encima de Hugo? Sencillo: me ha puesto muy cachonda.

Cuando hemos empezado a ver la serie, se ha dedicado a recorrerme el muslo de arriba abajo consiguiendo distraerme y que quisiera más, así que le he propuesto tumbarnos, con la idea de que siguiera haciéndome cosquillitas por la pierna, pero cuando me he girado para ver la serie y me he pegado a su cuerpo, él también se ha girado y ha acoplado nuestros cuerpos, de forma que mi espalda descansaba sobre su pecho.

Pensaba que no era lo más apropiado para dos amigos que ven la tele e incluso me he reído pensando que ni de coña haría esto con cualquier otro de mis amigos, pero con Hugo parece algo natural estar juntos tumbados y abrazados en mi sofá.

Ilusa de mí cuando he pensado que ahí se acabaría la tontería, porque continuaba jugando a rozarme la cadera de forma vaga, haciendo lentas subidas y bajadas sobre mi piel. Poco a poco he dejado de prestar atención a la serie y he empezado a disfrutar de las sensaciones que estaba despertando en mí, que no eran pocas.

He dejado de pensar y me he dedicado a sentir.

He acabado de encenderme en el momento en el que he notado su erección en mi culo. Ahí el calor lo ha abrasado todo y mi cabeza solo

pensaba en que necesitaba que me tocara. Necesitaba sentir sus manos sobre mí y que me tocara en zonas más íntimas, así que no he dudado en poner su mano en el sitio correcto.

Me ha tocado como nunca me habían tocado: con veneración. Como si para él fuera más importante que disfrutara yo que él.

Al girarme he comprendido que era real, que estábamos pasando una línea, pero por nada del mundo iba a parar la espiral de sensaciones que estábamos sintiendo ambos. He podido ver deseo en su mirada y en la forma de tocarme, y en cuanto nos hemos besado solo quería sentirlo más y me ha empezado a sobrar toda la ropa.

Ha conseguido que terminara en su mano en un tiempo bastante ridículo, pero me ha dado exactamente igual porque el orgasmo que lo ha arrastrado todo ha merecido la pena.

Y aquí estoy, con un condón y con Hugo desnudo debajo de mí mirándome como si fuera el mejor día de su vida, y mi ego sonríe encantado.

Cojo su cara entre las manos y lo beso.

Hugo besa con una contundencia que me ha dejado desorientada al principio. A pesar de ser un chico tímido y bastante callado, al que todos los planes le valen, en este terreno está demostrando que le gusta llevar la batuta, que sabe lo que quiere y besa con una firmeza y seguridad que me está volviendo loca. Nuestras lenguas se enredan y encajan con una naturalidad increíble.

A medida que los besos van subiendo de temperatura, nos empezamos a explorar de nuevo. Cuando la polla de Hugo vuelve a estar dura, me agarra con decisión del culo y nos hace rodar sobre el colchón del sofá cama, hasta acabar él encima.

—¿Estás segura? —pregunta apoyando su frente en la mía.

—Si paras te mato, Hugo. Quiero sentirte dentro —declaro mis intenciones, porque yo siempre he sido de decir lo que quiero y en la cama no iba a ser menos.

Suspira y me da un beso tierno en la nariz que me desarma antes de estirar el brazo y rasgar el preservativo. Se lo coloca con cuidado y, antes de volver a apoyarse en mí, se asegura de que mi zona esté lista para no hacerme daño y yo me deshago entre sus caricias. Sabe dónde tocar y qué ritmo llevar, pero lo hace con cuidado, asegurándose en todo momento de que estoy disfrutando.

Hugo es tierno y preocupado hasta para follar y mi corazón da un pequeño saltito, porque esta nueva faceta suya me está gustando más de lo que esperaba.

Abro las piernas y él se coloca entre ellas antes de deslizarse en mi interior como si no tuviera prisa. Empieza a moverse despacio para ir después acelerando el ritmo.

Hugo no deja de besar cada centímetro de mi piel y yo me deshago

con sus caricias. Arqueo la espalda cuando pasa la lengua por uno de mis pezones y aprieto los muslos cuando lo succiona y pellizca el otro suavemente con la mano.

—Joder, ¡cómo me pones! —dice entre beso y beso.

Y es que este Hugo que dice palabrotas, cuando nunca jamás las dice, ni siquiera palabras malsonantes, me pone a mil. Es como si al follar ese control que tiene sobre sí mismo se rompiera. Hasta diría que el tono de voz es más grave y seguro.

Acelera el ritmo cuando deslizo mis manos por su espalda y le aprieto el culo.

¡Y qué culo! Es redondo y lo tiene duro de todo el deporte que hace.

—Quiero a cuatro patas —digo mordiéndome el labio, porque es mi postura favorita y en la que sé que mi orgasmo va a ser más fuerte.

Hugo cierra los ojos y me dedica una sonrisa canalla.

—Vas a conseguir que pierda la puta cabeza —dice antes de darme un morreo que me deja sin respiración.

Sale de mi interior y, tras darme un beso en la frente, se aparta para que pueda girarme.

En cuanto lo hago, Hugo agarra mis caderas con decisión y se desliza en mi interior en un solo movimiento que me pone todavía más cachonda por la intensidad con la que lo estoy sintiendo dentro de mí.

—¡Joder! —jadea.

Tras un par de segundos de reconocimiento, ambos nos empezamos a mover y acompasamos nuestros movimientos. Hugo pone sus manos en mi culo y lo acaricia antes de acelerar el ritmo.

Cuando su mano se sujeta a mi hombro para conseguir mejor ritmo y clavármela más fuerte, siento una presión en mi bajo vientre y giro la cabeza para mirarlo.

—Hugo, me voy a correr —gimo.

—Córrete, Sara —suplica antes de acelerar todavía más el ritmo.

Sin duda, este Hugo tan sucio me encanta y el orgasmo me alcanza para barrerlo todo. Siento la explosión en mi centro y me dejo llevar.

Gimo en voz alta y Hugo aprieta más mis caderas. Sé que está a punto de terminar él también.

—No pares —le pido.

Me encanta ver en su cara cómo se deja llevar al correrse él también. Es lo más erótico que he visto en mi vida y es una imagen que me costará borrar de mi mente.

—Ha sido increíble —susurra antes de apartarse y darme un breve morreo.

¡Vaya si lo ha sido!

CAPÍTULO 12

LA CHICA DE LAS MIL SONRISAS

HUGO

Apoyo las manos en el lavabo y me miro en el espejo, todavía sin acabar de creerme lo que acaba de suceder.

Ha sido todavía mejor de lo que me había imaginado. En mi cabeza si nos acostábamos era todo mucho más tranquilo, pero ha sido más visceral de lo que me esperaba.

Y es que Sara nubla todo mi juicio. Es tan directa con lo que quiere o le gusta, que ha sido muy sencillo dejarme llevar yo también y hablar. Nunca he sido de hablar al acostarme con otra persona, pero con ella me ha salido solo y he notado que le gustaba, así que no he dejado de hacerlo.

¿Y ahora? Ese era uno de mis mayores miedos. El qué pasaría después si ocurría algo entre nosotros.

En ningún momento he notado que dudara de lo que estaba pasando, pero ¿y si solo ha sido porque quería sexo y nada más? Una parte de mí sabe que Sara es de impulsos y tal vez este haya sido uno de ellos, pero la otra parte también sabe que valora nuestra amistad.

Me echo un poco de agua en la cara y tiro el preservativo en la papelera después de ponerme los calzoncillos que me he traído conmigo.

Al volver al salón, Sara se ha puesto las bragas y se ha envuelto en la manta. Me sonríe relajada y el nudo que se me había empezado a formar en el baño se afloja un poco. Le devuelvo la sonrisa y me acerco al sofá.

—Me gusta que sonrías, lo haces muy poco —dice ensanchando su sonrisa.

—Tal vez tú sonríes mucho —contesto riéndome.

—Nunca se sonríe demasiado —resuelve divertida.

Y eso es cierto, porque nunca me canso de mirar todas y cada una de sus sonrisas. Puede estar medio desnuda, como ahora mismo, que para mí lo más importante sigue siendo esa cara y esa boca alegre que ya me muero por volver a besar.

Cuando se dirige hacia el pasillo, me quedo quieto sin saber qué hacer.

—¿Vienes? —pregunta como si fuera lo más normal del día.

—Puedo dormir en el sofá —propongo, a pesar de que me muero de ganas de dormir con ella —. Igual es un poco incómodo para ti dormir juntos.

Sara se empieza a partir el culo de la risa y a negar con la cabeza.

—Hugo, acabamos de follar. Dudo mucho que dormir juntos sea incómodo cuando acabamos de corrernos hace apenas diez minutos.

—¿No te arrepientes? —pregunto sorprendido.

—No. Sentimos atracción y la hemos explorado. Además, follas muy bien. Un buen orgasmo jamás es motivo de arrepentimiento —responde muy segura.

Siempre es tan directa que esta vez consigue que empiece a notar el calor subiendo por mi cara de la vergüenza.

—¡Vaya! Ha vuelto el Hugo tímido que conozco.

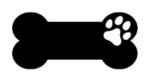
Me río ante su ocurrencia y, más relajado, cojo su mano cuando me la tiende para que la acompañe.

Al llegar a su habitación, se mete bajo el edredón y yo me deslizo a su lado. No sé cómo actuar ahora, si quiere que la abrace o quiere su espacio para dormir.

—Hugo, duérmete. Piensas demasiado —dice a los pocos minutos mientras se gira y coge mi brazo para arrastrarme con ella.

Por fin me relajo cuando noto su respiración ralentizarse y me quedo dormido abrazado a la chica de la que estoy perdidamente enamorado.

Abrazado a la chica de las mil sonrisas.



Amanezco con Erik lamiéndome la cara.

En algún momento de la noche nos hemos girado y ahora es Sara la que me rodea la espalda con su brazo. Noto su calor y eso me da una calma que no sabía que necesitaba.

Miro el reloj y veo que son las once de la mañana.

¡Mierda! Nunca duermo tanto y por eso no suelo ponerme el despertador, porque mi reloj biológico me levanta como muy tarde a las nueve. Se ve que hasta mi lado perezoso ha disfrutado de dormir con ella.

Separo despacio su brazo de mi cuerpo y le doy un beso en la frente, pero está tan dormida que apenas se mueve.

Una vez en el salón llamo a mis padres, que ya están en Madrid, y les informo de que me paso por su casa para coger la copia de las llaves de mi piso.

Calculo el tiempo y tengo que estar en tres horas en el aeropuerto para volar a Hamburgo y de allí todavía nos queda una hora y media de coche hasta Fehmarn.

Sé que Sara adora dormir y no tenía pensado irse a su pueblo hasta después de comer, así que decido darle un breve paseo a Erik y dejarla dormir más tiempo.

Una vez vuelvo a dejar al perro en su piso, dejo sus llaves en la cesta que tiene en la entrada y cojo una hoja de su estudio.

Escribo una nota corta, pero concisa. No quiero agobiarla, pero tampoco quiero que piense que lo de ayer no ha significado nada para

mí. Porque ha significado mucho y, aunque eso me aterra, quiero que tenga claro que para mí esto no ha sido un polvo suelto.

Entro con sigilo en la habitación y le dejo la nota en la mesita.

Sara duerme plácidamente abrazada a una almohada.

Antes de salir por la puerta, me giro para grabar a fuego en mi mente lo preciosa que está dormida después de haber pasado nuestra primera noche juntos.



Tras llegar de casa de mis padres me he ido directo a mi habitación. En realidad, tenía ya toda la ropa apartada, pero me faltaba meterla en la maleta y preparar el neceser.

Lo hago todo lo más rápido posible y, aun así, llego al aeropuerto un poco justo de tiempo y mis padres ya han pasado el control.

—¡Hijo! Pensaba que no llegabas —dice mi madre aliviada.

—Había mucho tráfico y ya venía con el tiempo bastante justo —respondo abrazando a ambos—. Gracias por esperarme, vamos.

Una vez llegamos a la puerta asignada todavía no han empezado el embarque, así que mi madre aprovecha para ir al servicio.

—¿Dónde has dormido? Cuando has venido a por las llaves ibas tan apurado que no me ha dado tiempo ni a preguntarte —dice mi padre.

—En casa de Sara.

—¿Con ella? —pregunta sorprendido.

—Sí, somos amigos.

—Ya, amigos.

—Siempre tan cotilla sobre mi vida privada.

—Y tú siempre tan hermético sobre ella —responde riéndose con ganas.

Me uno a sus risas y no le contesto.

Me da vértigo pensar qué va a pasar ahora con Sara.

Si no lo pienso demasiado podré pasar unas vacaciones bastante tranquilas, porque me niego a tener ningún tipo de conversación con ella de este tipo por teléfono.

Por desgracia, conociéndome como me conozco, no dejaré de darle vueltas al tema en mi cabeza como una noria, así que me espera una semana intensa que procuraré llenar con familia, mucho surf y buena comida alemana.

CAPÍTULO 13

EL BEBÉ MÁS BONITO DEL UNIVERSO

SARA

Nochebuena pasa volando y cuando me doy cuenta estoy a un día de volver a Madrid.

He aprovechado estas vacaciones para intentar desconectar de todo lo que pasó el último día en Madrid y de todo lo que hicimos Hugo y yo.

Hugo.

He intercambiado con él un par de mensajes y un par de fotos de Erik y nuestras respectivas playas favoritas, pero todo en tono amistad y sin mencionar lo que pasó.

Sé que me gustó y que no me arrepiento ni lo más mínimo. Disfruté mucho y conocí una parte de Hugo que me encantó. Es más, pienso en él más a menudo y no exactamente en ir a pasear al perro.

Por las noches he repasado en mi cabeza las guarradas que hicimos y todo lo que me hizo sentir: deseada, guapa y sexi. Así que no es de extrañar que más de una vez haya rememorado a solas el pedazo polvo que echamos y me haya tocado pensando en él y en su forma de tocarme y susurrarme al oído.

Pero hay un problema muy grande y es que me aterra perderlo. Hugo se ha convertido en una de las personas más importantes de mi vida. Valoro su amistad por encima de todo y pensar en que por echar un par de polvos podamos joder nuestra amistad me da mucho miedo, por muy bien que hayamos congeniado en la cama.

Cuando vuelva a casa tendremos que hablar y aclarar las cosas, porque no estoy dispuesta a poner en peligro nuestra relación. Él mismo comentó que teníamos que hablar en la nota que me dejó antes de irse y que todavía conservo:

> Me he ido porque, si no, no llego al avión, pero no quería despertarte. Echaré de menos tus sonrisas estos días, pero me guardo un par nuevas que hasta ayer no sabía que existían.
>
> Disfruta de tu familia. Hablamos al volver. Un beso.
>
> P.D.: he bajado a Erik.

Guardo la nota en mi bloc de pintar y cojo la cazadora antes de salir con mi madre.

Ya que mañana Erik y yo nos vamos, hemos decidido pasear los tres por la playa Arrietara, mi favorita desde que tengo memoria.

—¿Qué te pasa, *ama*? —le pregunto preocupada cuando me mira con lágrimas en los ojos.

Mi madre, Idoia, es la persona más importante de mi vida. Desde que era pequeña siempre hemos estado las dos solas en casa, a pesar de que la relación con mis dos tíos es muy cercana. Siempre la han protegido y cuidado, incluso se posicionaron de su lado cuando mi madre dejó de hablarse con mis abuelos y tampoco se hablan con ellos.

Eso es algo que en mi familia siempre se ha tocado de puntillas y cada vez que he preguntado se ha cambiado de tema de forma radical, así que nunca he llegado a saber con certeza qué ocurrió.

—Tengo que contarte algo, Sara —dice mi madre con una sonrisa triste y voz temblorosa.

Nos sentamos en la arena mientras Erik se dedica a correr y a hacer agujeros, aunque estoy pendiente de él por si le da por fugarse. Agarro la mano de mi madre y espero paciente a que empiece a hablar.

Pasan los minutos y veo cómo ella está reorganizando sus ideas, así que no la presiono, a pesar de que quiero saber con urgencia qué es lo que me tiene que contar y si tiene que ver con mis abuelos, tal y como sospecho por lo afectada que la veo.

—Creo que va siendo hora de que te cuente ciertas cosas, pero antes quiero aclararte que algunas he tardado en contártelas porque quería ahorrarte dolor —empieza con voz entrecortada.

—Sea lo que sea, sabes que siempre prefiero saber —le aseguro.

Mi madre suelta el aire que estaba reteniendo y empieza a hablar.

—Como bien sabes, hace años que no me hablo con tus abuelos. Siempre te he dicho que la decisión era mía porque me habían hecho mucho daño y así es, pero hay más y tiene que ver más contigo y con tu padre que conmigo.

—¿Con mi padre? —pregunto extrañada.

Mi madre levanta la vista y me mira con pena antes de asentir.

—Así es. Sé que hasta ahora te he contado muy pocas cosas sobre él porque me avergüenzo de todo lo que pasó y en cómo te ha afectado a ti, que me has tenido solo a mí.

—Más que suficiente, *ama*. No necesito a nadie más —contesto sincera—. No voy a echar de menos a alguien que nunca quiso saber de mí.

—Es que ese es el problema, cariño, que nunca fue decisión suya —susurra.

Me quedo helada y solo consigo mirar a mi madre sin articular palabra.

La poca información que tengo es que era un marinero con el que mi madre se acostó y con el que se quedó embarazada de mí, pero nunca he llegado a preguntar siquiera su nombre porque pensaba que no había llegado a saber de mi existencia.

—Lo que te voy a contar ahora sé que te va a hacer daño, cielo,

pero ha pasado algo y por eso tengo que contarte todo esto. Siento mucho no haber sido capaz durante todo este tiempo de sincerarme contigo. —Se queda callada y coge aire antes de continuar hablando —: Como ya sabes, tu padre era un marinero de Cabo Verde que hizo puerto en Bilbao cuando yo era joven y estudiaba allí. —Me sorprende que mi madre hable en ese tono de él, con cariño—. Estuvimos juntos un año…

—¿Un año? —pregunto sorprendida—. Pensaba que había sido cosa de una noche.

—No, estábamos juntos y muy enamorados.

—¿Y qué pasó? ¿Cómo se llamaba?

—Se llamaba Amandi. Tu padre no había vuelto a embarcar e incluso trabajaba en la lonja. Los dos soñábamos con tener una vida juntos y nos pusimos muy contentos cuando me quedé embarazada de ti. No lo esperábamos, pero estábamos ilusionados. El problema vino cuando se lo presenté a tus abuelos.

Mi madre se gira hacia mí y envuelve mis manos con las suyas. Las observo unidas, las suyas tan blancas y las mías con ese color negro que siempre he adorado. Hasta ahora, era lo único que adoraba de mi padre, pero viendo la cara de mi madre hablando de él, está claro que hay más cosas que me habrían gustado. Amandi, me gusta cómo suena su nombre.

Suspira de nuevo antes de continuar.

Puedo ver lo mucho que le está costando tener esta conversación y, sobre todo, lo mucho que le está doliendo.

—Todo se estropeó a un ritmo frenético. Tus abuelos no lo aceptaron desde el momento en el que vieron que era negro. Para ellos, era un escándalo que su hija estuviera con una persona de color. Era un pueblo, otra época y no había tantos extranjeros como ahora, pero lo que sí había eran muchísimos más prejuicios. Me prohibieron estar con él y lo echaron de casa de muy malas formas. Dijeron que lo único que quería era dejar embarazada a una española para conseguir los papeles. Lo cual no podía ser menos cierto porque él estaba enamorado de mí y tenía toda la documentación en regla.

—¿Y tú dejaste que lo echaran? —pregunto intentando juntar todas las piezas.

—Me dijeron que no me ayudarían en nada y que no me volverían a dirigir la palabra si seguía con él. Era joven e ingenua y no pensé que habría otra salida, así que dejé a Amandi y le pedí que se fuera. Él trató de convencerme, pero mis padres no me dejaban verlo ni le dejaban acercarse a mí.

—Pero si te quedaste con los abuelos, ¿cómo es que no te hablas con ellos desde hace tantos años?

—Por ti. En el momento en el que naciste con este color tan bonito

que tanto adoro y con esos rasgos tan parecidos a él pude ver el desprecio y la vergüenza en su cara al mirarte. —Le tiembla la voz y veo un par de lágrimas corriendo por sus mejillas—. Fue la gota que colmó el vaso y no aguanté más. El resto ya lo sabes. Ni mis hermanos ni yo hemos vuelto a tener relación con ellos, porque no les perdonamos la forma en la que destrozaron mi vida y en cómo te rechazaron cuando para todos eras el bebé más bonito del universo.

CAPÍTULO 14

LEVANTA ESA PRECIOSA CARA SUCIA

SARA

Duele. ¡Joder si duele!

Saber que dos personas que se supone que te quieren por ser familia te desprecian sin ni siquiera conocerte simplemente por tu color de piel o por tus orígenes duele.

El hecho de haber obligado a mi madre a dejar a mi padre para luego rechazarme así también fue muy cruel.

Siempre había tenido claro que no quería saber nada de mis abuelos por lo mal que lo pasaba mi madre si alguien le hablaba de ellos, pero había dado por supuesto que ellos tampoco querían saber nada de mí por lo que fuera que hubiera pasado con ella. Ahora sé que el problema era que yo no tenía el mismo tono de piel que el resto de la familia o que mi nariz no tenía la forma perfilada de las suyas.

—¿Sabes qué es lo peor? —pregunta con la voz cortada por el llanto.

—¿Qué? —pregunto con temor a su respuesta.

—Que me quedé con tus abuelos sin ser consciente de que había más personas a mi alrededor que estarían dispuestas a ayudarnos a Amandi y a mí. Cuando me fui de su casa, me planté contigo en la de mis hermanos, que vivían juntos por trabajo en Vitoria, y que nos acogieron sin dudar. Ellos conocían a tu padre, su lado trabajador y los planes que teníamos, así que les sorprendió mucho cuando desapareció y no volvimos a saber más de él. Aun así nos ayudaron incluso cuando ellos mismos no llegaban a final de mes.

Nos quedamos las dos un rato en silencio llorando, una al lado de la otra, cada una lidiando con su dolor.

Mi madre llora por la vergüenza de haber acatado las normas de unos padres egoístas y haber renunciado a la vida que ella había elegido. Llora por haber renunciado al amor de su vida al pensar que se quedaría sin su familia, cuando en realidad una parte la apoyaría siempre.

Yo lloro por la injusticia del rechazo desde que nací y por la que me privaron de una vida con mi padre presente.

La letra de la canción *Cara sucia* de El Chojín me sacude con fuerza y cobra para mí un sentido que, hasta ahora, nunca había tenido: «Niño, aprende que eres diferente. Niño, resiste, niño, sé fuerte. Sé indiferente al rechazo de la gente inculta y levanta esa preciosa cara sucia».

Me niego a permitir que su rechazo me impida ver más allá. Sí, ellos me rechazaron, pero estoy rodeada de una parte de la familia y de unos amigos que me quieren por como soy yo por dentro, no por fuera.

—¿Estás enfadada conmigo? —tantea preocupada mi *ama*.

Medito un poco antes de contestarle, porque sí estoy enfadada porque no haya sido valiente, pero también entiendo que era otra época, otra forma de vida en un pueblo y era muy joven. Apenas acababa de cumplir diecinueve años cuando me tuvo.

—Estoy enfadada con la situación y que todo haya sido así, pero creo que tú lo has hecho lo mejor que has podido. Claro que me molesta que me hayas ocultado todo esto durante tanto tiempo, pero también entiendo que querías ahorrarme el daño de unos abuelos racistas que me rechazaron antes siquiera de conocerme. Aun así, me habría gustado saber que mi padre sí sabía de mi existencia y que luchó por nosotras antes de irse. —Suspiro triste y me sincero—: Así que sí estoy un poco enfadada contigo. Puedo entender el porqué de las decisiones que tomaste, pero no las comparto y me duelen.

—¿Podrás perdonarme? —pregunta con miedo.

—Necesito tiempo para asimilarlo todo —declaro confiando que el tiempo haga que duela menos—. Tengo muchas preguntas que espero que contestes.

—Todas las que quieras —contesta al instante.

Le pregunto por Amandi y por ella, por cómo se conocieron, qué le gustaba de él y cómo era. Mi madre responde a todas y cada una de mis preguntas. Se nota que le tiene un gran cariño por la forma en la que se refiere a él y sé que se arrepiente de todo el daño que también le ha hecho. Porque Amandi ha sido padre sin poder serlo por culpa de los prejuicios de terceros.

—Antes has dicho que había pasado algo y que, por eso, tenías que contarme todo. ¿Qué ha pasado? —pregunto con miedo cuando repaso en mi cabeza toda la conversación que acabamos de tener.

—Verás, tu padre reapareció hace unas semanas y quiere conocerte —suelta de sopetón y me mira nerviosa.

—¿Cómo que reapareció? ¿Está en Sopelana? —pregunto con el corazón a mil.

—Ahora mismo no, pero vino a buscarte cuando se encontraba en Bilbao por trabajo y se encontró a un amigo común, que le habló de ti. Cariño, él no sabía que existías —dice llorando—. Me contó que mis padres le habían dicho que yo había perdido el bebé y no quería saber nada más de él, así que volvió a embarcar al pensar que ya no había nada aquí para él.

Me cuesta respirar de lo acelerado que tengo el corazón. Es mucho para asimilar. No solo tengo un padre que no me abandonó en su día, sino que pensaba que yo no existía. Además, ha venido a buscarme y quiere conocerme.

Me sudan las manos y me las seco en las mallas que llevo puestas.

—No estoy preparada para conocerlo en persona, *ama*.

—No tiene que ser pronto, cariño. Amandi me dijo que entendía que no podía aparecer así después de tantos años y esperar a verte el primer día. También me dijo que iba a esperar todo el tiempo que necesitaras y me ha dado sus datos, para que lo llames cuando estés preparada.

Me extiende un papel con su nombre, Amandi Landim, su número de teléfono y una dirección en A Coruña.

Me lo guardo en el bolsillo de la cazadora y no decimos nada más durante un buen rato mientras vemos el atardecer.

Erik siente que estoy triste porque no es un perro demasiado cariñoso, pero hace rato que se ha sentado a mi lado y tiene la cabeza apoyada en mi pierna mientras yo me relajo hundiendo los dedos en su suave y largo pelo blanco.

Sé que la relación con mi madre estará rara durante una temporada porque no puedo evitar sentirme engañada por todos estos años.

Que entienda los motivos no excluye que, por primera vez, sienta una pérdida que nunca antes había sentido.

Durante años mi madre me ha dejado pensar que él sabía que yo existía sin ser cierto, porque ella pensaba que se había ido, y esa herida me va a costar cerrarla.

CAPÍTULO 15

ES IMPOSIBLE GANAR SI NO TE ARRIESGAS

HUGO

Por fin he llegado a mi casa de Madrid después de unas vacaciones llenas de familia.

Como mis abuelos viven en un pueblo pequeño, nos hemos ido allí a celebrar las fiestas con ellos. Han ido también todos mis primos con sus padres y, aunque hemos estado bastante apretados, nos ha dado igual dormir en unos colchones extra que nos han dejado unos vecinos. Lo importante era estar todos juntos.

Mis primos y yo hemos aprovechado para hacer surf en la playa que nos ha visto crecer y caer mil veces de las tablas. Además, he llegado a la conclusión de que da igual de qué país sea tu abuela, si vas a su casa comerás hasta reventar.

También he aprovechado estos días para armarme de valentía y concienciarme de que ha llegado el momento de hablar con Sara y decirle todo lo que siento.

Quiero estar con ella.

Es increíble por dentro y por fuera. Tiene una personalidad alegre y divertida que me encanta y es la mujer más bonita que he conocido. Incluso en la cama hemos encajado a la perfección y no se me ha pasado ni un poco el deseo de estar juntos. Al contrario, tengo incluso más que antes y me he quedado con muchas ganas de repetir.

Intentaré hablar con ella en cuanto nos quedemos a solas, porque ahora mismo están Ari, Álex, ella y Lucía a punto de llegar con la compra para preparar la cena en mi casa, ya que es aquí donde cenaremos todos juntos y tomaremos las uvas después de darnos los regalos del amigo invisible.

En cuanto tocan el timbre escucho los ladridos de Erik y sus patas intentando empujar la puerta.

Al abrir se vuelve loco de alegría saltándome encima y dando vueltas sobre sí mismo. Me agacho para abrazarlo y dejar que me dé todos los besos que quiera.

—¡Vaya, creo que tenemos un claro ganador de quién te ha echado más de menos! —dice Álex riéndose por la efusividad del perro.

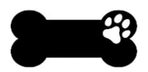
—¿Qué pasa, campeón? Yo también me alegro mucho de verte —le digo a Erik mientras le acaricio detrás de las orejas, antes de girarme y dirigirme al resto—: ¿Qué tal las vacaciones?

Saludo a mis amigos con un abrazo, dejando a Sara la última.

No puedo reprimir un cosquilleo en el estómago cuando la abrazo y me regala una de esas sonrisas que tanto he echado de menos estos días. Nuestro abrazo dura un par de segundos de más, parece que ninguno de los dos quiere separarse.

—Venga, vamos a ponernos manos a la obra, que son ya las cinco y

a las ocho vienen los demás para darnos los regalos y tomarnos una caña precena —exclama Ari dando una palmada al aire y entrando en la cocina.



Dos horas después tenemos la cena casi lista: entrantes variados y pavo relleno de pasas que ha hecho Lucía. Sara, Ari y Álex aprovechan mientras yo pongo la mesa para ir a sus casas a vestirse, ya que Lucía, que es la más práctica del grupo, se ha traído una mochila con sus cosas y se está maquillando en el espejo del salón mientras hablamos y escuchamos de fondo a nuestros grupos favoritos.

—¿Cómo te ha ido estos días? Sé que no es tu época favorita —le pregunto en confianza.

Es una persona a la que le cuesta abrirse, pero también sé que la muerte de su madre le marcó mucho y estas fechas son malas para ella. Tenían una relación estrecha y su pérdida fue un golpe muy duro. Siendo sinceros, estoy seguro de que una pérdida tan grande como esa nunca se llega a superar del todo.

—Bueno, más de lo de siempre. Un sitio vacío en la mesa que sabemos que no se va a volver a llenar y con tristeza, la verdad. Estoy deseando que pasen las fiestas de una vez —responde sincera—. Al menos tú ya has vuelto. Gracias por la llamada en Navidad —añade regalándome un abrazo.

El gesto me toma por sorpresa porque Lucía no es una persona cariñosa o que tenga muestras de afecto a menudo. Se lo devuelvo y dejo que sea ella la que se separe, porque mi madre siempre afirma que, cuando alguien te abraza, debe ser esa persona la que se aleje, ya que solo ella sabe cuánto necesita ese abrazo.

Lucía es como una hermana para mí. El hecho de crecer con una persona, conocerla desde pequeños y saberte de memoria sus virtudes y sus defectos une más que cualquier amistad que hagas después. Es una relación de familia en la que lo malo se soporta mejor y lo bueno se valora todavía más.

Juntos hemos pasado lo de su madre y fue la primera persona que me habló cuando llegué al colegio y mi español no era tan bueno como ahora, que soy bilingüe. También hemos pasado juntos nuestras primeras borracheras e incluso nuestro primer y último pitillo, porque a ambos nos pareció un sabor muy desagradable. Crecer juntos crea un vínculo diferente a todos los demás.

—Y tú, ¿no tienes nada que contarme? —pregunta divertida.

Levanto una ceja como respuesta porque no tengo ni idea de a qué se refiere.

—Venga, Huguito. Que son muchos años, ¿cuándo vas a contarme

qué está pasando entre Sara y tú?

Definitivamente tengo que esconder mejor mis sentimientos, porque debo ser más transparente de lo que pensaba.

Me quedo callado sin saber muy bien qué contestar.

—¿No te acuerdas de que yo fui la primera que aseguró que entre Ari y Álex pasaba algo? Soy muy observadora y tú eres un libro abierto para mí —añade—. Os habéis pasado la tarde nerviosos a cada conversación o roce que habéis tenido. Por no hablar de ese abrazo largo que os habéis dado al veros. ¿Estás liado con ella?

—Nos acostamos el día antes de irme a Fehmarn —confieso.

—¡Vaya! Y eso que tú eres de los que van despacio.

—Y lo soy, pero con Sara pierdo cualquier control que tenga sobre mí mismo. Empezó con un par de caricias tontas en la pierna, pero la cosa se fue caldeando y acabamos en la cama.

—¿Y ahora? —tantea.

—Quiero hablar con ella y decirle lo que siento.

—Tenía bastante claro que te gustaba por cómo la miras siempre y todo el tiempo que pasáis juntos, pero tenía más dudas con ella. Se nota que eres la persona con la que se siente más cómoda, aunque no estaba segura de que fuera algo más que amistad —medita—. Me alegro mucho de haberme equivocado. ¿Tú quieres estar con ella? —Asiento ante su pregunta y añade—: Pues a por todas, es imposible ganar si no te arriesgas.

Extiende su mano hacia mí y le choco los cinco antes de continuar poniendo la mesa mientras ella se cambia de ropa en mi habitación.

Me resulta tan sencillo hablar con Lucía que su frase cala en mí y me siento más valiente que antes. Al fin y al cabo, tiene toda la razón: quien no arriesga es imposible que gane.

CAPÍTULO 16

EL REGALO PERFECTO

SARA

Llevo un rato arreglada y lista sentada en el sofá con el papel con los datos de mi padre entre los dedos. Está ya arrugado de la cantidad de veces estos días que lo he abierto y cerrado.

Todavía no he decidido si quiero conocerlo o no.

Por un lado, sé que él no tiene la culpa. Lo echaron de nuestras vidas y él estaba solo en un país que no era el suyo. Además, tuvo que soportar las miradas de desprecio de mis abuelos y el rechazo de mi madre.

Por otro lado, me aterra conocerlo y no ser lo que él espera de mí o que él no sea lo que yo espero de él. Aunque ¿qué podría esperar de una persona que hasta hace unos días ni siquiera sabía que existía más allá de una noche loca de mi madre?

Por el momento decido guardar su número, ya que el papel corre el riesgo de acabar desintegrándose de tanto toquetearlo.

Una vez guardo el número, abro la aplicación de mensajería para ver si tiene foto.

Le he estado dando vueltas a cómo es y si me parezco a él tanto como dice mi madre. Porque lo cierto es que a mi madre me parezco poco, está claro que he heredado más de él que de ella, al menos físicamente.

Busco su nombre y me quedo sin aire al ver la foto: sale él con una mujer y una niña de unos doce o trece años.

Empiezo a analizarlo a él. Es más negro que yo y tiene el mismo pelo rizado y ojos marrones. Además, en la foto lleva perilla y su cara está cubierta con una sonrisa de lado a lado. A su lado, una mujer rubia que tendrá más o menos su edad lo está mirando alegre. Por último, mis ojos se centran en la niña. Es delgada, del mismo color de piel que yo y tiene el mismo pelo rizado descontrolado. Su sonrisa es muy similar a la mía. Hasta yo misma me doy cuenta de que es casi igual a mí a su edad. Forman una familia preciosa y muy feliz.

Los ojos se me empañan y unas lágrimas me corren por las mejillas. A pesar de saber ya de su existencia, ver lo mucho que me parezco a él me ha desarmado y saber que tengo una hermana me hace sentir un dolor en el pecho más grande del que había sentido nunca.

¡Qué fuerte! ¡Que tengo una hermana!

Es tan injusto que se me haya privado de estar con ellos… Mi vida ha sido buena y no la cambiaría, pero no me habría importado haber formado también parte de la suya.

Viendo la foto la idea de que no estaría mal conocerlo empieza a echar raíces en mi interior.

Ahora que le he puesto cara a mi padre y conozco la existencia de

esa niña, sé que voy a ser incapaz de dejarlo correr como si no existieran.

Intento calmarme antes de levantarme del sofá.

Siempre he sido una persona alegre y que ve las cosas positivas de la vida, pero ahora mismo solo siento una tristeza enorme. Me siento como si hubiera perdido algo importante.

No he hablado con nadie del asunto. A pesar de que mi madre me ha llamado un par de veces y ha intentado sacar el tema, soy incapaz de hablarlo con ella. Me sigue doliendo lo que ha hecho y que haya tardado tanto en sincerarse conmigo.

Estos días he estado con mis amigos, al menos con los que ya estaban en Madrid, pero no me apetece compartirlo con nadie que no sea Hugo. Él me conoce mejor que cualquiera y sé que un abrazo suyo va a conseguir calmar esta sensación de pérdida que siento desde hace días.

Ahora más que nunca necesito a mi amigo.



Tras calmarme y retocar el poco maquillaje que me he puesto, me dirijo a casa de Hugo con Erik, vestido con una pajarita roja que destaca sobre su pelaje blanco.

Cuando llego, el resto ya está en casa de Hugo. Todos están muy guapos y, aunque parezca una tontería, agradezco hoy estar con todos ellos manteniendo la cabeza ocupada después de descubrir la familia que desconocía tener.

—¿Estás bien? —me pregunta Hugo en la cocina cuando estamos cogiendo unas cervezas antes de dar los regalos—. Si es por lo que pasó, quería hablar contigo después.

—Vale, luego hablamos cuando estemos solos.

Necesito hablar con él, pero ahora con todo el mundo en su piso no es el momento ni para hablar de lo que pasó ni de mi padre.

Se acerca a mí y deposita un beso en mi sien antes de regalarme una pequeña sonrisa de las suyas.

No sé si es por todo lo que me está pasando, que es el beso más dulce que me han dado en mi vida o una mezcla de ambos, pero siento ganas de llorar.

—Voy un segundo al baño, te veo ahora en el salón —respondo dándole yo a él un beso en la mejilla.

Una vez consigo calmarme por segunda vez en el día, salgo y me uno a mis amigos en el salón, que ya me están esperando para abrir los regalos.

Hugo me sigue con la mirada y veo preocupación en su expresión, pero no dice nada. Simplemente deposita la mano en mi pierna y me da un pequeño apretón. Es un pequeño gesto que me anima más de lo que imaginaba hoy que estoy tan triste.

Poco a poco vamos abriendo los regalos. Hemos hecho un sorteo y me ha tocado a mí empezar entregando el regalo y luego continuaremos la rueda desde esa persona.

Así que le entrego a Lucía la selección de discos de rap que sé que le gustan de la colección de Hugo, para que los pueda escuchar cuando quiera. Lucía me mira sorprendida y me da un abrazo agradecido antes de entregar el suyo.

Lucía le regala a Carlota unos taconazos de vértigo con tachuelas. Carlota a Ari, una colección de libros que quería desde hace tiempo. Ari a Raúl, un vapeador para que deje de fumar tanto. Raúl a Marcos, un juego de la *PlayStation* que quería. Marcos a Álex, el mismo juego, algo que nos ha hecho reír a todos por lo similares que son en gustos estos dos. Álex a Hugo, una cartera pequeña de surfistas con una cajita de cera con su raspador, protector solar orgánico, bálsamo labial natural y un bolsillo para meter unas monedillas para las cervezas de después, tal y como Álex ha añadido convencido.

Así que, por descarte, Hugo me regala a mí.

Siendo sincera, me hace ilusión haberle tocado a él, porque sé que no se va a equivocar.

Hugo me mira expectante mientras desenvuelvo el regalo. Una vez rasgado el papel descubro un maletín de madera con tubos de pintura, pinceles, rotuladores, ceras, sacapuntas y carboncillos. Es perfecto para llevarlo de viaje conmigo.

Una sonrisa enorme se dibuja en mi cara porque es el regalo perfecto.

Hugo me conoce tan bien que mi corazón da un saltito de alegría cuando me devuelve la sonrisa.

CAPÍTULO 17

MI LUGAR FAVORITO

HUGO

Suelto el aire que estaba reteniendo tras devolverle la sonrisa a Sara.

A pesar de saber que era algo que le iba a gustar, quería sorprenderla y lo he conseguido.

Nunca me ha gustado demasiado regalar, ya que la mitad de las veces la gente no es sincera sobre si les gusta o no lo que les acabas de regalar y lo acaban dejando en un cajón o tirándolo al cabo del tiempo.

Aunque tengo que reconocer que el regalo que me ha hecho Álex me encanta. Lo malo de mis genes alemanes es que me quemo con una facilidad asombrosa y esta pequeña cartera con lo básico me va a ayudar a no olvidar echarme crema más a menudo.

Estoy preocupado por Sara. La estoy notando un poco ausente hoy, sobre todo desde que ha vuelto de bajar al perro y cambiarse en su casa, pero me gusta que mi regalo le haya cambiado por fin el estado de ánimo. A pesar de que no es tan grande como suele ser, una sonrisa ha vuelto a instalarse en su cara.

Me da un abrazo y yo lo disfruto. Echaba de menos su olor. Sara huele siempre a su propio olor, que me encanta, mezclado con olor a fresco, a colonia de bebé.

Cuando nos separamos no puedo evitar ponerme nervioso al ver a Lucía y a Álex mirándonos. El resto parece no haberse dado cuenta. Al menos seguro que Raúl no, porque es tan despistado que asusta y siempre es el último en enterarse de todo. Pero estos dos son los únicos que están al tanto de mis sentimientos por Sara y no quiero que nadie más lo sepa o me pregunte al respecto, así que me levanto y empiezo a recoger todos los envoltorios de papel de regalo para mantenerme ocupado.

Tras darnos los regalos, decidimos sentarnos a la mesa y empezar a cenar con tiempo. Los entrantes que hemos hecho están deliciosos, pero no tienen nada que ver con el pedazo de pavo que ha cocinado Lucía para todos.

—¡Joder, Lucía! Esto está buenísimo —halaga Raúl cuando estamos ya poniendo los postres, turrones y polvorones en la mesa.

—La verdad es que está increíble. ¿Qué lleva el relleno? —pregunta Ari.

—Lleva pasas, piñones y carne picada. Era la receta que hacía mi madre todas las Navidades —contesta mi mejor amiga con una sonrisa nostálgica.

—Pues está buenísimo —responde Ari encantada mientras empieza a atacar los polvorones.

La relación entre ambas ha mejorado desde primavera. Dudo que

lleguen a ser grandes amigas, pero ya no hay tiranteces ni cuchillos entre ellas.

Si Lucía sentía algo por Álex, sin duda hace tiempo que lo ha superado y se alegra de que haya encontrado a Ari. Aunque sabiendo cómo fue su relación con Mauri, dudo mucho que lo que sintiera por Álex fuera más fuerte que lo que sentía por él.

Poco a poco se va acercando la hora de las uvas y me estoy ocupando de poner doce en cuencos para todos cuando Sara entra en la cocina y se sienta en la encimera a mi lado.

—Se me ha olvidado comprar Conguitos. Odio las uvas —dice contrariada—. ¿Tienes algo pequeño y rápido para comer que no sean uvas?

—No te preocupes, yo sí que me he acordado. Los he pillado esta mañana cuando he ido a hacer la compra al volver de Alemania —respondo.

Sara me mira sorprendida.

—Vaya, gracias —susurra—. ¿Cómo te has acordado?

Podría decirle que me acuerdo absolutamente de todo lo que me cuenta porque, si es importante para ella, es importante para mí, pero ahora mismo no es el momento de tener esta conversación con todos nuestros amigos en el salón y estando a punto de finalizar el año.

—No es para tanto —respondo moviendo la mano para restarle importancia—. Cuando hablamos de hacer la cena aquí, dijiste que odiabas el sabor de las uvas y siempre comías Conguitos con cada campanada, así que cuando he comprado la fruta para todos he cogido una bolsa para ti.

Sara no dice nada, pero me mira con una sonrisa tan tierna en la cara que consigue que mi corazón comience a latir descontrolado.

Antes de hacer una estupidez, como besarla, estiro el brazo por encima de su cabeza para abrir el armario donde he guardado la bolsa, pero de repente Sara pone una mano en mi mejilla y acerca nuestras bocas.

Reacciono en el mismo instante en el que nuestros labios se juntan colocándome entre sus piernas y pasando el brazo por su cintura para estrechar su cuerpo contra el mío.

Encajamos a la perfección.

Tenerla entre mis brazos se ha convertido en mi pasatiempo favorito y es que, sin lugar a dudas, mi lugar favorito es cualquiera en el que ella esté conmigo.

Nos damos un beso tranquilo, dejando que nuestras bocas se reconozcan. Entrelazamos nuestras lenguas y dejamos que sean ellas las que marquen el ritmo.

Es increíble cómo un simple beso me da tanta paz y a la vez lo revoluciona todo en mi interior.

Escuchamos ruido en el pasillo y me separo justo en el momento en el que Marcos nos interrumpe. Siento su ausencia en cuanto nuestros cuerpos se separan.

—Chicos, quedan diez minutos para las doce. ¿Necesitáis ayuda con las uvas?

Esta vez ha sido ella la que ha dado el primer paso y mi corazón no puede estar más contento ahora mismo. Al menos hasta que levanto la cabeza y veo que me está observando sorprendida por lo que acaba de pasar, como si no hubiera entrado en sus planes besarme.

Frunzo el ceño al pensar que lo ha hecho de forma impulsiva y no porque sienta algo por mí más allá de atracción sexual, algo que quedó bastante claro que sí existía el día que nos acostamos.

—¿Qué me he perdido? —pregunta Marcos cuando ve que ninguno de los dos ha dicho nada todavía.

Sara me mira como queriendo decir algo, pero no pienso tener esta conversación ahora mismo y, menos, con público. Rompo el contacto visual y cojo de la estantería los Conguitos, asegurándome de no rozarla.

—No, solo nos quedaba esto. Toma, coge un par de cuencos —respondo saliendo de la cocina cargado antes de que Sara pueda decir nada más.

CAPÍTULO 18

NAUFRAGIO

SARA

Me quedo un par de minutos sola en la cocina asimilando lo que acabo de hacer.

Hugo rompe mis esquemas con detalles tan dulces que ni siquiera él mismo es consciente de lo que significan para mí. Ningún chico con el que he estado se ha acordado de cosas tan tontas como que en Fin de Año cambio las uvas por cacahuetes con chocolate.

Puede que sea una tontería, pero me ha encantado. Así que, cuando se ha acercado a mí, he sentido tan natural estirar la mano para que me besara que no lo he pensado demasiado.

A pesar de mis actos, sigo pensando que la amistad de Hugo es lo más importante para mí. Sobre todo ahora que me siento tan perdida en mi vida familiar. No soportaría perderlo también a él.

Su mirada antes de irse me ha dejado claro que mi reacción después de besarlo no es lo que se esperaba y no puedo culparlo, porque he hecho justo lo contrario a lo que quiero y él me conoce muy bien.

Suspiro frustrada al bajarme de la encimera.

No podemos posponer mucho más la conversación antes de que nos explote en la cara.



Una vez hemos tomado las uvas y brindado entre nosotros, nos acercamos a Trueno, ya que Carlota trabaja esta noche.

Hugo y yo no nos hemos vuelto a quedar a solas, pero se nota tensión entre ambos y la odio.

Entre eso y que llevo días durmiendo mal con todo lo que tengo encima, decido irme a casa pronto.

No tengo ganas de fiesta y menos de estropeársela a mis amigos.

—¿Te vas? —pregunta Hugo acercándose a mí cuando estoy cogiendo mi cazadora.

—Sí, estoy cansada.

—Te acompaño —afirma cogiendo también la suya.

—No hace falta, quédate. No son ni las tres —le digo.

—Tampoco es que me lo esté pasando genial, prefiero irme contigo.

Nos despedimos del grupo y salimos a la calle.

Nuestro edificio está a poco más de diez minutos andando, que pasamos hablando de cómo ha ido la noche y, de momento, dejando a un lado todo lo que tenemos pendiente.

Ninguno de los dos ha sacado el tema, pero no podemos atrasarlo mucho más, así que cuando se despide en el rellano decido que es el

momento perfecto, ya que apenas hemos bebido esta noche.

—Creo que deberíamos hablar de todo lo que ha pasado —digo antes de que meta la llave en su cerradura.

Hugo me mira y se guarda las llaves en el bolsillo después de soltar el aire y asentir con la cabeza.

—Estoy de acuerdo.

Entramos en casa y, tras saludar ambos a Erik, nos dirigimos al salón.

—Sara…

—Hugo…

Ambos nos reímos y la situación al menos parece un poco menos tensa que hace un par de minutos.

—Dime, empieza tú —le pido.

—No me arrepiento. Ni de lo que pasó el otro día, ni del beso de hoy. ¿Tú? —tantea.

—Tampoco. No podría arrepentirme de algo que me hizo sentir tan bien —respondo sincera.

Hugo me regala una pequeña sonrisa y se acerca a mí. Su cercanía me pone nerviosa y más cuando me acuna las mejillas con las manos.

—Sara, estoy enamorado de ti desde el primer día que te vi —suelta, dejándome sin aire por la seguridad con la que lo ha dicho—. Al principio pensé que me atraías porque eres preciosa, pero me enamoré de tu risa, de tu sinceridad y de tu seguridad. Me enamoré de cada curva y de cada sonrisa. Me enamoré perdidamente de ti y cada día va a más.

Es lo más bonito que me han dicho en toda mi vida. Hugo me mira con adoración, como si fuera un faro en mitad del océano.

No puedo evitar que se me acelere el corazón por todo lo que me ha confesado.

Tengo muchas ganas de abrazarlo y sentirlo cerca, pero la intensidad con la que se ha sincerado y lo seguro que suena de todo lo que ha dicho me asusta y me empiezan a picar los ojos por las ganas de llorar.

Yo soy un desastre enorme y más ahora que tengo un cacao mental tremendo y solo le haría daño porque, por mucho que empiece a notar que mis sentimientos por él no son solo de amistad, no son comparables con todo lo que él siente.

Es una de las personas más importantes de mi vida. No soportaría fallarle por no estar a la altura de sus sentimientos y hacerle daño.

Hugo se merece a alguien que lo quiera sin miedos, ni rayadas mentales ni dudas sobre sus sentimientos. Hugo se merece mucho más y por eso me rompe en mil pedazos lo que estoy a punto de decirle.

—No puedo, Hugo —empiezo y titubeo cuando veo el dolor reflejado en su cara—. Me gustas y no me arrepiento en absoluto de lo

que ha pasado, pero somos amigos y tu amistad me importa mucho más que el resto.

—No quiero ser tu amigo, quiero más. Lucía es mi amiga, pero tú siempre has sido mucho más para mí. Llevo años esperando alguna señal por tu parte y pensaba que habernos acostado y haberme besado hoy eran señales bastante grandes. Se ve que me equivocaba —añade dejando caer sus manos derrotado.

Y ha llegado justo lo que me temía, que lo he confundido por ser impulsiva y no haberme parado a pensar en que la forma en la que Hugo me trata no es como trata al resto.

Porque ahora empiezan a encajar muchas cosas, como todas las veces que se ha ido a casa de repente cuando yo ligaba o la forma en la que se comportó cuando me vio con Salva en noviembre. Había dado por hecho que eran porque pensaba que ya no tenía que acompañarme a casa para que no fuera sola o porque quería protegerme del daño que mi ex me había hecho, pero estaba equivocada.

He estado tan ciega…

Aun así, no puedo darle lo que él quiere. No cuando siento una pérdida tan grande por el padre que podría haber tenido o la hermana que hasta hoy ni siquiera sabía que existía y de la que me he perdido ya tantos años. No cuando esa herida duele tanto. No cuando Hugo es una persona tan dulce y tan buena que se merece a alguien que sienta por él lo mismo que él asegura sentir por mí. No es justo para él.

—Lo siento, Hugo. El beso de hoy ha sido pura impulsividad y lo siento, porque tengo claro que solo podemos ser amigos.

—Pero has dicho que te gusto, ¿eso no significa nada para ti? —pregunta dolido.

—Significa que, por una vez en mi vida, no me puedo permitir ser impulsiva y hacerte daño porque no siento lo mismo que tú. ¿No podemos volver a estar como siempre? ¿Por favor? —suplico mientras empiezo a llorar.

Hugo se queda callado y su mirada es tan triste que duele mucho entender que lo estoy perdiendo, aunque sea justo eso lo que no quería que pasara.

Se acerca de nuevo a mí y junta nuestras frentes antes de limpiarme las lágrimas de las mejillas y dejar sus manos sobre ellas. Cierro los ojos con su cercanía. Me aterra la inevitable sensación de tranquilidad que me regala su contacto.

—No me pidas eso, Sara —susurra—. Dudo mucho que pueda ser tu amigo después de todo lo que ha pasado y de lo bien que me he sentido estando contigo. Si ya estaba pillado por ti antes, se ha multiplicado después de besarte y sentirte.

—Lo siento. Odio hacerte daño —susurro también yo antes de

echarme a llorar más fuerte.

Hugo me da un beso tierno en la frente y se separa de mí. Noto un vacío enorme en cuanto veo que se dirige a la puerta.

—No es culpa tuya no sentir lo mismo. Me he arriesgado y he perdido —susurra antes de salir de mi casa.

Aun sabiendo que mi decisión es la más altruista que he tomado en toda mi vida, no puedo evitar pensar que Hugo se equivoca, pues esta vez hemos perdido los dos.

CAPÍTULO 19

LEVANTÁNDOME LA PIEL

HUGO

Vaya mierda de inicio de año. No es en absoluto como lo había planeado la última semana.

Me meto en la cama con una sensación de tristeza y vacío que se ha agarrado a mi interior con fuerza.

Me han roto el corazón o, al menos, así es como lo siento.

Tenía la esperanza de que ella sintiera lo mismo que yo, pero estaba muy equivocado.

Sara me ha dicho que le gusto, pero se ve que no lo suficiente para intentar algo. También me ha asegurado que lo que más le importa es mi amistad y no quiere hacerme daño. No dudo de ello, tenemos una relación muy del día a día, de pasar tiempo juntos y encajar nuestros planes. Estoy seguro de que para ella no ha sido nada fácil hacerme daño.

A mí me aterraba perderla si conocía a alguien y a ella le aterraba perderme si lo intentábamos y no iba bien. Y no puedo culparla por ello. Tal y como le he dicho, no es culpa suya no sentir lo mismo que yo.

Estoy seguro de que hasta hace un rato ella ni siquiera sospechaba lo pillado que estoy, porque cuando me he declarado su cara de sorpresa me lo ha dicho todo. Podía ver cómo los engranajes intentaban encajar en su cabeza mientras asimilaba lo que le había confesado.

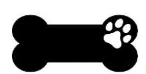
A pesar de todo, de su rechazo, no puedo arrepentirme de haberme declarado porque iba a afectar a nuestra relación tarde o temprano, cuando ella conociera a otra persona y yo me apartara para no sufrir.

Ser sincero ha sido lo mejor que he podido hacer y, en parte, me he quitado un peso enorme de encima. Aun habiéndolo cubierto todo de rechazo, sé que ha sido lo mejor porque este momento tenía que llegar tarde o temprano.

Sin embargo, creo que se me está escapando algo porque también la he notado sobrepasada.

Siento que hay algo más en toda esta ecuación que desconozco. Y, si lo analizo bien, no creo que tenga que ver conmigo, porque está claro tras el beso que le gusto, pero prioriza otras cosas.

Vamos, que va a ser una noche muy larga dándole vueltas a todo.



La mañana de Año Nuevo la paso remoloneando en la cama, así que decido pasarme la tarde en el rocódromo del Planetario, para intentar pensar lo mínimo posible. Necesito algo de aire fresco.

Tras un par de horas practicando en la pared, decido que no quiero

estar en casa solo cuando vuelva, así que escribo a la única persona que lo sabe todo y con la que me apetece desahogarme: Lucía.

HUGO: *¿Mucha resaca? ¿Te apetece que me pase por tu casa?*
LUCÍA: *Obviamente. Súbeme una bebida isotónica.*

HUGO: *Hecho.*

No me apetece meterme en el metro de nuevo, así que saco mis auriculares y pongo música antes de echar a andar.

La letra de *Cheque en blanco* de Waor y Zetazen inunda mi cabeza: «Nadie sabe lo que tiene dentro hasta que intenta sacarlo. Yo me lo estoy arrancando, levantándome la piel, a pesar de saber que no va a ser la última vez. El tiempo nos junta, nos separa, se reanuda, se para… Y yo tratando de ponerlo en hora. Levanté un palacio que se desmorona, entre mis manos derramando la corona».

Es curioso cómo cuando escuchamos música estando tristes o melancólicos las letras calan mucho más hondo y prestamos mucha más atención al mensaje, pues este encaja a la perfección con cómo nos sentimos en ese mismo instante. Así que subo el volumen y dejo que la música me acompañe lo que me queda de paseo.

En cuanto Lucía abre la puerta y me mira, alza las cejas sorprendida.

—Vaya, ¿tan mal ha ido? —susurra.

—Sí —respondo.

Nos sentamos en el sofá y le cuento todo lo que ha pasado. Lucía me escucha sin apenas interrumpirme, cosa que agradezco porque he conseguido poner un poco de orden en mi cabeza y contarle todo lo que siento.

—¿Estás bien? —pregunta cuando termino.

—En absoluto. Me siento como si me hubieran disparado en mitad del pecho.

Ya llegados a este punto, abrirme en canal con Lucía es lo que necesito ahora mismo para sacarlo todo fuera y que sangre un poco menos.

—Es normal, pero, aunque duela todo lo que te ha dicho ha sido sincera con lo que ella siente —reflexiona en voz alta—. Es complicado, porque os aprecio mucho a ambos y ella me cae especialmente bien, pero creo que lo mejor es que tomes un poco de distancia para asimilar el golpe y que duela menos verla.

—El problema es que estoy preocupado, porque tengo la sensación de que se me escapa algo. Antes de nuestra conversación e incluso del beso en mi cocina, estaba agobiada y no creo que fuera solo porque tuviéramos que hablar. Así que no puedo evitar echarla de menos,

estar dolido y tener la necesidad de saber si está bien —añado por último.

Mi amiga se toma un par de minutos antes de contestar.

—Creo que valora más tu amistad que cualquier cosa y no la puedo culpar, porque eres un amigo de la hostia —añade intentando animarme, y le aprieto la mano en señal de agradecimiento antes de que continúe hablando—: He visto la relación que tenéis y sois una pareja que no folla, porque hacéis planes juntos casi a diario como pasear al perro o ver series juntos. Me mantengo en que, aunque estoy bastante segura de que sí le gustas y se siente atraída por ti, le importa más tenerte a su lado. Yo también la noté ayer apagada, sobre todo desde que volvió de cambiarse en su piso, así que te compro lo de que le pasa algo más.

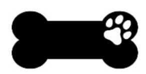
—Me siento mal por no estar con ella cuando sé que no está bien. Porque ya no es solo por eso más que no sabemos qué es, sino porque sé que se está sintiendo fatal porque me ha hecho daño. Ojalá pudiera evitar que esté mal por no sentir lo mismo que yo.

—Eres demasiado bueno para este mundo, Hugo —sentencia Lucía con admiración.

—Tonterías —respondo riéndome.

Sabía que venir aquí sería buena idea, porque he conseguido sacar todo lo que tenía dentro, ya no solo sobre el rechazo de ayer, sino también sobre mis sentimientos por ella desde que la conocí.

Ha sido sanador echarlo todo fuera.



Un par de horas más tarde vuelvo a mi casa sintiéndome un poco menos solo tras compartir con alguien todo lo que estaba guardando y con las ideas un poco más claras.

Sé que no podré olvidarme de todo y sé que me dolerá el día que Sara conozca a alguien y se enamore, pero también sé que quiero tenerla en mi vida. Es muy importante para mí y eso no cambia de un día para otro, por muy duro que sea el que ella no me quiera como pareja.

Aun así, necesito tiempo para que la cicatriz se cierre un poco antes de volver a acercarme a ella y retomar nuestra amistad.

Tras una ducha muy necesaria, me hago una ensalada de tomate y aguacate antes de meterme en la cama e intentar dormir.

Se viene otra noche larga dándole demasiadas vueltas a la cabeza.

CAPÍTULO 20
PIDO PERDÓN POR ESA MIRADA

SARA

Creo que la he cagado y cada minuto que ha pasado de esta semana ha reforzado esa sensación.

Desde la conversación en mi casa no he podido dejar de echar de menos a Hugo y no solo como amigo, sino que he empezado a notar su ausencia en abrazos y besos.

Su declaración me removió demasiado. La dulzura de todo lo que dijo y lo bien que me siento cuando pone sus manos en cualquier parte de mi cuerpo me han demostrado que mis sentimientos por él tal vez sean más fuertes de lo que yo misma pensaba.

Tal vez me haya equivocado, porque es imposible que no merezca la pena intentar algo con una persona que me gusta, por la que me siento atraída y a la que echo tanto de menos.

Esta semana ha sido una tortura trabajar con él. He echado de menos verlo cada mañana e ir juntos a la tienda paseando. Nos hemos visto, pero apenas hemos intercambiado un par de frases de cortesía o forzadas porque ninguno de los dos sabe cómo actuar.

Vamos de puntillas y eso lo está estropeando todo todavía más.

No puedo evitar sentirme culpable porque puedo ver su cara de tristeza cada día. Aun así, tengo que darle su espacio, porque es la mejor persona que he conocido y se merece estar bien, por mucho que me duela sentirlo tan lejos.

El otro tema que me preocupa, mi padre, lo he dejado aparcado de momento. Se me está haciendo muy grande asimilar la familia que perdí sin ni siquiera saberlo. Me aterra conocerlo y que no le guste lo que soy o, peor aún, llegar a quererlo y volver a perderlo.

Además, no paro de darle vueltas a que tal vez a la niña de la foto no le haga mucha gracia que llegue ahora otra persona y tener que compartir a su padre. E incluso dudo que a su mujer le haga especial ilusión que la hija que tuvo con su exnovia aparezca de repente.

Al fin y al cabo, yo soy una extraña para esa familia y me jodería viva hacerle daño a una niña que tanto se parece a mí y que es todavía menos culpable que yo de todo lo que pasó.

Por lo tanto, he decidido dejarlo en pausa hasta que me aclare un poco más las ideas, porque, si tras cagarla con Hugo, la cago también con ellos, no creo que pueda superarlo.

Con todo esto encima, después de bajar al perro, me paso el sábado metida en el estudio intentando acabar el cuadro que había empezado hace semanas de Hugo y Erik.

Al menos al pintarlo siento que estoy un poquito más cerca de él.



A última hora de la tarde me pongo un chándal y me voy con Erik de paseo.

Al poco de estar en la calle, empieza a ladrar y a tirar de la correa como un loco. Alzo la mirada y veo a Hugo indeciso enfrente de nosotros.

Su mirada me rompe y me viene a la mente la frase de la canción *Habla mi mirada* de Toteking: «Quiero que cambie y no cambia nada. Pido perdón por esa mirada».

Cuando parece que nos hemos quedado congelados mirándonos sin saber qué hacer ninguno de los dos, Erik mete un tirón consiguiendo que la correa se me escape de las manos.

—Hola, campeón. Sí, yo también te he echado de menos —le dice agachado cogiendo la correa mientras mi perro no para de ladrarle.

—Hola —digo cuando se pone de pie y me mira.

¡Y qué mirada! Es tan triste que me estruja el corazón.

—Hola, ¿vais a pasear? —pregunta un poco incómodo.

¿Desde cuándo es tan incómodo hablar o estar juntos? Duele.

Echo de menos lo que éramos antes. Bueno, en realidad lo echo de menos a él a diario.

—Sí, ¿quieres venir? —me arriesgo a proponer, aun sabiendo que si rechaza mi propuesta sería comprensible.

Hugo se lo piensa un par de segundos antes de asentir. Nos ponemos a andar uno al lado del otro, pero con una distancia prudencial que antes ni de coña habría existido.

—Bueno… ¿de dónde venías? —pregunto obligándome a tener una conversación normal.

—De la tienda de mi padre, cada vez tiene más trabajo y necesita más mi ayuda.

—¿Sigues con la idea de ir a trabajar con él después de verano?

—La verdad es que creo que lo voy a adelantar y me iré ya el próximo mes.

Hugo se gira para mirarme porque me he quedado anclada al suelo con sus palabras.

¿Tanto le ha dolido que quiere perderme de vista cuanto antes?

—Lo siento, la he cagado tanto… —susurro antes de ponerme a llorar.

Hugo viene rápido y me da un abrazo.

¡Y qué abrazo!

Me siento tan bien entre sus brazos que es como si la pena de esta semana haya encontrado algo de paz. Mi corazón no puede evitar acelerarse un poco al sentirlo de nuevo cerca.

—Shhh, no, Sara. No me pidas perdón por algo que escapa de ti —susurra contra mi pelo antes de darme un beso en la frente—. Lo de la tienda no es solo por lo que ha pasado, sino que las mejoras que

hemos ido introduciendo desde hace un tiempo han atraído a nuevos clientes y mi padre necesita más ayuda.

Su ternura solo consigue que llore más porque a cada segundo que pasa tengo más claro que quiero estar con él, aunque sigo aterrada con la simple idea de perderlo para siempre si no funciona.

—Hugo, sobre el otro día…

—No te preocupes. He estado pensando y tienes razón. Nuestra amistad también es muy importante para mí y no quiero perderte. Solo te pido un poco de tiempo para asimilarlo.

Suspiro con pesar porque sería muy injusto que, ahora que él ha aceptado lo que yo le di, venga con dudas sobre si deberíamos intentarlo o no, cuando en realidad tampoco estoy cien por cien segura de que sea la decisión correcta.

Porque me conozco. Soy demasiado impulsiva y tal vez mañana me agobie y vuelva a valorar más nuestra amistad por encima de todo.

Además, ya ha tomado la decisión de ir a trabajar con su padre y eso confirma la teoría que se estaba empezando a formar en mi cabeza desde que se declaró de que no se va por mí.

Esa tienda es el proyecto de ambos y él se merece empezar a disfrutarlo por completo con su padre.

Así que decido no decir nada y quedarme con lo único positivo de esta conversación y es que, al menos, vamos a intentar recuperar la amistad que teníamos.

Tras el paseo, nos despedimos en el rellano más tranquilos, pero me va a costar mucho olvidar la mirada de tristeza con la que me lo he encontrado.

CAPÍTULO 21

¿CÓMO PUEDE ESTE SILENCIO TENER TANTOS DECIBELIOS?

HUGO

El último mes ha sido una auténtica locura.

Después de mi paseo con Sara, tomé la decisión de que era mejor dar ya el paso de irme a trabajar con mi padre. Él está más que encantado con la noticia y, tras hacer números, hemos decidido no prescindir de nadie y quedarnos con el resto de personal.

Es posible que durante una temporada las ganancias bajen un poco, pero ahora que estaremos los dos estamos estudiando abrir una parte de actividades deportivas organizadas los fines de semana. Ya que solemos ir juntos, hacer un par de fines de semana al mes clases de escalada o rutas de senderismo con clientes nos ayudaría con un extra de dinero. Así, de paso, aprovechamos las pruebas que pasamos hace un par de años por iniciativa de mi padre sobre ambas materias.

Hoy es mi último día en la tienda que tanto he disfrutado. En ella he conocido a gente increíble, me lo he pasado bien trabajando e incluso me he enamorado, aunque esto último no haya salido bien.

Echaré de menos muchas cosas, pero mi nueva etapa me tiene muy entusiasmado, ya que ver cómo sigue creciendo el negocio que mi padre montó con tanto cariño y paciencia me enorgullece. Y todavía lo hace más el hecho de hacerlo juntos.

Tengo tantas ideas que estoy deseando trabajar ya con él para ver juntos cuáles llevaremos a la práctica y cuáles se quedarán sobre el papel después de estudiarlas y darnos cuenta de que no funcionarían.

Me anima saber que esta despedida es para algo bueno, así que me despido de nuestros jefes y firmo el finiquito antes de irnos todos juntos a comer.

Elegimos un japonés en Tribunal y vamos andando hasta el restaurante.

Al llegar, Álex ya está allí. A pesar de que ya no trabaja con nosotros desde hace meses, no ha dudado en apuntarse a la comida. Y yo, la verdad, estoy muy contento de que se haya unido a nosotros y sentir su apoyo en mi nueva etapa. Es una de las personas que más me ha animado a hacer el cambio.

Tras los saludos de cortesía nos sentamos a comer. Álex se ha sentado a mi lado y Sara enfrente de mí.

En lo primero en lo que me fijo es en que Sara está más ausente de lo normal. Aunque, siendo sinceros, desde Navidad su estado de ánimo ha ido decayendo y ya no tiene ese brillo de alegría que la acompañaba a diario, sino que está más pensativa y callada.

Este mes, aunque nos hemos visto en grupo y hemos bajado un par de veces al perro juntos manteniendo conversaciones neutrales, he estado evitando quedarnos a solas en su casa o en la mía. El aire libre

hace más sencillo no hacer caso al cosquilleo que siento en las manos cada vez que la tengo cerca.

Me preocupa que la alegría que siempre la envolvía se haya apagado.

Sigo pensando que no solo es por mí, sino que tiene que haber algo más que se me escapa y que intentaré averiguar. Porque si no quiere estar conmigo, es imposible que le afecte tanto y durante tanto tiempo.

Cada vez es menos duro verla y ha empezado a doler menos, pero todavía queda mucho para que esa cicatriz desaparezca. Aun así, ello no implica que no me importe cómo esté o que haya dejado de sentir la necesidad de saber que está bien.

He decidido seguir con mi vida e intentar pasar página en cuanto a un futuro juntos. Así que, aunque sea a pasos pequeñitos, nuestra amistad está volviendo a ser lo que era al principio de todo, antes de que lo estropeáramos todo cruzando líneas.

—Entonces, ¿cuándo empiezas a trabajar en Khēlakuda? —interrumpe mis pensamientos Álex refiriéndose a la tienda de mi padre.

—Dentro de una semana, he decidido irme unos días al pueblo de mi madre a descansar y a ver a mi familia antes de empezar —respondo alzando la cabeza para mirarlo.

—¿Khēlakuda? ¿Qué significa? —pregunta un compañero.

—Es la traducción de la palabra «deportes» en hindi. Lo eligió mi padre cuando abrió la tienda y, la verdad, a mí me encanta.

—Es muy original —apunta Sara con una sonrisa que no le llega a los ojos.

Seguimos en ese limbo en el que no somos sinceros cien por cien con el otro y parece que ambos siempre tenemos algo más que decir.

De nuevo, me muerdo la lengua y no le pregunto qué le pasa porque no es una conversación que quiera tener delante de tanta gente, pero necesito saber qué le está pasando.

—¿Y tú qué tal en el trabajo, Álex? —pregunta un compañero a nuestro amigo desviando mi atención.

—Contento. Es cierto que el sueldo no es para tirar cohetes, pero me gusta lo que hago y hay posibilidades de crecimiento. Así que no me puedo quejar —contesta contento.

Hacía mucho tiempo que no lo veía tan feliz. Su relación con Ari va viento en popa y da mucha envidia de la sana verlos juntos. Es a lo que yo aspiro, a tener una compañera de vida que me complemente como se complementan ellos.

Cuando terminamos de comer, decidimos ir andando hacia casa. Cuando llegamos al barrio, nos despedimos de Álex al llegar a su portal y continuamos paseando hacia nuestro edificio.

—¿Qué te pasa? Te noto un poco decaída últimamente —pregunto cuando no puedo aguantar más.

Sara es una de esas personas que hablan mucho porque odia los silencios, y que esté tan ausente solo es otro indicativo de que no está bien. Nunca hemos estado callados tanto tiempo y me viene a la cabeza una frase de la canción *Invierno* de ZPU, «¿Cómo puede este silencio tener tantos decibelios?», porque su silencio me retumba en la cabeza y necesito asegurarme de que está bien.

No soporto esta versión suya triste y callada.

—Me conoces demasiado bien —dice después de suspirar—. Tengo la sensación de que todos estáis avanzando y yo me he quedado estancada. Ari ya se vino a Madrid con trabajo y le encanta lo que hace, como Lucía, Marcos y Álex. Carlota adora dar clases y escucharla hablar de sus alumnos es maravilloso. Tú te vas a la tienda de tu padre, algo que llevas deseando desde que te conozco y tienes un montón de ideas y planes para mejorarla. Se nota lo ilusionado que estás con ello y eso me alegra mucho. Incluso Raúl, a pesar de lo cabra loca que es, está estudiando y sacando curso por año la ingeniería que quería. ¿Y yo? Yo trabajo en una tienda de ropa y no tengo más aspiraciones en la vida. Todos estáis encauzando vuestras vidas siguiendo el camino que habíais marcado, pero yo me he quedado estancada y ni siquiera sé qué camino seguir.

Una vez ha soltado lo que lleva dentro, empiezo a entender el porqué de su estado de ánimo. Siente que se queda atrás y no puede darme más rabia que se sienta así cuando es una persona tan válida como cualquiera de nosotros.

—Sara, tienes un estudio lleno de arte por todos lados. Claro que tienes cualidades como el resto, solo tienes que valorar opciones e ir a por ello.

—Ya, claro. —Se ríe sin gracia—. Todo eso son sueños, pero la palabra artista se me queda grande. No soy ni remotamente buena para dedicarme a ello.

Esta vez soy yo el que suspira frustrado.

—¿Quién te ha dicho semejante tontería? —pregunto—. Es imposible que cualquiera que haya visto lo bien que dibujas, pintas o incluso haces manualidades con barro o arcilla te diga que no tienes futuro en ello.

La miro y veo que frunce el ceño y aprieta los labios. Está claro que alguien ha menospreciado lo que ella hace y por eso su camino se torció incluso antes de soñar con él. Tengo mis sospechas de quién ha podido ser, así que, en lugar de preguntar, afirmo.

—Ha sido Salva, ¿no? —Ella asiente con la cabeza con pesar—. Tal vez el problema sea que tenías a alguien que te apagaba y no veía lo que podías brillar, Sara. De todos modos, por mucho que los de tu

alrededor digan que no puedes hacer algo, eres tú la que decide hasta dónde llegas.

Sara se queda callada y no dice nada más. Decido no presionarla y continuamos caminando en silencio, pero una idea se empieza a formar en mi cabeza para levantarle el ánimo.

—¿Mañana tienes plan? —pregunto al salir del ascensor.

—No, pensaba pasar el sábado haciendo nada en casa con comida basura y series.

—Pues Erik, tú y yo nos vamos de escapada.

CAPÍTULO 22
ALUCINANTE DE PRINCIPIO A FIN

HUGO

Tras pasarme las primeras horas del día buscando e imprimiendo información, paso a por Sara y a por Erik a las diez de la mañana.

Uso mi llave tras tocar el timbre y se me hace raro volver a esa familiaridad, pero a la vez me gusta. Erik viene ladrando como un loco a saludarme, mientras que Sara ya está en la entrada y me mira expectante.

—Como has pedido, llevo ropa cómoda y una mochila con ropa de abrigo —afirma señalando el chándal y las deportivas que lleva puestas—. ¿Todavía no me vas a decir a dónde vamos?

—Nos vamos de excursión a la sierra.

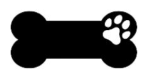
—Ala, ¡qué bien! Desde que fui a Sopelana no he disfrutado del aire libre —exclama contenta—. Muchas gracias —añade con una sonrisa de esas que tanto he echado de menos estas últimas semanas.

Se me ocurrió que salir de tanto asfalto y respirar aire limpio le ayudaría a despejarse. Además, al ir al campo el perro puede venir con nosotros. El susodicho está ya con su arnés esperando en la puerta, ya se ha dado cuenta de que está incluido en el plan.

—No se deben —le contesto—. ¿Has metido también bebida para Erik y algo de comida? Yo he metido refrescos y unos bocadillos para ambos. —Afirma y continúo—: Entonces, ¡vámonos!

Coge su mochila y me mira sonriente, lista para la aventura.

Y yo solo puedo pensar en lo mucho que me va a costar desenamorarme de esta chica que parece hecha a mi medida.



Tras hacer una ruta de dos horas, llegamos a un pico y nos sentamos a disfrutar de las vistas mientras comemos. No somos los únicos que estamos disfrutando el momento, ya que hemos soltado a Erik, que se está portando muy bien, y está investigando los alrededores contento y ladrando a cualquier pájaro que ose volar por encima de nuestras cabezas.

—Ni siquiera era consciente de cuánto necesitaba esto —exclama Sara cuando termina su bocadillo e inspira el aire con los ojos cerrados.

—Me alegro de que lo estés disfrutando, pero hay algo más que quería hablar contigo —tanteo.

Gira la cabeza hacia mí curiosa y me hace un gesto con la cabeza animándome a continuar hablando.

—He estado buscando información sobre cursos que te podrían gustar —empiezo sacando las hojas de mi mochila—. Mira, he impreso todos estos que son baratos e incluso algunos gratis. Además, también

creo que podrías plantearte estudiar a distancia Bellas Artes, así podrías compaginarlo con un trabajo. Tienes ahí la información de la UNED —añado señalando el último grupo de hojas.

Sara coge los folletos sin articular palabra y empieza a ojearlos. Cuando termina de revisarlos me mira sin decir nada y yo me empiezo a poner nervioso.

—Perdón si me estoy metiendo donde no me llaman… Solo quería que vieras que hay mil posibilidades y que tienes opciones para crear el camino que quieras. Lo siento si te ha sentado mal.

Sara se acerca a mí y me abraza. La envuelvo entre mis brazos y disfruto, por primera vez en casi un mes y medio, de su cercanía y su característico olor a colonia de bebé. Me permito dejarme abrazar y saborear el momento.

No sé cuánto tiempo pasamos así, pero en cuanto su cuerpo se separa, noto de nuevo ese vacío que me acompaña cada vez que la tengo cerca y a la vez mucho más lejos de lo que me gustaría.

—Eres increíble, Hugo —dice a la vez que me regala una de sus mejores sonrisas.

Se la devuelvo y le resto importancia con la mano.

—Puedes conseguir lo que te propongas, o al menos intentarlo.

—Les echaré un vistazo, pero creo que sí, que me encantaría enfocarme hacia mi lado artístico y ver qué puede surgir de él. Gracias, de verdad —añade con una sonrisa que pronto desaparece.

—¿Qué te pasa? —pregunto preocupado ante su repentina seriedad.

—Quiero contarte algo más. Más bien, necesito contarte algo porque todavía no lo he compartido con nadie y me está agotando emocionalmente.

—Lo que sea, sabes que puedes contar conmigo.

No puedo evitar la sensación de calidez que me llena al darme cuenta de que, a pesar de todo lo que ha pasado, sigo siendo la primera persona con la que quiere compartir lo que sea que le está pasando.

—Lo sé. —Coge aire y empieza a hablar—: Cuando fui a casa, mi madre me contó que mi padre nunca ha sabido de mi existencia porque mis abuelos, que son unos racistas de mierda, lo echaron de la vida de mi madre cuando se enteraron de que estaba embarazada e incluso le dijeron que había abortado para que no se volviera a acercar a nosotras. Además, hace poco Amandi, que es como se llama, se enteró de que yo existía y fue a buscar a mi madre para pedirle explicaciones. —Respira profundamente y añade con voz temblorosa —: Quiere conocerme. Le ha dado sus datos para que me ponga en contacto con él si quiero.

Sin palabras. Así es como me deja Sara. De todo lo que me había

imaginado en los pocos segundos que han pasado desde que me ha dicho que quería contarme algo hasta que ha empezado a hablar, esto ni siquiera era una de las opciones.

Hasta donde yo sabía la madre de Sara se había quedado embarazada siendo muy joven y siempre habían estado las dos solas. Sara no guarda ningún recuerdo bueno o malo de su padre porque, en realidad, nunca ha estado presente.

Mi cabeza empieza a funcionar a todo trapo y me doy cuenta de que ha dicho que se enteró cuando fue a Sopelana en diciembre, lo que significa que esto era lo que la tenía preocupada en Fin de Año. Tenía razón al pensar que había algo más.

—¿Y tú quieres conocerlo? —tanteo.

—Sí y no. En realidad, no lo sé —responde rápido y se pierde en sus pensamientos un par de segundos antes de continuar—: Me parezco mucho a él. ¿Quieres ver una foto? La he visto ya ochocientas veces desde que guardé su número y la vi por primera vez en Fin de Año.

Fin de Año… Tal vez el rechazo… No, no me permito continuar con ese pensamiento ni buscar un mínimo de esperanza. Y, desde luego, no es el momento cuando la tengo a mi lado y le tiembla la voz.

Cuando afirmo con la cabeza, Sara saca su móvil y me enseña una foto.

—¿Tienes una hermana? Es clavada a ti con diez o doce años menos —digo alucinando al ver el parecido entre ambas.

—¿A que sí? Por un momento pensé que era una ilusión, pero es que es igual a mí con su edad —dice con pena antes de apoyar su cabeza en mi hombro, gesto que echaba mucho de menos, y de forma automática deposito un beso en su pelo—. Me aterra meterme en su vida y hacerle daño, Hugo. ¿Y si le caigo fatal? Sé que es posible que conozca a mi padre y no le guste mi forma de ser, pero me mataría destrozarla a ella porque se piense que quiero robarle a su padre. —Voy a abrir la boca, pero continúa antes de que pueda decir nada—: Sí, sí, ya sé que también es el mío, pero es ella la que ha sido hija única durante toda su vida y que llegue yo a robarle la atención de Amandi me parece egoísta.

—¿Egoísta? Sara, eres la persona menos egoísta que he conocido en mi vida. Ya solo que pienses más en ella que en ti lo demuestra. Además, es imposible que le caigas mal a nadie. Tienes una personalidad divertida, alegre y cariñosa. Eres alucinante de principio a fin.

CAPÍTULO 23

FUTURO

«Alucinante de principio a fin».

¿Cómo puede ser una persona tan dulce y, me repito, increíble?

Hugo siempre sabe escucharme, aconsejarme y decir lo que necesito a cada momento. Me conoce tan bien que asusta.

Hasta ahora solo estaba viendo la parte mala de conocer a mi padre que era tanto su posible rechazo como el de su familia, pero es algo que no sabré hasta que lo conozca.

—¿Sabes qué? Quiero conocerlos y saber si de alguna forma pueden formar parte de mi vida y yo de la suya. Aunque mentiría si no dijera que me aterra hacerlo, la verdad —me sincero.

—Es normal, pero si no lo haces, conociéndote como te conozco, te vas a arrepentir toda tu vida y no vas a dejar de pensar en ellos. No está en ti ser una cobarde o no echarse para delante e ir a por todas —afirma muy seguro.

Es cierto que soy una persona sociable y no suelo llevarme mal con nadie, no entra en mi forma de ser juzgar ni atacar, sino que me inclino más por conocer a las personas por sus hechos. ¿Y si ellos son también así? ¿Y si están dispuestos a conocerme sin prejuicios ni ideas preconcebidas?

Sin duda, esto es lo que más miedo me ha dado en toda mi vida, pero tengo que ser valiente y enfrentarme a ello, porque sé que, si no, no voy a dejar de darles vueltas en mi cabeza a todas las posibilidades.

—Tienes razón. Eres muy sabio, señorito —añado con una sonrisa.

—He pasado de ser increíble a muy sabio. Hoy me voy con la autoestima bien arriba —dice riéndose—. Anda, vamos a recoger y empezar a bajar, que nos quedan un par de horas antes de llegar a la furgoneta y a estas alturas de año a las seis ya anochece.

Recogemos todo en un cómodo silencio. Me siento más ligera, como si compartir con él mis dudas sobre mi familia y tomar una decisión al respecto me haya quitado un gran peso de encima.

Y, aun así, a pesar de todo lo que le he contado sobre mi familia y mis preocupaciones, no me puedo sacar de la cabeza ese abrazo tan largo que nos hemos dado y en el que me he sentido como si volviera a casa tras un largo viaje.



En cuanto salgo de la ducha me siento en la mesa del salón con toda la información que me ha dado Hugo esparcida sobre la superficie para estudiarla.

Se ha pegado un buen curro y hay de todo, así que hago varios montones: alfarería, pintura, manualidades, cestería y pintura digital.

Varios de los cursos me llaman la atención, ya que aprendería técnicas que todavía no he probado, sobre todo los de pintura.

Sin embargo, no puedo evitar que mis ojos se vayan todo el rato a la información de la UNED y Bellas Artes, una carrera que siempre he querido estudiar, pero estando mi madre y yo solas con un salario mínimo era imposible que mi madre pudiera pagarme todo lo que implica estudiar. A los dieciocho hice las pruebas de acceso a la universidad por si en un futuro podía pagármelo, pero me puse a trabajar de inmediato. Después, lo cierto es que me parecía que se me había ido la edad de empezar una carrera.

¿Pero cuál es la edad marcada para estudiar? Sí, los dieciocho es una edad perfecta porque continúas formándote, pero mucha gente empieza a estudiar más tarde, se toma un par de años sabáticos o para reunir el dinero e incluso adultos con familia o edad más avanzada se ponen a estudiar y se lo sacan.

Me paso la siguiente hora investigando sobre ello.

Con los ahorros que tengo podría pagarme la matrícula sin problema y al ser a distancia puedo coger las asignaturas que yo considere cada cuatrimestre, lo cual facilita bastante más trabajar y estudiar que si fuera presencial.

El único «pero» que hay es que el cuatrimestre ya ha comenzado, así que decido matricularme en junio para empezar en septiembre el curso.

De todos modos, quiero empezar a moverme, así que elijo un par de cursos de pintura presenciales por la tarde que puedo compaginar con mi trabajo en la tienda. Cada uno son dos tardes a la semana, por lo que me quedaría solo el viernes por la tarde libre, pero no me importa porque estaré ocupada haciendo algo que me gusta de verdad.

El primer curso es sobre técnicas pictóricas en óleo, acrílico, pastas, acuarela y técnicas mixtas. La acuarela es lo que más he practicado, pero aprender nuevas técnicas me va a ayudar a ampliar opciones. El segundo me ha salido bastante más caro, pero es de ilustración digital, un mundo que hoy en día tiene mucha salida y muchas opciones de empleo.

Me meto en la cama con una gran sonrisa en la cara y muy tranquila.

Es impresionante cómo estar con Hugo es medicina para mi estado de ánimo. Estas semanas que hemos estado más distanciados lo he echado tanto de menos que hasta yo misma me he notado más abatida que de costumbre. Y él, con unas cuantas horas de montaña, mucha información con distintas posibilidades para mi futuro y un par de consejos, ha conseguido darme el chute de energía que necesitaba.

No soy una persona a la que le guste estar mal o triste. Es más, lo suelo evitar a toda costa poniéndome música alegre y manteniéndome

ocupada, pero últimamente me apetecía más chocolate, manta y autocompasión. Algo con lo que no me identifico en absoluto.

Al menos, vuelvo a ver algo de color en mi vida.

Me he dado cuenta de que, en cuanto a mi futuro laboral, lo que pasaba era que estaba bloqueada y no sabía cómo avanzar y, ahora mismo, ya estoy apuntada a un par de cursos y más que dispuesta a empezar la carrera que siempre he querido en septiembre.

En cuanto a mi padre y mi hermana, me he dado cuenta de que quiero conocerlos, saber cómo son y qué cosas tenemos en común y qué cosas no. Diría que hasta empiezo a sentir un poco de emoción al pensar que voy a dar ese paso.

Incluso con Hugo las cosas han mejorado y, aunque no todo sea igual que antes, vamos despacito y con buena letra. Pero tampoco me quiero engañar. Yo siempre he sido directa y reconozco que mis sentimientos por él son cada vez más fuertes.

Ahora que nuestra amistad está volviendo a su cauce, siento que me falta algo cuando estamos juntos. Echo de menos sus brazos envolviéndome más a menudo. ¡Joder! Si es que antes me ha costado soltarlo de lo bien que me sentía entre ellos. Y también echo de menos su boca y sus manos sobre mi cuerpo, y ya no hablo solo de sexo, hablo de cercanía, de sentir que estoy en el sitio en el que encajo.

Así que, a pesar de que mi futuro laboral y familiar parecen tomar forma, ¡tengo buen cacao mental en cuanto a mi vida amorosa!

CAPÍTULO 24
SALTOS MORTALES Y CONFIDENCIAS

SARA

El mes de febrero se pasa volando y, entre trabajo y los cursos, ya estamos casi a mitad de marzo.

Apenas tengo tiempo para nada entre semana, pero estoy encantada con ambos y me voy a la cama cada día con la satisfacción de tener un camino que seguir y estar luchando por él.

Estoy aprendiendo un montón y también estoy ganando seguridad a la hora de enseñarles a otras personas mis cuadros e ilustraciones.

Mis amigos y mi madre sí que los habían visto porque mi casa está llena de ellos, pero nunca me había expuesto a la crítica de un profesional y, la verdad, ha sido más positiva que negativa, así que en lugar de venirme abajo, me ha motivado a seguir aprendiendo con más ganas.

Una vez llego a casa con Erik de nuestro paseo de la tarde, me voy directa a la ducha.

Es viernes y vamos a juntarnos todos para cenar y salir de fiesta. Esta última temporada todos hemos estado centrados en nuestros trabajos y nos hemos visto para ir al cine, alguna exposición o para comer, pero desde Fin de Año no nos hemos vuelto a juntar todos para salir de fiesta. Incluso Carlota se ha pedido el día porque dice que hoy quiere beber copas y no servirlas.

Después de ducharme me esmero en arreglarme. No suelo maquillarme ni pensar demasiado la ropa que llevo, pero hoy me apetece hacerlo y verme guapa, así que me maquillo los ojos con sombra y rímel. El pelo decido recogérmelo en un moño desordenado, aunque mis rizos afro tampoco me permiten hacer mucho más. Elijo unos vaqueros negros ceñidos junto a una camiseta gris abierta por los lados y, como se ve el sujetador, escojo uno bonito negro de encaje. En los pies me calzo unas Vans altas y cojo una cazadora de cuero porque, a pesar de estar casi en el inicio de la primavera, por las noches todavía refresca.

Cuando Hugo toca el timbre y escucho la llave, estoy en el espejo de la entrada pintándome los labios de rojo. En cuanto entra y me giro, se queda quieto mirándome de arriba abajo.

Su escrutinio me pone nerviosa y, a la vez, me encanta, porque se nota que le gusta lo que está viendo y no puede apartar la vista de mis labios rojos.

No puedo evitar mirar los suyos, finos y perfectos, y pensar que me encantaría ver los restos de mi pintalabios sobre sus labios hinchados después de besarme como si se fuera a acabar el mundo.

—¿Muy arreglada? —pregunto nerviosa cuando veo que pasan los segundos y sigue sin decir nada.

—Para nada, estás preciosa —susurra, y mi corazón pega un salto mortal.

Hugo me regala una pequeña sonrisa triste antes de girarse y suspirar.

—Venga, vámonos que Raúl y Lucía ya están abajo esperándonos.

Me desinflo un poco al darme cuenta de que Hugo se ha resignado y, aunque puedo ver que sus sentimientos por mí siguen, ha renunciado a tener nada juntos y le sigue doliendo.

¿Y yo? Sigo sin saber lo que quiero, pero sí sé que a menos que esté segura de que mis sentimientos por él son reales y serios, más allá de un anhelo físico, no puedo marearlo ahora que volvemos a ser los de antes.

Nunca podría perdonarme a mí misma el jugar con él.

Aun así, no puedo evitar imaginarnos saliendo de mi piso con su mano derecha entrelazada con mi mano izquierda.



Bastantes horas y bastantes copas después, estamos todos dándolo todo en una discoteca del centro. Es la primera vez en mucho tiempo que me lo paso tan bien con todos mis amigos.

Tras cenar algo por La Latina, hemos decidido acercarnos a Malasaña a tomar las primeras copas y de ahí nos hemos venido directos a la discoteca, donde llevamos ya un par de horas de risas y bailes.

Con cada copa Hugo me parece todavía más guapo. Esos ojos azules me siguen mientras bailo, pero no se acercan a mí. Mantiene la distancia y yo lo respeto, porque es la mejor persona que conozco y no quiero hacer nada de lo que me pueda arrepentir y volver a perderlo.

En algún momento de la noche Álex y Hugo salen a tomar al aire a la parte abierta de la discoteca cuando Lucía y yo nos dirigimos al baño. Nos separamos en la puerta exterior de los chicos y continuamos nuestro camino al baño.

Tras mear haciendo malabares mientras Lucía sujeta la puerta, nos cambiamos los papeles. No podemos parar de reír viendo cómo la otra intenta no sentarse sobre un baño asqueroso lleno de pis ajeno.

Una vez fuera del cubículo, nos retocamos el maquillaje frente al espejo de los lavabos.

Lucía sí que suele ir maquillada, le gusta jugar con las sombras y tiene barras de labios de todos los colores. Es curioso, pero todas le quedan bien, tanto las claras como las oscuras o de colores más brillantes. Ahora mismo me he quedado absorta viendo cómo se aplica un rosa mate.

—Me parece alucinante que no te salgas y te queden perfectamente

pintados. ¿Cómo coño lo haces? —pregunto entre asombrada e indignada—. Me parece superinjusto, yo parece que uso la escopeta de Homer Simpson si me maquillo con un par de copas encima.

Lucía se ríe y le sienta tan bien que me pregunto por qué no reirá más.

—Lucía partiéndose el culo. Estás enferma seguro. ¡Que alguien llame a una ambulancia, por favor! —añado gritando en medio del baño mientras le pongo la mano en la frente.

Un par de chicas nos miran como si estuviéramos para encerrar y Lucía se ríe todavía más fuerte. Yo no dudo en acompañarla porque reír es mi deporte favorito.

Cuando conseguimos parar, me mira divertida.

—¡No tienes vergüenza! Cada vez entiendo mejor por qué Hugo está pillado por ti hasta las trancas.

En cuanto lo suelta, me pongo seria de la impresión y ella se lleva una mano a la boca.

—Perdona, perdona. Haz como que no he dicho nada de esto, por favor —me pide avergonzada—. He bebido de más y he visto tan clara esa parte tuya divertida de la que siempre habla que no he filtrado antes de abrir la boca.

Mi cabeza va a mil revoluciones.

Lucía sabe todo lo que ha pasado, aunque no debería extrañarme porque él mismo me dijo en su día que Lucía sí era su amiga.

Sin embargo, siento mi corazón desbocado porque Lucía ha hablado en presente: «Hugo está pillado por ti hasta las trancas». No lo ha dicho en pasado y no puedo evitar pensar que tal vez no esté todo perdido.

—Yo… Hugo… Hugo es increíble, pero yo no estoy segura de corresponder con la misma fuerza sus sentimientos.

Lucía levanta una ceja y gira la cabeza extrañada ante mi sinceridad.

—Pero ¿tú sientes algo fuerte por Hugo? Porque pensaba que te atraía, pero que lo veías solo como un amigo.

—Que me gusta no lo dudo y que es más que un amigo tampoco, pero no sé si lo que siento es lo mismo que siente él por mí. Lo único que tengo claro es que Hugo no se merece que esté jugando con él mientras me decido.

—Coincido, no se lo merece en absoluto —responde muy seria—. Y no me gustaría que le dieras esperanzas si no estás segura.

Así es Lucía: directa. Es de esas personas que te dice las cosas como son, sin adornos, y yo solo puedo admirar la lealtad que muestra por su amigo.

—Por eso no le he dicho que tengo dudas. No soporto hacerle daño —explico.

—Bueno, cuando te aclares, si lo que quieres es tener algo con él, se lo dices y a ver qué pasa.

—Y si, cuando pase, ¿es demasiado tarde y él ha conocido a otra?

—Voy a pasar por alto que has dicho «cuando pase» y no «si pasa». Si es tarde o no es un riesgo que tendrás que correr, pero sin estar segura yo no jodería la amistad tan bonita que tenéis —responde.

—Eso es lo que estoy haciendo. —Pongo una mano en su brazo para que me mire—. Lucía, por favor, no le digas nada a Hugo de esta conversación.

—Tranquila, soy una tumba. No es a mí a quien le corresponde hablar con él de todo esto —responde con una sonrisa reconfortante —. Anda, vamos junto al resto, que van a pensar que hemos hecho una bomba de humo.

La sigo hacia la pista de baile sin dejar de darle vueltas.

¿Y si me doy cuenta de que quiero estar con él y es demasiado tarde? Supongo que, como bien ha dicho Lucía, es un riesgo que tengo que correr para no poner de nuevo nuestra amistad en peligro.

CAPÍTULO 25

NO DEJA DE SANGRAR LA CICATRIZ

HUGO

Está siendo una noche divertida, aunque no he podido evitar que mis ojos vuelen continuamente a Sara desde que la he visto en su casa. Decir que está guapa es quedarse corto. Cada vez que veo sus labios pintados solo pienso en lamerlos, mordisquearlos y saborearlos hasta que no quede ni pizca de rojo en ellos.

—Tío, estás ignorándome muy duro —escucho a Álex resoplando a mi lado.

Miro a mi amigo, que me está contemplando con el ceño fruncido. Debe ver algo en mi cara que le esclarece un poco que no estoy aquí en la terraza con él al cien por cien porque la suya muta a preocupación.

—¿Qué te pasa? —tantea—. ¿Va todo bien?

Me paso una mano por la cara frustrado antes de negar con la cabeza abatido.

—La verdad es que no —me sincero—. ¿Te acuerdas cuando te dije que estaba en el puto centro de la *friendzone* con Sara?

—Claro, cuando fuimos a hacer surf al norte —responde indeciso.

Noto que Álex no sabe por dónde voy a tirar, así que decido sincerarme con él. Necesito sacarlo todo de dentro porque me siento un poco perdido al ver a Sara y no poder acercarme del modo en el que me gustaría.

—Bueno, pues podríamos decir que salí de la *friendzone*, pero volví por todo lo alto.

—Para, para. ¿Te has tirado a Sara? —pregunta alucinando.

—Sí, nos hemos acostado y luego nos besamos otro día.

—Estoy flipando, aunque bueno, eso aclara por qué últimamente Sara no liga ni ha vuelto a mencionar que use aplicaciones para ligar —reflexiona él solo.

—No tan rápido. Eso es porque tiene rollos personales que está arreglando y no le apetecerá pensar en otras cosas, pero lo nuestro ya está hablado y cerrado. Valora por encima de todo nuestra amistad y no quiere que pase nada más entre nosotros.

—¿Eso te ha dicho? ¿Estás seguro?

—Sí. Me declaré y le conté todo lo que siento por ella y me rechazó. Desde entonces, estamos intentando volver a la normalidad como amigos.

—¿Y tú estás bien con eso? —pregunta extrañado—. Sé que estás muy pillado por ella y desde hace mucho tiempo.

—Tampoco tengo opción, pero sé que la quiero en mi vida. A lo mejor cuando conozca a otra persona no querré estar cerca para verlo, pero de momento sí que quiero estar ahí para ella y que ella lo esté

para mí.

Solo con pensar en que llegará el día que ella esté con otro duele. No sé si estoy preparado para ese momento porque, desde luego, llegará y no va a ser nada agradable. Va a ser como un tiro a quemarropa en el pecho.

—Si tan claro lo tiene Sara, tal vez deberías abrirte a conocer a otras personas. Ya sabes, por eso de un clavo saca a otro clavo —propone.

—Dudo que este clavo se pueda sacar tan fácil —contesto resignado—. Me voy a ir a casa, no me apetece seguir de fiesta.

Álex, como siempre, no me presiona y lo deja estar, así que me acompaña junto al resto y me despido de ellos.

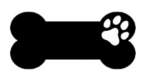
Esta vez Sara decide quedarse porque va a dormir con Lucía. Esta noche las he visto hablando entre ellas a menudo.

Salgo de la discoteca y me pongo los cascos. Siempre he sido de los que ponen las canciones a dedo y pueden escuchar la misma canción en bucle infinidad de veces, así que busco *Déjame volar* de Denom y dejo que la letra me inunde una y otra vez: «Te veo en mis vídeos y hace daño, aunque volvería a hacerlo. Me falta el balanceo de sus dedos antes de dormir. Te escucho respirar y eso es vivir, créeme. Me muero sin esa forma de mirar, déjame decir. No puedo disimular, llévame hasta ti. Te lo juro sin cruzar, yo no sé mentir. La verdad quise avanzar desde que te vi. Déjame volar cerca de ti, muy cerquita, donde yo te mime. No deja de sangrar la cicatriz. Hazlo lento para que no termine».

Cuando llego a casa me meto en la cama en calzoncillos y empiezo a pensar que tal vez Álex tenga razón y deba pasar página. Me va a costar besar otros labios habiendo probado los de Sara, pero desde luego no puedo seguir así.

Han pasado casi tres meses desde que me declaré y necesito avanzar.

Al menos, merezco intentarlo.



El sábado me levanto un poco más tarde de lo habitual. Ayer bebí más de la cuenta y, encima, bebí demasiados chupitos por culpa de Carlota. Va a acabar con todo el grupo con sus chupitos de la muerte.

En cuanto me levanto, me pongo ropa de deporte y me dedico a sudar todo el alcohol que soy capaz antes de pasar por la ducha e ir a comer con mis padres.

—Hola, *mutti* —le digo a mi madre en cuanto llego a su casa.

—Hola, cielo, ¡qué ganas tenía de verte! —responde dándome un abrazo de esos de madre que curan aun sin saber que estás roto—.

Bueno, cuéntame todo. ¿Qué tal estas primeras semanas trabajando en la tienda? ¿Estás contento? ¿Te trata bien papá?

Así es ella, quiere toda la información en el menor tiempo posible.

—¿Cómo que si lo trato bien? ¡Pues claro que lo trato bien! —responde mi padre entrando en la cocina.

—La verdad es que estoy muy contento. Al estar allí todos los días es más sencillo ver qué mejorar en el día a día. Hay mil cosas que pensaba que estaban peor, pero para nada. Los dependientes son increíbles y es muy sencillo trabajar con ellos —añado.

Y todo ello es cierto. Pensaba que el equipo iba a ser más reticente ante los cambios, pero al contrario. Además de aceptarlos, ellos mismos nos están proponiendo ideas y están muy contentos viendo que se los escucha y que sus propuestas se valoran e incluso se tienen en cuenta, aunque sea en algo tan sencillo como pequeños cambios en la distribución de la tienda que les facilita las ventas cuando están atendiendo a los clientes.

Incluso se han ofrecido a ayudarnos con las actividades de los fines de semana, que están empezando a coger forma. Estamos mirando los permisos necesarios como seguros y los cursos que tiene cada uno para repartirnos las actividades y rutas. Lo cierto es que estamos todos involucrados en el proyecto y es posible que a partir de mayo, tras publicitarlo un poco, ya podamos comenzar con ello.

—Por cierto —añado mirando a mi padre—, ya me ha enviado Lucía el presupuesto de su empresa para llevar a cabo la publicidad. Nos han hecho un descuento de su parte y creo que está bien.

—Perfecto, después de comer lo miramos —contesta mi padre sonriente.

La verdad es que está muy contento desde que trabajamos juntos. Se nota que hacía mucho que lo estaba deseando y para mí es como trabajar con mi mejor amigo.

Sin duda, ha sido la mejor decisión que he tomado en mucho tiempo.

Tal vez sea también el momento de empezar a tomar otras decisiones sobre mi vida.

CAPÍTULO 26

LO DE IMPULSIVA VIENE DE FAMILIA

SARA

Tras pasar un sábado de resaca, el domingo me levanto con las pilas cargadas. Me paso la mañana en mi atelier mejorando el cuadro de Erik y Hugo con todo lo que he aprendido.

Erik me acompaña en el estudio. Es magnífico cómo una mascota puede hacer tanta compañía solo con permanecer a tu lado observándote y acercándose de vez en cuando para que le rasques las orejas. Dan vida sin pedir a cambio nada más que mimos y paseos juntos.

No sé en qué momento lo he decidido, pero desde que me he levantado hoy siento que es el día para hablar con mi padre, así que después de comer me siento en el sofá y saco el móvil.

Antes de buscar su número en la agenda busco la «A» y llamo a mi madre.

A pesar de que todavía no he podido perdonarle del todo cómo gestionó este asunto, poco a poco hemos ido hablando y seguimos pendientes la una del día al día de la otra. Incluso me apoyó cuando le conté que había retomado los estudios.

Un fallo no quita los veintitrés años en los que hemos estado solas y en los que ella ha hecho horas extra como una campeona para que a mí no me faltara de nada. Se ha equivocado y mucho, sin duda, pero tendría que estar en sus zapatos para saber cómo habría actuado en la misma situación.

Es muy fácil criticar las acciones de los demás por un hecho concreto, pero hay que verlo todo en conjunto y mi madre reaccionó, tarde, pero reaccionó, y prefirió distanciarse de sus propios padres a que yo creciera con el desprecio que sentían por mi color de piel. Y, aunque no creo que fuera fácil para ella criarme como madre soltera, no se rindió ni un solo día.

A pesar de que la relación se está recuperando, el tema de mi padre no lo hemos vuelto a tocar. Aun así, quiero compartir con ella mi decisión antes de llevarla a cabo porque todas las decisiones de mi vida las he consultado con ella. En este caso no voy a pedir su opinión, pero sí merece, por todo lo que me ha dado, que comparta con ella este momento tan importante.

—Hola, *ama* —digo en cuanto descuelga.

—Hola, cariño —responde—. ¿Cómo estás?

—Bien, quería comentarte algo —decido ir directa al tema. ¡Bastante nerviosa estoy ya!—. He decidido que voy a llamar a Amandi hoy. Llevo meses dándole vueltas, pero creo que es lo mejor.

—¿Y qué te ha hecho decidirte? —tantea.

—¿El saber que voy a estar comiéndome la cabeza hasta que lo

haga?

Mi madre se ríe al otro lado de la línea. Ella es de las personas que mejor me conocen y sabe que eso es exactamente lo que pasaría si no hablara con él.

—Me parece que es la mejor decisión, cielo —dice con suavidad—. Amandi es una gran persona y no te va a defraudar, estoy segura. Esa alegría y esa diversión que tanto te caracterizan las has sacado de él. Todos estos años no paraba de verlo reflejado en ti. Me podré arrepentir de muchas cosas, pero no de que él sea tu padre, porque siempre me ha gustado saber que tenías dentro de ti parte de una persona como él.

Noto cómo le tiembla la voz y se me empañan los ojos.

—*Ama*, sabes que siempre voy a necesitarte a mi lado, ¿verdad? Esto no significa que te esté apartando.

—Claro que lo sé, mi vida —responde con cariño—. Yo también quiero que conozcas al resto de la familia que tienes. ¿Has visto su foto? —tantea con cuidado.

—La he visto. Tengo una hermana. ¡Qué fuerte! —digo riéndome.

—Lo es, porque sois como dos gotas de agua —responde—. Mucha suerte, cariño, voy a estar aquí para hablar cuando lo necesites. Te quiero mucho.

—Y yo a ti.

Una vez consigo dejar de llorar del nerviosismo y la respiración recupera su ritmo normal, vuelvo a abrir la agenda. Es curioso que estén los dos tan cerca, uno debajo del otro: «Ama» y «Amandi».

Marco de nuevo la tecla de llamar y me quedo sin aire hasta que responde una voz grave con acento extranjero.

—¿Sí?

Pasan un par de segundos y no respondo.

No me había parado a pensar en cómo sería su voz, pero escucharla me ha paralizado. ¿Y si esto es un error?

—¿Diga? —repite en tono calmado.

—Eh, perdona. Me he equivocado —respondo de carrerilla.

—Espera, espera. ¿Eres Sara? —pregunta y ahora sí noto nerviosismo en su voz.

Se me corta la respiración. Estaba esperando mi llamada. ¿Cuánto tiempo lleva respondiendo a teléfonos desconocidos pensando si sería yo? El simple hecho de que me tenga presente después de tanto tiempo me impide colgar.

—Sí.

—Hola —dice emocionado—. Llevo meses soñando este momento.

Vaya, es transparente como yo y su sinceridad consigue que reaccione.

—Lo siento, no sabía muy bien cómo enfrentarme a esto. Si soy

sincera, tengo miedo.

Escucho una risa ronca a través del teléfono.

—Si te sirve a ti de consuelo, yo estaba aterrado por si no querías saber nada de mí después de tanto tiempo o que tuvieras tu vida hecha y ya no hubiera hueco para mí.

Saber que no soy la única que tiene miedo a que esto no funcione hace que me relaje y piense que tal vez dejamos de hacer muchas cosas por miedo y deberíamos ser valientes más a menudo, para luego no arrepentirnos por los futuros inexistentes que ya hemos perdido.

—¡Vaya dos, Amandi! Al final va a tener razón *ama* y me voy a parecer a ti más de lo que pienso —digo riéndome.

Amandi, todavía se me hace raro referirme a él como papá, se une a mis risas. Y es una risa nueva, pero que no siento como desconocida. Es raro y a la vez reconfortante.

—¿Me puedes hablar de la niña que sale en la foto contigo? —pregunto nerviosa—. Nos parecemos mucho.

—Claro. Es tu hermana, como habrás podido deducir. Y sí, tal y como pude ver en la foto tuya que me enseñó Idoia el día que la vi, os parecéis mucho. Se llama Liliana, aunque ella prefiere Lili. Tiene trece años y es divertida, graciosa y muy alegre —explica con cariño.

—Y… ¿sabe que existo? —pregunto con miedo.

—Por supuesto. Tanto ella como María, mi mujer, saben que existes desde el mismo día que me enteré. Ambas tienen muchas ganas de conocerte.

—¿De verdad? Pensé que tal vez me odiara por pensar que podría quitarle a su padre —me sincero de nuevo.

—Para nada, pequeña —responde con cuidado, y el apodo cariñoso hace que me den ganas de llorar de nuevo, cosa que no mejora con lo que me dice a continuación—: También soy tu padre y eso nadie lo va a cambiar. Ella lo ha entendido y solo quiere conocerte. Está entusiasmada con tener una hermana.

—Ya somos dos —susurro, y me asombro de lo cierta que es mi afirmación.

—Eso la va a poner muy contenta, porque me pregunta a diario si ya has llamado —dice con la voz temblorosa—. Sara…, ¿te parecería bien que siguiéramos hablando y en un tiempo, si todo sigue bien, fuéramos a Madrid a verte? Nos encantaría conocerte en persona.

Me quedo callada ante su pregunta. Me había mentalizado para llamarlo, pero en ningún momento pensé que él y su familia iban a estar tan predispuestos a conocerme o incluso a viajar para vernos en persona.

—Perdona, siempre he sido muy impulsivo. No quiero asustarte. Hagamos esto a tu ritmo —añade malinterpretando mi silencio.

—No pasa nada, yo también soy impulsiva, es solo que me ha

pillado de sorpresa. Me parece bien. Ahora me tengo que ir a bajar a mi perro, que ya está ladrando en la puerta.

—Lo escucho desde aquí, no te preocupes. ¿Te importa si te llamo en unos días? —pregunta dudoso.

—Claro. ¿Puedes llamarme cuando estés con Lili? Me gustaría conocerla —digo antes de darme cuenta de lo que estoy diciendo. Está claro que Amandi no es el único impulsivo en esta conversación.

—Eso está hecho. Me mataría si no fuera así —responde contento —. No sabes lo mucho que significa para mí tu llamada. Gracias.

—Gracias a ti por buscarme. Hablamos pronto —me despido antes de que note que estoy a nada de ponerme a llorar.

—Adiós, pequeña.

CAPÍTULO 27

DE LA MALDITA *FRIENDZONE* NO ME MUEVEN

HUGO

Esta semana está pasando muy rápido.

Estamos ya a jueves y estoy en la tienda atendiendo a los clientes después de pasarme media tarde ultimando los cambios para el sistema informático que le quiero pedir a Álex que haga.

Cada día estoy más contento trabajando aquí. En este mes y medio todos hemos notado mejoría en muchos aspectos y me siento muy cómodo en el día a día y la libertad que me está dando mi padre para hacer cambios. Aunque al final siempre los acabo consultando con él y somos los dos los que tomamos la decisión.

Suena el pitido que nos avisa que ha entrado en nuevo cliente y me giro para saludar. Me sorprendo al ver a la chica menuda de pelo castaño, ojos marrones y cara dulce que ya ha venido varias veces en estas últimas semanas. Me sonríe y se sonroja antes incluso de que la salude.

Se me hace raro que alguien sea más tímido que yo, pero no me sorprende su comportamiento porque es el mismo que me ha transmitido cada vez que ha estado aquí comprando ropa o material de entrenamiento.

—Buenas tardes, ¿te puedo ayudar en algo? ¿Has tenido problema con las mancuernas que te llevaste el otro día? —pregunto.

—Eh, no. Solo venía a ver si teníais bandas para hacer sentadillas —responde nerviosa.

—Claro, acompáñame.

Me sigue por uno de los pasillos hasta la zona de pilates, que está al fondo de la tienda.

—Tienes varias opciones —explico señalando la estantería—. Personalmente me quedaría con estas, están bien de precio y el *pack* trae tres bandas con distintos niveles de resistencia.

—Vale, me llevo estas —responde.

—¿Necesitas algo más? —pregunto mientras nos dirigimos a la caja —. Con la de veces que has venido últimamente, parece que estés montando un gimnasio en casa —bromeo.

—No… Ya no se me ocurre qué más podría necesitar —dice negando con la cabeza y suspirando—. La verdad es que solo vengo con la esperanza de armarme de valor y preguntarte de una vez por todas si tienes novia —suelta de carrerilla mirando al suelo mientras su cara empieza a ponerse colorada.

¡Vaya! Esto no me lo esperaba.

Nunca se me ha dado bien ligar, ya que soy demasiado vergonzoso como para acercarme de buenas a primeras a una chica, no tengo esa soltura. Pero, aun siendo ellas las que me han hablado alguna vez,

también se me da fatal seguirles la conversación. Así que me pilla totalmente por sorpresa su pregunta.

Además, siento un leve dolor en el pecho al pensar que no tengo novia aunque sienta que Sara no es una simple amiga, sino que es algo más. Aunque eso solo pasa en mi cabeza porque en realidad no somos más que muy buenos amigos. Vamos, que de la maldita *friendzone* no me mueven.

—¡Qué vergüenza, por favor! —La escucho susurrar para sí misma —. Si es que no sé por qué les hago caso a mis amigas.

Reacciono y miro a la chica que, por fin, ha levantado la vista y está pendiente de mi respuesta todavía más roja que antes. Me siento un poco capullo por no haberle contestado al instante y haberme perdido en mis pensamientos. Se nota que lo está pasando mal.

—No, no tengo novia. Aunque tal vez deberías empezar por decirme cómo te llamas. Yo soy Hugo —respondo con una pequeña sonrisa intentando tranquilizarla.

Sin duda, esto de ligar no es lo mío. Me siento un completo inútil en estos temas.

—Encantada, yo me llamo Clara —dice más relajada comenzando a recuperar su color habitual—. Me preguntaba si te apetecería tomar algo este fin de semana —propone con timidez.

Puede que Álex tenga razón, aunque nunca se lo reconoceré, y un clavo saque a otro tal y como me dijo el fin de semana pasado.

No las tengo todas conmigo de que vaya a funcionar, pero al menos no pierdo nada por intentarlo.

Total, mi vida amorosa a peor ya no puede ir. Por debajo de las calabazas de la persona de la que estás perdidamente enamorado ya no hay más escalones. Creo.

—Sí, podría estar bien —acepto y cojo un papel del mostrador—. Toma, aquí tienes mi número, escríbeme y cuadramos cuándo y dónde nos vemos.

Le extiendo el papel y ella lo guarda contenta. Se ve que es tímida y ser tan atrevida le ha tenido que costar un montón. No hay nada mejor que un tímido para entender cómo lo pasa otro ante determinadas situaciones. Así que empatizo con ella y me siento mejor al haber aceptado su propuesta.

—Genial, te escribo esta noche —añade.

Cuando termina de pagar se despide de mí con una sonrisa. Su cara refleja incredulidad. Estoy seguro de que pensaba que yo no iba a aceptar.

Paso el resto de la tarde ocupado entre cliente y cliente, pero cuando me quedo solo haciendo la caja mi cabeza empieza a darle vueltas al asunto y solo puedo llegar a una conclusión: me siento raro.

Por un lado, estoy contento porque creo que abrirme a conocer a

otras personas me va a ayudar a superar todo lo que ha pasado con Sara.

La verdad es que no entraba en mis planes hacerlo tan pronto, pero tampoco es que me dedique a sacarme tías de encima a menudo y salgo ganando, ya que, aunque hubiera decidido abrirme a conocer gente, sé perfectamente que me iba a costar un mundo dar el primer paso con cualquier persona.

Solo lo he dado una vez y no es que haya terminado demasiado bien. Además, Clara es guapa y parece una chica tranquila, podríamos llevarnos bien.

Y, por otro lado, no puedo dejar de pensar en que, después del arsenal de sonrisas de Sara que colecciono, no he sentido nada con la que me ha regalado Clara al despedirse.

Las sonrisas de Sara me dan paz y el simple hecho de escuchar su risa ya me pone de buen humor.

No puedo evitar pensar que esto va a salir mal porque ninguna es Sara y mi corazón solo quiere estar con ella.

¡Estoy bien jodido!

CAPÍTULO 28

NADA ES PERFECTO

SARA

El jueves salgo del curso de ilustración digital agotada, pero deseando poner en práctica todo lo que he aprendido hoy. Siento que con cada clase estoy mejorando mucho y eso me está motivando para ponerle todavía más empeño.

Sin duda, ha sido un gran acierto el haberme apuntado a estos cursos y le estaré eternamente agradecida a Hugo por haberme animado a ello.

En cuanto a Amandi, hemos estado intercambiado un par de mensajes esta semana y me ha enviado una foto más reciente de Lili. Es muy guapa y tiene la misma cara de alegría eterna que siempre me dicen que tengo yo. Por primera vez la veo desde fuera y es cierto que es justo eso: la alegría hecha expresión facial.

Estoy deseando que llegue el sábado para hablar con ellos por videollamada, tal y como hemos acordado.

En lo referente a mi madre, la sigo manteniendo al día de todo y está muy contenta de que haya decidido ponerme en contacto con ellos. Aunque también es cierto que no hemos ahondado demasiado en el tema porque no quiero reprocharle nada de lo que después me pueda llegar a arrepentir, pero me anima a conocerlos y a no perderme más de sus vidas.

Si es que cuando digo que tengo una madre que ha cometido errores, pero que es la mejor, es por algo. Pase lo que pase siempre ha querido lo mejor para mí y sigue queriéndolo. Sabe que estoy ilusionada con esto y está a mi lado, como ha hecho desde que nací.

Llego a casa con Erik después de nuestro paseo de la tarde y ceno un revuelto de setas antes de meterme en mi estudio a pintar.

Pongo música en el altavoz y me enfrasco en mi siguiente obra: un atardecer en mi lugar favorito, la playa de Sopelana.

Tras una hora pintando en paz y disfrutando del olor de las pinturas acrílicas, la letra de *Nada es perfecto* de ZPU lo revuelve todo por dentro porque es justo cómo me siento: «Pero si te sientes bien, ¿qué más da que sea perfecto? La vida es un fluir de incorrecciones, un directo. Un fallo es avanzar hacia delante. Una caída es un instante de ver que hay que dejar correr el tiempo. Porque si te sientes bien, ¿qué más da que sea perfecto? Aprende a convivir con ello y disfruta el momento. Errar es experimentar, probar en cada intento. Vivir lo malo y bueno y ver que todo sigue dentro».

Lo que tengo con Hugo no es perfecto porque hemos experimentado y nos hemos caído, pero también hemos disfrutado el momento y todo lo bueno que tenemos sigue dentro.

Al menos, a mí él solo me aporta cosas buenas. La calma que me

transmite cuando me abraza no es comparable a nada que haya sentido antes.

No puedo evitar echar de menos los besos distraídos que Hugo dejaba antes en mi pelo o en mi sien cuando yo estaba triste o su mano rozando mi rodilla de forma descuidada cuando se sentaba a mi lado.

Lo echo tanto de menos físicamente que duele. Porque Hugo es mucho más y todavía echo más de menos sus sonrisas tímidas o esas que me devuelve cuando le regalo mi mejor sonrisa.

Lo que creía que era una buena amistad en realidad es mucho más.

Nuestra relación es complicidad, es querer pasar tiempo juntos aunque sea sin hacer nada, es el haber encajado nuestras vidas de una forma tan natural que no fui capaz de vez que todo eso implicaba más que ser dos simples amigos.

¿Y si me estoy equivocando? ¿Y si me estoy privando de algo que puede ser maravilloso?

Tal vez, sea el momento de dejarme llevar y ver a dónde me lleva esto, porque, sin duda, mis sentimientos por él cada día son más fuertes.

No sé cómo lo voy a hacer, pero creo que va siendo hora de ser sincera conmigo misma y con Hugo sobre lo que siento por él. Solo espero que no sea demasiado tarde.

Intento volver a pintar, pero me he desconcentrado por completo, así que me voy directa a la cama.

Una vez estoy bajo el nórdico cojo el móvil y veo que tengo varios mensajes del chat grupal que tengo con mis amigos. Abro la aplicación y empiezo a leer.

RAÚL: *¿Tenéis plan para Semana Santa?*
Tenemos la casa de mis padres de El Palmar libre.

ARI: *Tengo visita de Laura, ¿se podría unir?*

RAÚL: *Sin problema, me cae bien.*

ÁLEX: *Mantente alejado de las amigas de mi novia, capullo.*

RAÚL: □□

MARCOS: *¡De puta madre! Cuenta con nosotros.*

SARA: *Contad conmigo. Erik también se apunta.*

RAÚL: *Contaba con él* 😉

HUGO: *Me apunto. Álex, encera la tabla de surf.*

ÁLEX: *Me has leído el pensamiento* 😏

CARLOTA: *Me encargo de meter una botella de Jägermeister.*

ÁLEX: *Y aquí lo tenemos. ¡El duende de los chupitos ha hecho su aparición!*

CARLOTA: *Ja ja ja. La voy a meter de todos modos*��

LUCÍA: *¿Hacemos llamada grupal y lo organizamos?*

RAÚL: *Ya tardaba la chica agenda en ponerse nerviosa con los flecos sueltos.*

LUCÍA: *Deberíais estar más que acostumbrados.*

Tras una larga llamada grupal, hemos repartido los coches para ir hasta allí y hemos hecho una lista de la compra con todo lo que necesitaremos esos días y que Raúl, que es el único que está estudiando todavía y no tiene clase en Semana Santa, hará el mismo miércoles por la mañana mientras el resto trabajamos.

Pensaba quedarme en Madrid y descansar esos días, pero ir a una casa en primera línea de playa es mucho mejor, así que estoy muy contenta por nuestra escapada.

Quedan solo seis días y me apetece mucho que llegue ya el día de cambiar asfalto por arena.

Como el sueño no llega, me pongo un documental de crímenes que Lucía, que no se pierde ni uno, me ha recomendado.

No sé en qué momento me quedo dormida pensando en lo mucho que me gustaría que Hugo estuviera viendo cualquier cosa aquí conmigo rodeándome con sus brazos.

CAPÍTULO 29

SALIENDO A GANAR

SARA

El sábado me despierto temprano con los nervios a flor de piel.

Hoy es el día en que acordé con Amandi hacer una videollamada antes de comer para conocer a Lili.

Aunque pensaba esperar un poco más para dar este paso, cuando Amandi me dijo que se lo había pedido ella, fui incapaz de decirle que no. Pero no nos engañemos, desde que acepté he estado esperando a que llegue el momento con muchas ganas.

Es increíble cómo al principio me daba pavor conocerla y ahora lo estoy deseando. No paro de preguntarme de cuándo es la foto y si ha cambiado mucho y cómo sonará su voz.

¿Encajaremos? Ojalá. Nunca había echado de menos tener hermanos ni se lo llegué a pedir jamás a mi madre. Me gustaba estar las dos solas, pero desde que sé de la existencia de Lili me siento como si fuera Navidad y fuera a recibir un regalo.

Me asusta el tono de «llamada entrante» del móvil. Miro la pantalla y la foto de mi padre la cubre. Nerviosa, a pesar de estar esperando su llamada, deslizo el dedo.

Al momento aparecen dos personas en la imagen y los tres nos quedamos en silencio observándonos. Si no estuviera tan histérica por dentro, puede que incluso me reiría de nuestras bocas abiertas.

Amandi es tal cual la foto. Tiene el pelo corto rizado oscuro y también lleva perilla. El tono de su piel es más oscuro que el mío, pero sus ojos son del mismo marrón. Lleva un pendiente en la oreja izquierda y parece mucho más joven de la edad que sé que tiene. Imagino que trabajar en el puerto, por eso viven en A Coruña, lo mantiene en buena forma porque se nota que está fuerte.

Tomo aire y miro a Lili.

Lleva su pelo rizado recogido en un moño despeinado y lo tiene un par de tonos más claro que el mío, pero tanto sus ojos como su tono de piel son iguales a los míos. Está claro que la foto que me mandó mi padre es un poco antigua, porque la persona que tengo delante es más chica que niña.

Está un poco seria, diría que noto miedo en su expresión, así que le regalo mi mejor sonrisa, que me devuelve al instante.

—¡Joder! Somos como dos putas gotas de agua —exclama impresionada con una voz divertida que me enamora al momento.

—¡No digas palabrotas! Últimamente tienes la boca de un estibador —le regaña Amandi.

Yo no puedo evitar echarme a reír. Me encanta su desparpajo.

—Perdona, Sara. Lili está en plena edad del pavo y se cree que decir palabrotas es lo guay —aclara nuestro padre.

La susodicha pone los ojos en blanco.

—No pasa nada, he pensado justo lo mismo —contesto.

—Si no puedo ni decir tacos el día que le pongo cara a mi hermana, yo ya no sé cuándo pretendes que los diga —responde con todo el descaro del mundo.

—¿Qué tal nunca? —propone Amandi mientras Lili agita la mano restándole importancia.

Y yo me echo a reír, aunque no puedo evitar que la forma en la que ha dicho «mi hermana» me ponga el corazón calentito. Nunca pensé que una simple palabra que he escuchado tantas veces cobre ahora un significado distinto y suene tan bien.

—Sara, papá me ha dicho que eres artista. ¿Me harás una ilustración para mi foto de perfil? —pregunta ilusionada.

—Claro, mándame la foto que más te guste y veré que puedo hacer. Todavía estoy aprendiendo, pero puedo intentarlo —respondo sorprendida por su petición, pero no puedo decir que no me haya gustado.

Hablamos de su vida y de la mía. Les enseño a Erik, mi casa y mi estudio. Ellos me enseñan su casa a las afueras de A Coruña y me presentan a María, la mujer de Amandi y madre de Lili. María es una mujer alta y delgada que se ha mostrado agradable en todo momento. Incluso me ha dicho que se alegra mucho de que hubiera llamado a su marido porque Lili estaba insoportable con el tema.

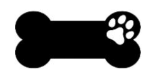
Y la conversación sigue fluyendo durante más de dos horas.

Me parece absurdo que al principio solo viera como opción el rechazo tanto de mi hermana como de la mujer de mi padre. En cambio, las dos se han mostrado contentas y me han transmitido las ganas que tienen de conocerme.

Tal vez no tengo una familia al uso. Puede que mi madre, ya sea por vergüenza o por miedo, me haya ocultado algo importante durante demasiados años. Y puede también que haya conocido a mi padre, a mi hermana y a mi madrastra con veintitrés años. Pero si no hubiera sido valiente no estaría donde estoy ahora.

Si no hubiera sido valiente tampoco habría sido capaz de perdonar a mi madre, la persona que me lo ha dado todo sin pedir nada a cambio, y no habría dejado entrar en mi vida a otra parte de mi familia.

Como dice Rayden en *Haciéndonos los muertos*: «Y seremos los más valientes del cementerio. Y dirán que fuimos necios queriendo serlo. En nuestra lápida pondrá "No dejaron de luchar, se atrevieron a vivir y salieron a ganar"».



Cuando acabo de comer, Erik ya me está pidiendo salir de paseo, así que cojo la correa para ir a la calle, pero antes decido que quiero compartir con Hugo todo lo que ha pasado con mi padre y mi hermana. Al fin y al cabo, fue él quien me animó a que me pusiera en contacto con ellos.

—¡Hola! Vamos a dar un paseo y quiero contarte novedades, ¿nos acompañas? —pregunto en cuanto me abre la puerta.

No puedo evitar admirar lo guapo que está en chándal, despeinado y con cara de sueño. Me hormiguean los dedos por las ganas que tengo de pasarlos por su pelo revuelto. Y es que cualquier excusa ya me vale para sentirlo cerca y tocarlo.

—Vale, dame dos minutos, que me he quedado dormido en el sofá después de comer —me dice abriendo la puerta para que pasemos.

Una vez en la calle, le cuento todos los avances que he ido haciendo con mi padre desde el pasado domingo que hablé con él por primera vez.

Hugo me escucha sin perder detalle y sonríe con cada cosa que le cuento, aunque sé que muchas veces sonríe por lo contenta que estoy yo por cómo se ha desarrollado todo.

Es increíble la sensación que se siente cuando tienes la certeza de que otra persona se alegra por ti aunque a ella no le afecte en absoluto. Porque así es Hugo, mi felicidad es una prioridad para él, estemos o no juntos.

Y yo no puedo dejar de pensar en que no sé cómo abordar que estoy segura de mis sentimientos y que quiero estar con él. Tengo miedo a que haya pasado página, pero si él fue capaz de dejar su propio miedo a un lado en su día, yo también puedo hacerlo.

—¿Esta tarde vas a hacer algo? ¿Te apetece serie y palomitas? —propongo cuando estamos subiendo en el ascensor.

Estar en nuestra zona de confort es el mejor sitio para declararme. Así, si sale mal, solo tengo que cruzar el pasillo y meterme bajo mi edredón a lamerme las heridas.

Hugo se queda callado y mira para el suelo antes de contestarme.

—No puedo, tengo planes —responde en voz baja.

Llegamos a nuestro rellano y me siento rara por su actitud. Él no me cuenta sus planes y yo no pregunto, pero aun así no aborto mi plan de hablar con él a solas en cuanto podamos.

—Podemos hacer ese plan en casa de Raúl en el puente —propone él cuando ve que no he dicho nada.

—Hecho —contesto con una sonrisa antes de meterme en mi piso —. Pásalo bien.

Hugo asiente con la cabeza y no dice nada más ni me devuelve la sonrisa.

Cierro la puerta con una sensación extraña en el pecho, porque la


cara de Hugo me hace pensar que se me está escapando algo.

CAPÍTULO 30

MIRADAS QUE HABLAN SOLAS

HUGO

Me meto en mi piso sintiéndome como una mierda.

A pesar de que no le debo ningún tipo de explicación a Sara, no puedo evitar sentir que la estoy traicionando por quedar con Clara.

Nuestra relación está volviendo a su cauce poco a poco y, al menos, volvemos a sentirnos cómodos juntos, pero no puedo evitar seguir queriendo mucho más que una simple amistad.

Se ha metido bajo mi piel y me va a costar sacarla de ahí.



La cita con Clara está siendo peor de lo que esperaba.

A pesar de que iba con cero expectativas, pensaba que al menos podría despejar la cabeza y pasarlo bien conociendo a alguien, pero lo cierto es que me estoy aburriendo bastante, a pesar de que ella se está esforzando y llevando el peso de la conversación.

Y la culpa no es de Clara, porque yo tampoco me estoy permitiendo conocerla de verdad. Mi cabeza no deja de compararla todo el rato con Sara. Sara es divertida, graciosa y directa. Es la chispa que me falta a mí. Somos un buen balance entre mi calma y su locura sana.

Clara, en cambio, es una chica muy agradable y calmada. Se nota que está poniendo todo de su parte y yo estoy siendo un poco borde con ella, sin merecerlo, así que decido cambiar de actitud.

Tras un rato más de charla, Clara me besa cuando nos traen la cuenta y le digo de irnos. Le devuelvo el beso porque necesito sacarme la espina de haberlo intentado, pero no siento nada cuando nuestros labios se exploran.

No noto el nerviosismo en el estómago ni siento ganas de acercarla a mí. Es tan diferente a lo que sentí con Sara que me asusta pensar en si seré capaz de volver a sentir algo así con otra chica.

Me aparto sutilmente porque alargar esto sería darle falsas esperanzas a una chica que no lo merece, así que doy por terminada la cita y me ofrezco a acompañarla a casa para explicarle en privado que no va a pasar nada más entre nosotros.

Es obvio que todavía no he superado a Sara, de hecho, estoy bastante lejos de hacerlo, pero Clara no ha debido notar que no estaba muy presente en el beso y acepta encantada.

Vive a un par de portales de Lucía, así que al terminar la llamaré para ver si está en casa y le apetece escuchar cómo no se debe comportar uno en una cita pensando todo el rato en otra persona.

Me voy poniendo nervioso a medida que nos acercamos a su portal.

Si nunca se me ha dado bien ligar, dar calabazas se me da todavía peor, pero antes de que pueda abordar el tema nos encontramos con

Raúl de frente.

Este alza las cejas al ver que estoy con una chica.

—Hombre, Huguito. ¿Y tú por aquí? —pregunta sorprendido.

—Estoy acompañando a Clara a su casa. Clara, este es Raúl. ¿Y tú? ¿Has quedado con Lucía?

—Sí, están tomando algo estos debajo de su casa. ¿Os apetece uniros? —añade incluyendo a Clara en la invitación.

¿Estará Sara allí? A veces mi amigo es un bocazas, pero tampoco puedo culparlo porque Raúl no sabe nada de lo que ha pasado entre Sara y yo.

No creo que lo mejor sea aparecer con Clara cuando antes le he dicho a Sara que tenía planes, pero no que eran con una chica, así que me dispongo a decirle que me paso después cuando ella se me adelanta.

—Vale. Todavía es pronto —contesta.

No me apetece nada juntar a mis amigos con una chica a la que no voy a volver a ver, porque dudo mucho que vuelva por la tienda después de mi rechazo.

Asiento resignado y echamos a andar hacia la terraza porque ¿qué hago?, ¿le digo delante de Raúl que no tiene sentido que se venga porque no habrá una segunda cita entre nosotros? No podría hacerle eso a alguien tan dulce. No soy tan capullo.

Ya de lejos veo el pelo afro de Sara. Podría localizarla en mitad de una marea de gente. Es como si tuviera una estrella luminosa en la cabeza. Siempre que está cerca la encuentro en tiempo récord.

Cuando llegamos a la mesa y cogemos sillas de la mesa de al lado, veo cómo el resto mira a Clara con curiosidad, pero ninguno está sorprendido.

—Raúl, ¿no nos vas a presentar a tu amiga? —pregunta Ari con una sonrisa.

—No es mi amiga, viene con Hugo —responde él como si nada.

Entonces la sorpresa sí empieza a asomar por la cara de mis amigos y yo no puedo evitar mirar a Sara, que es a la que más le ha cambiado la expresión e incluso diría que se le han empañado los ojos.

¿Le importa que venga con una chica? Aunque yo me sintiera raro con la idea, no tiene sentido que a ella le moleste. Así que todavía me parece más raro cuando anuncia que va al baño y entra en el bar como si le fuera la vida en ello.



Es el rato más tenso que he vivido en mucho tiempo.

A pesar de que Raúl y Carlota le dan conversación a Clara, yo apenas participo porque no dejo de mirar a Sara, que desde que ha

vuelto del baño evita mirarme. Apenas habla y si lo hace es con Álex o Ari, pero a mí me está ignorando deliberadamente.

Lucía me toca el brazo y acerca su cabeza a la mía.

—¿Todo bien? —susurra para que nadie nos escuche.

—No entiendo nada —me sincero—. ¿Te parece normal que ni me mire?

—Te mira cada vez que no la miras tú —confiesa—. Como está haciendo justo ahora mismo que tú me estás mirando a mí.

Levanto la mirada para ver si es cierto y consigo cazar a Sara mirándome, pero gira la cabeza en cuanto hacemos contacto visual.

No creo que sienta celos, pero que le remueva algo que haya aparecido con otra persona es mejor que la indiferencia absoluta.

—Será por la sorpresa de que nunca me ve con nadie, como le ha pasado al resto.

—¿Estás seguro? —pregunta.

Voy a contestarle cuando Clara llama mi atención.

—Hugo, ¿seguimos el paseo? —propone con una sonrisa.

No me apetece en absoluto irme con ella hasta que no descubra qué le está pasando a Sara, pero como tengo que zanjar esto cuando antes, me levanto para ir a pagar.

Antes de alejarnos miro hacia la mesa y veo cómo Sara me observa y me sonríe, pero es la sonrisa más triste que le he visto hasta ahora y me deja completamente descolocado.

CAPÍTULO 31

NO HA DEJADO DE DOLER

HUGO

Con la cabeza todavía intentando encajar las piezas de lo que acaba de pasar llegamos al portal de Clara.

—¿Te apetece subir? —propone.

La miro y se ha vuelto a poner tan colorada como cuando me propuso la cita.

Me doy cuenta de que no es consciente de lo poco receptivo que estoy, así que intento ser lo más suave y sincero que puedo.

—Clara, creo que esto no va a salir bien —empiezo y le cambia la cara.

—¿Por qué? ¿He hecho algo que te haya molestado? —pregunta preocupada.

Y yo me siento fatal por hacer que ella se sienta responsable y su seguridad flaquee, así que me apresuro a sacarla de su error.

—No es culpa tuya, te lo prometo. Estoy enamorado y aunque no esté con ella, no estoy preparado para conocer a nadie. Ella no quiere estar conmigo y pensé que me vendría bien conocer a gente nueva. Lo he intentado y agradezco mucho tu invitación, pero hoy me he dado cuenta de que no lo tengo en absoluto superado y no quiero hacerte daño.

Puedo ver la decepción en su cara, pero no se enfada, sino que niega con la cabeza.

—Pensaba que todo iba bien hasta que nos hemos juntado con tus amigos —dice, y debe ver la sorpresa en mi cara porque añade—: La chica es Sara, ¿verdad? —pregunta en voz baja y, cuando afirmo con la cabeza, continúa—: Lo imaginaba. Su cara al saber que estaba contigo y no con tu amigo ha sido bastante esclarecedora. Y tampoco es que el cruce de miradas entre ambos haya sido muy disimulado.

—Lo siento. No esperaba que fuéramos a verlos y menos que tuvieras que pasar el mal trago.

—No te preocupes. Al menos lo he intentado y tú no me has dado falsas esperanzas, lo has cortado pronto —añade—. Eres buena persona, Hugo. Espero que te vaya bien.

—Gracias, lo mismo digo —contesto con una sonrisa.

Clara me da un beso en la mejilla y se mete en su portal.

Expulso todo el aire que estaba reteniendo desde que ha empezado la conversación y comienzo a andar hacia mi casa tras ponerme los auriculares.

Espero que el paseo me ayude a quitarme un poco esta sensación de culpabilidad por hacer sentir mal a una persona que no se lo merece. Es cierto que apenas nos conocemos, pero que te rechacen hace daño a cualquiera.

Es una pena que esté tan cerrado a conocer chicas, porque Clara, sin duda, es una que merece la pena conocer. Ojalá tener un botón con el que cambiar sentimientos, sería muy sencillo estar con ella.

Suena *Juntos* de ZPU y la letra define muy bien la batalla que tienen mi corazón y mi cabeza en estos momentos: «Y ver arder el mundo juntos y que el tiempo se pare si yo pienso en ti. Vuelves a mi mente. Duele no tenerte aquí».

Porque mi corazón va por libre y piensa en ella continuamente y no hace ni caso a mi cabeza, que se pasa el día enviándole mensajes para que pase página de una vez porque duele.

No ha dejado de doler ni un día desde Fin de Año.



Tras media hora de paseo estoy por fin en mi barrio.

El paseo me ha servido para analizar mejor el comportamiento de Sara y he llegado a una conclusión: si se ha puesto triste, ha estado callada y no ha dejado de mirarme cuando no la miraba yo a ella, significa que le ha dolido verme con otra persona. Y si le ha dolido, significa que, tal vez, sienta algo por mí.

A lo mejor no está todo tan perdido como pensaba al aceptar la invitación de Clara.

Cuando paso por delante del parque de perros cerrado, veo a una bola de pelo blanca que ladra en mi dirección. Me quito los auriculares y reconozco los ladridos de Erik.

Busco a Sara y la encuentro sola sentada en un banco con la mirada fija en el suelo.

Cuando abro la puerta del parque, levanta la cabeza y me mira. Y mi corazón, para sorpresa de nadie, da una voltereta cuando percibo el alivio reflejado en su cara.

Me acerco y entro en el parque. Erik viene directo a mí y, tras rascarle detrás de las orejas, me siento al lado de Sara.

—¿Tan pronto en casa? Pensaba que ibais a salir —pregunto sentándome a su lado.

—Tenía que pasear al pequeño traidor —dice señalando con la cabeza a Erik, que se ha sentado a mi lado—. Estos sí que van a salir. Les he dicho que después los avisaba, pero no me apetece demasiado. ¿Tú vas a ir?

—No, tampoco me apetece —respondo metiéndome las manos en el bolsillo de la sudadera.

Nos quedamos en un silencio extraño.

Tengo la sensación de que ambos queremos hacer mil preguntas y obtener mil respuestas, pero ninguno de los dos se atreve a hacerlo en voz alta.

Cuando empieza a hacer frío decidimos irnos a casa. Apenas intercambiamos un par de frases de despedida al llegar al rellano.

Entro en casa y me apoyo en la puerta en cuanto la cierro.

Me siento un cobarde por todas las preguntas que me he guardado.

Me encantaría preguntarle por qué está tan apagada o por qué no le apetece salir cuando siempre es el alma de la fiesta, pero me da miedo que la respuesta no tenga nada que ver conmigo y mi cabeza se esté montado una bonita película. No estoy preparado para otro rechazo antes de asegurarme de que, de verdad, no hay nada que hacer.

Porque siendo realistas el comportamiento de Sara conmigo es distinto al que tiene con el resto. Ya no es solo por la confianza de contarme sus miedos sobre su futuro o todo el tema de su familia. Es también su lenguaje corporal.

Son las miradas nerviosas, los abrazos que se alargan más de lo normal o las sonrisas, que son distintas también de las que les regala a los demás. Hay un par de sonrisas que guarda solo para mí, que conozco a la perfección y que custodio en mi cabeza como si fueran mi mayor tesoro.

Por una vez, corazón y cabeza se ponen de acuerdo.

Mi corazón me dice que siga las señales, pero mi cabeza añade que esta vez sea más sutil y tantee primero sus reacciones.

Tiene que ser Sara la que dé el primer paso, pero seré yo el que le haga notar que sigo interesado en ella.

Puede que incluso el camino sea más divertido de lo que parece.

CAPÍTULO 32

Y YO QUE NO CREÍA EN NADA

SARA

Cierro la puerta de la calle, me apoyo en ella y me dejo caer hasta el suelo.

Desde que Raúl ha dicho que esa chica venía con Hugo y, por cómo lo miraba ella está claro que quería algo más que su amistad, he sentido que una mano estrujaba mi corazón.

¡Joder! ¡Cómo ha dolido!

Me ha asustado lo mucho que me ha dolido e incluso he tenido que ir al baño para tranquilizarme porque temía echarme a llorar delante de todos.

Si ya no tenía dudas de que lo correcto era estar con Hugo, esto ha terminado de despejar cualquier mínima duda al respecto.

Estoy enamorada de Hugo.

Puede incluso que lleve bastante más tiempo del que creo enamorada de él mirando para otro lado y poniendo la excusa de la amistad porque me aterraba pasarlo mal.

¿Y de qué ha servido? Porque ahora mismo me duele el pecho y lo estoy pasando mal.

Es probable que hubiera merecido la pena haberlo intentado y que hubiera salido mal a quedarnos siempre con esa duda y con todo lo que podríamos haber sido, pero lo he tirado todo por la borda y esta reflexión llega tarde porque ya lo he perdido.

¿En qué coño estaba pensando?

No era consciente de que Hugo acabaría pasando página y conociendo a otra persona. No era consciente tampoco de que yo iba a estar en primera fila para verlo.

¿Y ahora? Ahora tendré que verlo con ella. Tendré que ver cómo sus brazos la rodean o cómo su boca deja besos descuidados en su frente. Y poco a poco iremos distanciándonos porque él acabará viviendo con su chica y ya no vivirá en la puerta de al lado.

¿Ahora quién notará solo con un vistazo que algo no marcha bien? ¿Quién va a darme un beso en la sien cuando la alegría me abandone? ¿Quién va a sujetarme cuando me caiga o me ayudará cuando sienta que me ahogo?

Siento como me falta el aire solo de pensarlo.

Erik viene y se tumba a mi lado, apoyando su suave cabeza en mi pierna. Intento tranquilizarme, pero solo consigo abrazar su cuerpo peludo y echarme a llorar mientras la letra de *Caminaré* de Waor y Maka pasa por mi mente: «No queda nada más que avanzar sin mirar atrás, aceptar que ya no estás ni estarás. Para qué pensar si el destino nos juntará, si total, hemos venido a jugar. Dejé pasar un tren que no podré alcanzar. Se curó las heridas mientras yo estaba en el bar».



El domingo lo pasé en la cama viendo series y salí de casa solo para bajar al perro, pero tampoco es que el inicio de semana haya ido mucho mejor.

He ido a trabajar y a los cursos en piloto automático. El único momento del día que disfruto un poco son los paseos con Erik. En ellos consigo despejarme y no pensar en nada.

Hugo me ha escrito un par de veces para vernos, pero lo he estado evitando por todos los medios. Lo último que me apetece es quedar con él y que note que no estoy bien.

Yo lo rechacé y yo me jodo con mis decisiones de mierda.

Hoy es miércoles y en un rato nos vamos a la casa de la playa de los padres de Raúl en El Palmar, así que va a ser difícil evitarlo por más tiempo. Además, cuando nos repartimos el otro día los coches, ni siquiera entraba en mis planes estar en esta situación.

Vamos en tres grupos, de modo que Raúl, Carlota y Marcos van en un coche; Ari, Laura y Álex van en otro; y Lucía, Hugo y yo vamos en la furgoneta de este, que solo tiene tres plazas por estar acondicionada la parte de atrás para dormir.

Cierro la maleta y la dejo en la entrada cuando suena el timbre. Abro y entra Lucía con una maleta que es la mitad de la mía.

—¿Perdona? Es imposible que esa maleta sea para cuatro días —digo señalando su equipaje.

Lucía se echa a reír antes de contestar:

—Llevo lo justo que sé que voy a usar. Nunca entenderé por qué la gente mete ochocientos por si acaso que ni acaba sacando de la maleta.

Pongo los ojos en blanco y repaso en mi cabeza que lleve todo.

—¿Cómo estás? ¿Quieres hablar del tema? —tantea.

La miro y arrugo la nariz intentando evitar que las lágrimas corran libres por mis mejillas.

—Luci, lo he perdido —sollozo—. Quería asegurarme de que era algo real y no simple atracción, pero la he cagado.

—¿Ya te has aclarado? —pregunta.

—Estoy perdidamente enamorada de él —me sincero.

Lucía levanta las cejas sorprendida y me abraza. Es raro porque Lucía no suele mostrar afecto por nadie más que por Hugo, pero su abrazo me reconforta.

—Shhh, tranquila —susurra—. Nunca se sabe las vueltas que da vida y si está todo perdido.

—Por lo pronto está con la chica del otro día y no es justo que venga yo ahora a dar por saco cuando ha pasado página.

Antes de que Lucía pueda decir nada, nos llega un mensaje de

Hugo avisándonos de que está abajo con la furgoneta en doble fila.

Una vez me he lavado la cara, bajamos y guardamos nuestras maletas mientras Hugo asegura a Erik con el cinturón de seguridad.

—¿Estás bien? Tienes mala cara —pregunta preocupado cuando vuelve junto a nosotras.

—He dormido mal, pero está todo bien —respondo sin mirarlo.

Sé que Hugo no me ha creído, porque su brazo rodea mi hombro para acercarme a él y deposita un beso suave en mi sien que consigue que me entren ganas de llorar por la ternura con la que me lo ha dado.

—Me pido ventanilla, por si me mareo —dice Lucía de repente.

La miro de forma desconfiada preguntándole vocalizando sin hablar que qué hace, pero ella solo pone su cara más inocente, que no me creo ni por un momento.



El viaje a El Palmar está pasando más rápido de lo que pensaba.

Lucía ha dormido o, más bien, ha fingido que dormía, la mayor parte del tiempo y Hugo está extrañamente alegre.

Tengo la sensación de que me estoy perdiendo algo importante, pero no consigo descubrir el qué.

Cuando apenas nos queda una hora de viaje, Lucía coge el móvil de Hugo, que está enchufado al coche, y se hace con el control de la música.

—Hugo, llevo días queriendo enseñarte la última canción de la que me he enamorado —dice contenta—. Es de dos chicos que no conocía, Hens y Delgao, y la canción se llama *Estar aquí*.

La música empieza a sonar y me gusta, es una base animada.

Justo en ese momento Hugo posa una mano en mi pierna con seguridad, como si fuera el sitio en el que tuviera que estar sin ningún tipo de duda. Lucía mira el gesto de reojo y sonríe con disimulo.

—Escuchad la letra, es preciosa —añade—. Esta parte es la mejor.

Sube el volumen y la letra inunda el coche: «Y yo pensando en arder. Ella pensando en saltar. Y yo pensando un no sé. Sé que es un mes tras un mes y parece que nada va a cambiar. Si no la hubiera cagado no estaría aquí. Si lo hubiera hecho bien no habría llegado hasta aquí. Y quiero estar aquí. Como si no supiera nada de eso que tú llamas dolor. Como si no supiera que me miras para verme por dentro mejor. Tú sí sabes mirar ahí donde nadie más sabe o donde nadie se atreve. Y sí sabes de lo que hablo cuando me muerdo los labios y mis ojos no se mueven. Se me muere algo por dentro cada vez que respiro otro aliento. Y yo que no creía en nada, menos en esto».

—Despertadme cuando lleguemos —dice Lucía mientras se baja las gafas de sol que tiene apoyadas en la cabeza con una sonrisa

triunfante.

Miro a Hugo, que está riéndose mientras su mano sigue en mi rodilla, moviendo de forma distraída los dedos en círculos. Me encanta verlo así de sonriente y me permito observar lo guapo que es.

Sus ojos azules brillan de diversión y no puedo evitar observar sus labios pensando que me encantaría besarlos hasta perderme en ellos.

Hugo me caza observándolo y me guiña el ojo de una forma tan traviesa y segura que manda un calor repentino a mi entrepierna.

¡Vaya escapada a la playa que me espera!

CAPÍTULO 33

HIPNOTIZADA

HUGO

La casa de Raúl es impresionante. Sabíamos que su familia tenía pasta, pero esto es otro rollo.

Tiene cinco habitaciones que nos hemos repartido rápido. Como era lógico Raúl se ha quedado para él solo la suya y las parejas se han ido juntas. Así que Lucía, Laura y Sara han elegido la más grande, la de los padres de nuestro anfitrión, y yo, por suerte, duermo solo, aunque parece que comparto habitación con Erik, porque apenas se separa de mí y ayer ya durmió conmigo cuando llegamos de madrugada.

Además de una barbacoa, que disfrutaremos mucho estos días, la casa tiene piscina, aunque podría no tenerla porque estamos a primera línea de playa.

Vamos, que es perfecta para unos días con amigos.

De hecho, ahora mismo estoy con un aperitivo tirado en una tumbona de la piscina disfrutando de las vistas mientras espero a que Álex se una.

—A lo mejor sería menos evidente si no miraras todo el rato a Sara como si fuera un postre —susurra este al sentarse a mi lado.

—¡Capullo!

Me pasa una cerveza riéndose y nos quedamos embobados mirando a Ari y a Sara. Su novia está tirada sobre una colchoneta y Sara está sentada en el borde mientras charlan animadamente.

—Menos mal que las cañas del otro día fueron bastante reveladoras —apunta mi amigo.

—¿En qué sentido? —pregunto con curiosidad.

—Le gustas a Sara.

Se me corta la respiración y lo miro de reojo.

—Lo daba todo por perdido, pero ese día tuve la misma sensación.

—Hombre, fue bastante obvio. Casi rompe a llorar cuando supo que la chica venía contigo. Serías muy tonto si no lo volvieras a intentar —añade muy convencido.

—Eso pretendo hacer estos días —afirmo sintiendo una nueva seguridad que nunca antes había sentido.

—¿Y la chica?

—¿Clara? Nada, ese mismo día le dije que no había sido buena idea. Yo solo estoy interesado en Sara —afirmo seguro.

—De puta madre —sentencia él chocando nuestras cervezas.

El hecho de confirmar mis sospechas con alguien neutral consigue armarme de una determinación que desconocía.

Está claro que es el momento de ir a por todas.



Por la noche soy el encargado de preparar una ensalada de pasta para todos, ya que soy el más rápido en ducharme.

—¿Pongo la mesa? —pregunta Sara el entrar en la cocina.

—Vale, gracias —respondo.

No he pasado por alto las miradas que me ha echado esta tarde en la playa.

Cuando Álex y yo hemos acabado de hacer surf y nos hemos quitado los neoprenos, el repaso de arriba abajo que me ha hecho me ha puesto a mil. Aunque, siendo sinceros, ya lo estaba desde que la vi con ese bikini rojo que le queda tan bien.

Decido ir tanteando el terreno, así que cuando pasa por mi lado para coger los cubiertos del cajón, no dudo en apoyar una mano sobre su cadera y estirarme para coger una fuente de la estantería que está sobre su cabeza.

Me encanta sentir cómo reacciona su cuerpo con mi cercanía y decido arriesgarme un poco más acercando mi cuerpo al suyo, de forma que su espalda está prácticamente descansando sobre mi pecho.

Estamos a escasos centímetros y me llega su aroma. Cierro los ojos al agacharme para oler su pelo, pero en ese momento Sara gira la cabeza y el cajón se cierra.

—¡Au! —exclama sacando el dedo con rapidez—. ¡Mierda! Me he pillado el dedo.

Levanta la mano y tiene el dedo índice rojo. Con movimientos lentos, le cojo la mano y acerco su dedo a mi boca. Deposito un beso en la punta sin dejar de mirarla.

Sara se ha quedado hipnotizada mirando mi boca, con la suya entreabierta. Y yo solo puedo pensar en atrapar su labio inferior entre mis dientes.

Me muero por besarla, pero es ella la que tiene que dar el primer paso esta vez.

No tengo prisa en pasar el resto de mi vida con ella, así que le doy un beso en la frente antes de apartarme y abrir la nevera. Saco la olla de pasta fría y la vuelco en la fuente que había cogido.

Me giro y Sara sigue anclada en el mismo sitio.

—¿Pasa algo? —pregunto divertido.

Me encanta que, por una vez, nos hayamos cambiado los papeles y sea yo el que está seguro de sus actos y ella la que está nerviosa.

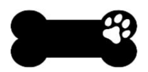
—No, nada —responde reaccionando.

Acaba de poner la mesa y se sienta en uno de los taburetes de la cocina americana mientras yo sigo preparando la cena bajo su atenta mirada.

No decimos nada más hasta que el resto se une a nosotros, pero no

puedo evitar sentarme a la mesa con una gran sonrisa.

Sara no ha dejado de mirarme hipnotizada desde el incidente del dedo.



A pesar de estar ya en plena primavera y de que por el día haga buena temperatura para estar en la playa, por la noche refresca, así que sacamos unas mantas al porche mientras estamos allí todos juntos hablando.

Estos planes con amigos son los que suman años de vida. Los que te hacen ver que, aunque todos crezcáis y tengáis trabajo y una vida, juntarse es como volver a casa y que todo esté como siempre.

Tras echar un par de partidas a las cartas, Raúl, Laura, Álex y Sara se van hasta la playa con Erik y el resto se va a sus habitaciones, menos Lucía y yo que nos quedamos juntos bajo la manta que nos hemos agenciado.

Tengo que contarle algo sobre su exnovio y no sé cómo se lo va a tomar.

Mauri fue con nosotros al colegio y también al instituto. Era muy amigo mío, aunque hace tiempo que no lo veo porque se fue a vivir a Barcelona.

—Luci, tengo que contarte algo —le digo.

—¡Qué serio te has puesto! Me estás asustando.

—El otro día Mauri me escribió para comentarme que había vuelto a Madrid para quedarse —suelto sin tiritas, porque sé que a mi amiga no le gustan los adornos.

Lucía aprieta los labios y se queda muy seria mirando al horizonte.

—No quiero saber nada de él —susurra.

—Lo suponía, pero quería que lo supieras porque voy a quedar con él —añado.

—No te preocupes, sé que también es tu amigo.

—¿Algún día me contarás qué pasó? —tanteo.

—Algún día, lo prometo, pero hoy no. Por favor —responde con voz temblorosa antes de apoyar su cabeza en mi hombro.

Me he quitado un peso de encima al contárselo. No quiero que se lo encuentre de repente o que piense que se lo he ocultado, no sería justo para ella.

—¿Qué te traes con la chica del otro día? —pregunta a los pocos minutos.

Sé que lo hace porque pensar en Mauri todavía le duele. Estoy seguro de que Lucía necesita su tiempo para asimilar lo que le acabo de contar, así que no la presiono.

—Absolutamente nada, fue un desastre de cita —respondo

riéndome—. No voy a volver a quedar con ella y se lo dije ese mismo día.

—Interesante —susurra más para sí misma que para mí.

—¿Interesante el qué? —pregunto curioso.

Mi amiga niega con la cabeza riéndose y pega un grito cuando Erik se nos tira encima.

A los pocos segundos el resto se une a nosotros.

—Bueno, yo me voy a dormir, que estoy agotada —dice Lucía.

La conozco y sé que ahora mismo necesita estar a solas para asimilar lo que le acabo de contar, así que no le insisto para que se quede.

—Espera, subo contigo. A ver si Ari sigue leyendo y todavía no se ha dormido —indica Álex.

Raúl y Laura también deciden subir ya a dormir, dejándonos a mí y a Sara solos.

—¿Te apetece ver juntos esa serie de la que hablamos el otro día? Tengo el ordenador en la habitación —propongo—. Me han dicho que *Snowfall* es una pasada.

Sara duda un par de segundos, pero no tarda en asentir con una pequeña sonrisa que le devuelvo al instante.

CAPÍTULO 34

ENCONTRARTE NO ENTRABA EN MIS PLANES

SARA

Subo las escaleras mientras acabo de asimilar la confesión que Álex me ha hecho en la playa: Hugo no está con la chica del otro día.

Aunque si soy justa, conociendo su forma de ser, no le pegaría en absoluto jugar a dos bandas.

Desde que hemos salido de Madrid noto a Hugo distinto. Está más seguro de sí mismo e incluso muy contento. Además, no sé si soy yo que estoy pendiente de cada uno de sus movimientos, pero me he dado cuenta de que sus manos me rozan más a menudo de lo que lo hacían antes.

No puedo evitar sentir un hormigueo en el estómago cada vez que sus dedos rodean mi cadera, o cuando su palma abierta se pone en la parte baja de mi espalda cuando pasa por mi lado e incluso cómo su mano descansa de nuevo sobre mi pierna cada vez que está sentado a mi lado.

La familiaridad de nuestros cuerpos me encanta. Es como si se estuvieran reconociendo. Además, cada vez que no está cerca me encuentro buscándolo con la mirada y echando de menos su contacto.

¿Y ese beso en el dedo? Sentir su boca sobre mi dedo y cómo me ha mirado ha sido lo más erótico que he visto en mi vida. He tardado un rato en asimilar la reacción de mi cuerpo.

¡Casi muero por combustión espontánea!

La verdad es que pensaba que me iba a besar, pero se ha apartado y yo me he quedado con ganas de que lo hubiera hecho. Desde que ha pasado, he sido incapaz de dejar de pensar en que me encantaría sentarme a horcajadas sobre él, agarrar su pelo y no dejar de besarlo en toda la noche mientras me restriego contra su cuerpo.

—¿Prefieres tumbados o sentados? —pregunta.

Suelto un pequeño jadeo al pensar que me está proponiendo enrollarnos, al menos hasta que se empieza a reír porque mi cara tiene que ser un poema.

—¿En qué estás pensando, Sara? —dice mirándome con los ojos entrecerrados—. Me refiero a cómo crees que vamos a estar más cómodos para ver la serie juntos —añade señalando la cama.

Se lo está pasando genial a mi costa, así que le hago una peineta y me tumbo. Hugo no dice nada más y pone el ordenador en una silla a su lado antes de darle al *play*.

—¡Qué mal se ven las escenas de noche! —me quejo al poco de empezar.

—Anda, ven aquí —me dice abriendo el brazo e invitándome a apoyarme sobre su pecho.

Por un momento dudo, pero se me pasa en cuanto recuerdo lo bien

que me siento entre sus brazos y que, en realidad, llevo todo el día anhelando sentirlo más cerca.

Acerco mi cabeza a su pecho, manteniendo la distancia con el resto de mi cuerpo, pero al instante su brazo me envuelve y me apretuja sobre su costado dejando una mano sobre mi cadera.

—Ves, desde cerca no se ve tan mal —indica relajado, como si ver series abrazados en su cama fuera lo más normal del mundo.

Y yo no puedo evitar pensar que no me importaría hacer esto cada noche.



No sé en qué momento me he quedado dormida, pero me despierto con la espalda apoyada contra un pecho musculoso y familiar. Giro un poco la cara y sonrío al ver a Hugo apretujándome contra su cuerpo. Como si temiera que me fuera a escapar, sus brazos me rodean.

Me encanta que nuestros cuerpos encajen a la perfección.

Lo observo con detenimiento y no puedo evitar pensar que es guapo a rabiar, pero su forma de ser es todavía mejor.

La frase de *Acércate* de Bely Basarte y Natos & Waor viene a mi mente como un huracán que lo aclara todo: «Antes de que explote todo por los putos aires, ven, concédeme este baile. Encontrarte no entraba en mis planes».

Porque encontrarlo no entraba en mis planes y enamorarme de él tampoco, pero ya no tengo dudas sobre mis sentimientos por él y cada vez estoy más segura de que los suyos todavía no han desaparecido.

Siento que estamos cerca de algo más porque desde que hemos empezado el viaje estamos mucho más pendientes uno del otro y sé que estamos destinados a jugar y a ganar.

Cuando me decido a despertarlo para confesarle que no quiero pasar ni una noche más sin que sus brazos me rodeen, se abre la puerta y Álex entra con el neopreno puesto y la tabla de surf bajo el brazo.

—Tío, que te duermes. Sabes que las mejores olas son a primera hora y son ya las…

Hugo se aparta asustado y mira a nuestro amigo antes de mirarme a mí. Han pasado dos segundos y ya echo de menos su calor.

Cuando el sopor del sueño empieza a desaparecer, veo cómo va enlazando piezas y se da cuenta de que hemos pasado la noche juntos y de que yo estoy despierta, pero no me he ido. Una sonrisa traviesa, que me prometo guardar en mi memoria para siempre, asoma en su cara antes de mirar serio a Álex.

—¡Joder! Perdón, perdón. No sabía que estabais juntos —añade este nervioso.

Está claro que no es el momento de tener ninguna conversación sabiendo que Álex sabe que estamos aquí a solas, así que me levanto de la cama.

—No te preocupes, yo ya me iba —le digo a Álex y me giro hacia Hugo—. Después hablamos.

Echo a andar hacia la puerta, pero antes de cruzarla me giro para guiñarle un ojo, tal y como hizo él en la furgoneta, siendo consciente del repaso que Hugo le está dando a mi culo.

La sonrisa de tonto que se le queda consigue que mi corazón se salte un par de latidos.

¡Clic!

CAPÍTULO 35
COMPLICIDAD

SARA

Por la mañana Hugo y Álex hacen surf mientras Lucía, Laura y yo vamos a la carnicería, Carlota y Raúl se quedan limpiando la mesa de fuera y Marcos, nuestro experto cocinero, se encarga de acondicionar la barbacoa.

Durante toda la comida Hugo y yo no dejamos de mirarnos y sonreírnos con complicidad.

Este nerviosismo me está matando y no veo el momento de poder estar a solas para aclarar lo que nos pasa. Tanto emocional como físicamente.

Después de comer Carlota, Marcos, Hugo y yo decidimos aprovechar la tarde de playa, mientras que el resto prefiere dormir la siesta y acercarse después.

Una vez extendemos las toallas, empiezo a echarme crema en los brazos bajo la atenta mirada de Hugo, que no aparta sus ojos de mi cuerpo ni un instante.

—¿Me echas en la espalda? —le pido sacándolo de su trance.

El chico de los ojos azules más bonitos que he visto en mi vida reacciona y coge la crema con manos temblorosas.

—¿Nervioso? —pregunto divertida.

Al juego de provocar sabemos jugar ambos. Hugo ríe y pone su cara más traviesa.

—Túmbate —ordena muy seguro.

Y esa seguridad me gusta y me enciende como si fuera una cerilla, porque me recuerda al Hugo de aquella noche cuando perdió el control y se notaba que sabía muy bien lo que estaba haciendo.

Le hago caso y me tumbo. En cuestión de segundos noto sus manos desabrochando la parte de arriba de mi bikini y empiezo a sentir que nos envuelve una intimidad peligrosa para mi cordura cuando su dedo recorre mi espalda de arriba abajo.

Noto la crema en la espalda y sus manos empiezan a extenderla despacio y con cariño, como si me estuviera acariciando. Se entretiene en mis hombros, dándome un masaje y continúa bajando hasta el borde del bikini.

Una vez acaba con la espalda continúa con los costados, subiendo las manos hasta que las puntas de sus dedos rozan el contorno de mis pechos, que recorre con un dedo, para volver a bajar.

Estoy disfrutando de sus atenciones como nunca. Dudo mucho que después de esto pueda asociar echar crema con algo que no sea sucio y maravilloso.

—¿En las piernas también te pongo? —pregunta inocentemente.

Puedo ver el reto en su expresión. Cree que me voy a echar atrás,

pero no tiene ni idea de que soy incapaz de pensar en otra cosa que no sean sus manos recorriéndome entera.

—Obvio —respondo sonriente.

Hugo me devuelve la sonrisa y se concentra de nuevo en la tarea. Empieza con los gemelos para después subir por los muslos. Sus dedos juegan con los límites y yo me vuelvo loca.

Me encanta esta tortura, pero estoy tan cachonda que siento los pezones excitados apretados contra la arena y se me escapa un pequeño gemido cuando sus manos ascienden cada vez más hasta la parte baja de mi trasero.

—¡Buscaros un hotel! ¡Estamos en horario infantil! —nos interrumpe Carlota partiéndose el culo.

Me pongo colorada y me ato el bikini muerta de vergüenza. Al menos, veo que Hugo está tan abochornado como yo.

Ambos nos hemos olvidado por completo de que estamos en una playa rodeados de gente y, efectivamente, un montón de menores de edad.

—Voy a darme un baño —digo al levantarme—. ¿Vienes? —le propongo a Hugo.

—Dudo mucho que se pueda levantar en un buen rato sin llamar la atención —añade Marcos sin poder dejar de reír.

Miro a Hugo, que me señala con disimulo su entrepierna. Está empalmado y me dice que no con la cabeza.

Riéndome y con el ego un poco subido me meto en el agua porque, aunque no sea tan evidente, Hugo me ha puesto muy cachonda y necesito cortar estas ganas locas de tirarme sobre él aun estando rodeados de gente.



Por la noche todavía no he conseguido quedarme a solas con Hugo.

Al llegar de la playa hemos ido desfilando uno a uno por la ducha y ahora estamos cenando abrigados en el porche. Parece que nuestros días de sol se han terminado, ya que mañana por la tarde dan lluvia.

Al terminar de cenar entramos en casa y echamos una partida por grupos al *Party & Co.*, un juego de mesa muy divertido en el que tenemos que hacer distintas pruebas para ganar cacahuetes de colores y completar la carta que nos indica qué colores necesitamos.

Me encanta estar con mis amigos, son como el sol, los necesito para vivir.

Cuando estamos terminando de jugar el móvil de Hugo, que está sobre la mesa, se ilumina y empieza a sonar justo cuando él vuelve de la cocina con un par de refrescos.

—Te llama un tal Mauri —le digo pasándole el móvil.

Hugo se apresura a cogerlo y rechazar la llamada antes de mirar a Lucía, que se ha puesto blanca con la mirada fija en el móvil.

No entiendo nada de lo que está pasando. ¿Conoce Lucía también a ese chico? Me suena que Hugo me ha hablado alguna vez de él y era amigo suyo en el instituto. Así que, ahora que lo pienso, tiene lógica que Lucía también lo conozca.

—Lucía… —empieza a decir Hugo.

—No puedo con esto —añade.

Vemos en silencio cómo se gira rápido, baja las escaleras del porche y sale por la puerta del jardín hacia la playa. Nadie se atreve a decir nada, ya que nunca hemos visto a Lucía tan descolocada y todos nos quedamos muy preocupados por ella.

—¿Qué pasa, Hugo? ¿Quién es Mauri? —pregunta Raúl serio.

Hugo niega con la cabeza, pero no responde.

Nos miramos y sé que está pensando lo mismo que yo, que tenemos una conversación pendiente, pero en este momento Lucía lo necesita. Es su mejor amigo y parece que él sí sabe lo que está pasando. Dudo mucho que Lucía acepte el consuelo de cualquier otro que no sea él.

Así que le regalo una pequeña sonrisa que me devuelve antes de bajar las escaleras y seguir a Lucía.



El resto pasamos un rato en el salón, pero ni Lucía ni Hugo han vuelto y los ánimos han decaído bastante. Estamos todos muy preocupados y, aunque hemos intentado adivinar quién puede ser ese chico para Lucía, todo son teorías sin fundamento y no tenemos ni la más remota idea. Lucía no es de las que se abren y cuentan su vida.

Cuando decido irme a dormir, me meto en la cama de Hugo. Está claro que la conversación tendrá que esperar a mañana, pero me niego a no despertarme de nuevo entre sus brazos.

Una vez estoy bajo las sábanas, me inunda el olor familiar de Hugo y me abrazo a su almohada hasta que el sueño me alcanza.

CAPÍTULO 36

INCREÍBLE

HUGO

Lucía y yo volvemos a la casa agotados tras un largo paseo por la playa en el que Lucía se ha abierto y, por fin, he podido sentir todo el dolor por el que ha pasado. Ha llorado a mares y se ha abrazado a mí como nunca.

Me siento fatal al verla tan rota y no poder llevarme todo lo malo que está sintiendo.

La acompaño a su habitación y me despido con un abrazo que ella rompe antes de darme las gracias y asegurarme que va a estar bien, que necesitaba sacarlo todo.

Abro la puerta de mi habitación deseando coger la cama de lo cansado que estoy, y no puedo evitar sonreír al ver a Sara dormida en ella, así que no tardo en ponerme el pijama y acurrucarme a su lado.

Al sentirme, Sara abre los ojos.

—¿Cómo está Lucía? —susurra preocupada.

—No muy bien, pero estábamos los dos ya agotados —respondo.

No me corresponde a mí contarle a nadie lo que le pasa, pero Sara no es una persona cotilla, así que no me pregunta nada más. En cambio, se abraza a mí.

—¿Sabes hacer surf? —pregunto tras unos minutos de silencio, y ella niega con la cabeza—. ¿Te apetece que te enseñe mañana? Podemos ir a primera hora y así estamos solos.

Estoy deseando pasar un rato sin interrupciones ni nadie que no seamos nosotros dos y Erik, que es uno más en todo este asunto.

—Me encantaría —contesta contenta.

No decimos nada más hasta que nuestras respiraciones se acompasan y nos quedamos dormidos.

Podría acostumbrarme a dormir con ella entre mis brazos.



Me despierto sintiendo humedad en la cara. Abro los ojos y veo que mi amigo canino me está lamiendo la cara. Extiendo el brazo, pero Sara no está en la cama.

Estoy todavía ubicándome pensando en por qué Sara se ha ido cuando la veo aparecer por la puerta sonriente. Estoy seguro de que es porque estoy perdidamente enamorada de ella, pero hoy está guapísima.

—¿Y ese modelito de surfista profesional? —pregunto divertido.

Sara gira sobre sí misma enseñándome el bañador de manga larga que lleva. Es negro, menos las mangas que están llenas de hojas verdes y flores en tonos rosas y naranjas. Además, se ha hecho un moño alto que deja su preciosa cara despejada. Perfecta para poder admirarla sin

incordios.

—Me gusta ir a la última y mimetizarme con el ambiente —responde como si fuera lo más obvio del planeta—. Venga, vámonos que estoy deseando que me enseñes a hacer surf, aunque no sé si podré aguantar demasiado tiempo de pie sobre la tabla.

—No te preocupes. Al principio cuesta, pero todo es práctica.

—Eso espero. Te doy diez minutos mientras me echo crema.

—¿No quieres ayuda? —propongo pensando que el surf está sobrevalorado y que ahora mismo me apetece más quedarme con ella en la cama.

—Eso te gustaría a ti —responde riéndose—. Diez minutos.



Cuarenta minutos después, tras haber desayunado algo ligero, Erik, Sara y yo estamos en la playa con mi tabla y la de Álex, al que le he dejado una nota avisándole de que se la he cogido para ir a hacer surf con ella.

Nos ponemos los neoprenos y pasamos una hora en la orilla con nociones básicas sobre cómo debe colocarse en la tabla y cómo debe pegar el salto para ponerse de pie. Es cuestión de técnica y fuerza a la hora de impulsarse hacia arriba.

Lo cierto es que hace el salto bastante bien, así que confío en que al menos pueda estar de pie en la tabla un par de segundos para que no se desanime y quiera volver conmigo más veces.

Nos metemos en el agua y nos acercamos a la zona donde rompen las olas remando tumbados sobre la tabla.

Tras coger yo la primera ola, para que vea la técnica desde fuera, es su turno.

—No sé, las olas son muy altas. Seguro que no consigo ponerme de pie —dice con pesar.

—Después de demostrar mil veces lo valiente que eres, ¿me dices ahora que una ola te da miedo? —la reto.

Porque si hay algo que me encanta de Sara es su seguridad en todo.

—Está bien. ¡Allá voy! —claudica.

Sara deja pasar un par de olas blandas no muy convencida, pero cuando llega una ola tubera, la más difícil de todas, no duda en ponerse en posición.

—A lo mejor esa es muy alta…

Me callo cuando veo que se pone de cara a la ola como una profesional y hace un salto perfecto hasta que se queda de pie firme sobre la tabla.

La ola empieza a cerrarse y Sara se mete dentro del tubo surfeando como si hubiera nacido para ello.

Dirige la tabla como una amazona del mar y el orgullo llena mi pecho.

Cojo la siguiente ola al ver que se ha bajado de la tabla y me espera en la orilla con una gran sonrisa.

—Me has engañado, sabes hacer surf de puta madre —digo en cuanto llego a su lado.

—Hugo, soy vasca y vivo al lado de la playa. Lo practico desde que tengo diez años —responde riéndose—. ¿Impresionado?

Soy incapaz de decirle nada, así que hago lo único que me apetece en este momento.

Me acerco a ella y acuno su cara con mis manos antes de besarla. Su boca se abre para mí e introduzco la lengua con calma, saboreando el instante como si el mundo no siguiera girando a nuestro alrededor.

Me recorre una agradable sensación de familiaridad.

Siento que estoy en mi lugar y que ya nada me va a poder mover de aquí.

Es un beso largo y salado. Sara me abraza y, a pesar de estar los dos con los neoprenos empapados, no nos separamos.

Nuestras lenguas danzan una melodía que solo ellas conocen y recuperan el tiempo perdido estos meses.

—Eres increíble —susurro contra su boca al separarme y apoyar mi frente contra la suya.

CAPÍTULO 37

SIEMPRE HEMOS SIDO MUCHO MÁS

—No soy ni la mitad de increíble que tú —susurro antes de besarlo.

Tras darnos un par de besos más, reto a Hugo a ver quién consigue coger la mejor ola.

Cuando Hugo me propuso ayer enseñarme a hacer surf, no pude evitar putearlo y hacerme la inexperta. Quería sorprenderlo y vaya si lo he conseguido. Pagaría por volver a ver la cara de adoración con la que me ha mirado justo antes de besarme.

Durante un par de horas no paramos de entrar y salir del agua, parando para besarnos entre ola y ola, mientras Erik nos observa atento desde la orilla. De vez en cuando corre detrás de un pájaro, hace agujeros sin sentido o decide ser intrépido y se mete en el mar.

No puedo evitar reírme cada vez que sale del agua y una ola le moja el culo, porque se gira para ladrarle y la siguiente le da en la cara. Y así en bucle.

Cuando estamos agotados, salimos del agua y nos dirigimos a una zona en la que hay un par de montones de madera que hacen a la vez de banco y de sujetablas. Apoyamos cada uno su tabla a un lado y nos sentamos en el medio, bien pegados y mirando al mar. Erik se tumba a nuestros pies y se pone a dormir.

Es una postal de película: ambos mirando al mar y con música del bar que hay al lado sonando de fondo. Además, Hugo se ha puesto una gorra hacia atrás para que no le moleste el pelo y está guapísimo con su rollito surfista de California. Me está costando mucho no mirarlo cada dos segundos.

Apoyo la cabeza en su hombro y nos quedamos en silencio mirando el horizonte.

La música es lo único que se escucha de fondo y parece que quiere darme el último empujón para que sea valiente y le cuente a Hugo todo lo que siento por él, porque empieza a sonar en el momento perfecto *Bailando al son del mar* de Green Valley y Rapsusklei: «Basta con cerrar los ojos y luego imaginar. Tú puedes decidir a dónde vas. Tú decides el momento y decides el lugar. Decides el rincón a donde irás. Dejándote llevar. Bailando al son del mar».

Acerco mi mano a la suya y entrelazo nuestros dedos. Esta vez quiero ser yo la que se sincere y se abra como nunca. Sé que es el momento que estaba esperando y que si no hemos podido hablar antes era porque teníamos que llegar hasta este preciso instante.

Hugo baja la mirada y observa nuestras manos juntas con una gran sonrisa antes de darme un pequeño apretón.

—Siento todo lo que te he hecho pasar —empiezo—. Espera —añado cuando veo que va a hablar—. Tengo claro lo que quiero

decirte y no quiero dejarme nada.

Hugo me hace un gesto con la cabeza animándome a seguir hablando.

—Desde que te conocí te convertiste en una persona muy importante para mí, pero no me imaginaba cuánto hasta que me mudé y empezamos a pasar más tiempo juntos. Al principio pensaba que era una simple amistad, pero en realidad en ningún momento lo que hemos ido construyendo juntos nos estaba llevando a ese camino. Siempre hemos sido mucho más.

—Sí, siempre lo hemos sido —confirma sin ninguna duda.

—Fuiste mi constante durante tanto tiempo que ni siquiera era consciente de lo importante que eres en mi vida. No sé en qué momento empecé a buscarte, pero sin duda lo hacía.

—Yo lo hice desde el primer día que te vi —añade.

—Ahora soy consciente de ello. Al principio pensaba que era una amistad muy bonita, porque siempre me he sentido contigo mucho más cómoda que con cualquier otra persona, pero cuando pasó lo de Salva y te noté lejos algo empezó a cambiar dentro de mí, porque, por primera vez, empecé a sentir que algo no iba bien. Cuando lo arreglamos y las cosas mejoraron, comencé a necesitarte cada vez más cerca, hasta que pasó lo que pasó.

Ambos nos reímos y nos quedamos un par de segundos rememorando el revolcón que nos dimos en mi casa. Fue increíble y estoy deseando volver a sentir todo lo que sentí esa noche, solo que esta vez va a ser mucho más porque mis sentimientos se han incrementado notablemente.

—Pero cambiaste de opinión —susurra.

Suspiro avergonzada. Necesito sacarlo todo y abrirme en canal con él.

—En ningún momento me arrepentí de habernos acostado, lo disfruté mucho e incluso lo rememoré a solas más de una noche después —me sincero.

Hugo me mira con la boca abierta, se pone colorado y yo me enamoro todavía más de su timidez.

—El problema fue que me asusté —continúo—. Te noté tan seguro de tus sentimientos y vi que eran tan fuertes que no supe gestionarlo. Pensé que no estaría a la altura y, con todo lo que estaba pasando con mi familia, ganó la batalla tenerte cerca y no perderte. Y es curioso, porque durante un tiempo estuve segura de que te había perdido.

—Nunca me has perdido, pase lo que pase siempre estaré para ti —afirma antes de acercarse y darme un beso en la frente que disfruto como si fuera el mejor regalo del universo.

—Cuando volvimos a quedar de nuevo, yo ya sabía que lo que sentía por ti era mucho más de lo que había pensado al principio —

continúo, porque como me bese en los labios no voy a ser capaz de apartarme—. Y ahí fui consciente de lo mal que lo había hecho y de que podíamos haberlo intentado desde el principio, pero en realidad no me arrepiento porque ahora estoy segura de que lo que siento por ti es muy real.

—¿Y qué sientes por mí? —pregunta con una sonrisa tonta en la boca.

—Estoy completamente enamorada de ti, Hugo —respondo manteniéndole la mirada—. Quiero ver series juntos cada noche abrazada a ti como un koala y quiero despertarme cada mañana a tu lado. Quiero contarte todo lo bueno que me pasa y escuchar tus problemas. Quiero ir al supermercado juntos y discutir en mitad del pasillo por la cena de esa noche. Y quiero besar cada cicatriz que te haya podido causar y seguir besándolas hasta que se cierren.

Hugo suelta todo el aire que estaba reteniendo y acuna mi cara con sus manos. Me da un beso tierno en la punta de la nariz y apoya su frente en la mía.

—¿Sabes qué quiero yo? —susurra—. Yo solo quiero estar contigo porque eres mi lugar favorito. Te quiero, Sara.

Antes de que pueda decir nada, Hugo junta nuestras bocas y nos damos un beso lento y largo.

Pierdo la noción de todo el tiempo que nos estamos besando, cuando nos separamos Hugo tiene los labios hinchados y la mirada más dulce que he visto en toda mi vida.

—Te quiero, Hugo.

Y sé, en este mismo instante, que Hugo también es mi lugar favorito, porque no querría estar en ningún otro sitio.

CAPÍTULO 38

MI CHICA DE LAS MIL SONRISAS

HUGO

Ni siquiera tengo palabras para describir todo lo que estoy sintiendo ahora mismo.

Amor es el sentimiento que tengo más claro de todos, pero también siento alivio y paz.

Sara se ha abierto por completo y ahora he entendido mucho mejor sus miedos y sus reticencias.

La forma en la que ha ido relatando nuestra relación hasta ahora me ha dado calma, porque por fin soy consciente de que en ningún momento fui una persona más en su vida, sino que he sido importante desde hace mucho. Tal vez al principio no de la forma que ella lo fue para mí, pero poco a poco sus sentimientos también han ido creciendo.

Nos quedamos un rato más en las vigas sentados, con su cabeza en mi hombro y nuestras manos entrelazadas mientras disfrutamos de la tranquilidad del momento y lo completamos con besos fugaces y sonrisas eternas.

Aunque ahora ya puedo gritar a los cuatro vientos que es mi chica de las mil sonrisas.

Cuando se acerca la hora de comer, recogemos nuestras cosas y echamos a andar hacia la casa de Raúl entre risas y abrazos. Erik nos sigue muy de cerca ladrando y saltando contento, como si se mimetizara con nuestros sentimientos.

Cuando acabamos de comer en grupo, me empiezo a poner muy nervioso. Sara y yo no hemos dejado de intercambiar miradas durante toda la comida. Apenas hemos podido probar bocado y sé que es por la anticipación de lo que ambos sabemos que va a pasar en cuanto nos volvamos a quedar a solas.

Cuando el resto propone dormir una siesta, ya que se avecina tormenta, Sara me mira levantando las cejas de forma sugerente. Yo me echo a reír porque su eterno buen humor siempre tiene ese efecto en mí.

A nadie le extraña que Sara y yo digamos que vamos a ver una serie en mi habitación, ya que es un plan que saben que hacemos a menudo, aunque no sé si son conscientes de que esta vez hemos dejado a Erik durmiendo en el salón.

Una vez entramos en la habitación, agarro a Sara de la nuca y la beso con ganas. Ella da un par de pasos hacia atrás hasta que su espalda queda pegada a la puerta. Pongo las manos en su culo y le doy un impulso para que me rodee las caderas con ellas. El jadeo que suelta Sara me pone a mil y la aprieto más contra mi cuerpo.

Sara arquea la espalda hasta que nuestros pechos se rozan y siento

sus pezones duros a través de la tela fina del bikini y la camiseta que lleva puestos.

Sentirla tan cerca me vuelve loco y no sé cuánto tiempo voy a poder aguantar sin hundirme dentro de ella.

Voy con ella en brazos y la dejo caer con suavidad sobre la cama, pero la agarro de las piernas y la acerco al borde.

Me inclino sobre ella mientras la beso y le ayudo a quitarse la camiseta.

La observo embobado. Es increíble cómo Sara consigue acelerarme el corazón solo con mirarme como lo está haciendo ahora. Su mirada está llena de deseo y se muerde el labio inferior mientras sus manos se cuelan por debajo de mi camiseta.

—Eres preciosa —susurro mientras le beso el hueco entre sus pechos.

Sara arquea la espalda con el contacto y aprovecho para quitarle la parte de arriba del bikini. La siento con mis manos y con mi boca. Recorro todo su escote con la lengua, deleitándome con sus zonas más sensibles y los pequeños gemidos entrecortados que se le escapan.

Empiezo a depositar besos sobre su estómago y voy bajando poco a poco. Sara me ayuda a bajarle los pantalones de chándal que se ha puesto y, de paso, le saco también la parte de abajo del bikini tirando de los cordones y disfrutando cuando se deslizan por su cuerpo hasta el suelo.

Me pongo en pie para quitarme la camiseta y me deleito con la mirada de hambre que me regala Sara al ver mi torso desnudo. Se inclina para depositar un par de besos en mi estómago.

Me agacho para darle un morreo con ganas antes de arrodillarme en el suelo. Se le escapa un pequeño grito cuando agarro sus muslos y la coloco justo en mi cara. La saboreo con parsimonia, dejando que mi lengua se enrede con su clítoris y se lo succiono despacito un par de veces antes de pasar la lengua por toda su abertura de arriba abajo.

Disfruto de cada espasmo que le produzco y pierdo la cabeza cuando Sara me agarra el pelo para dirigir mis movimientos a la vez que ella también mueve sus caderas.

Acelero el ritmo cuando siento que está llegando al orgasmo, moviendo mi lengua a un ritmo frenético pero firme e introduciendo un dedo con delicadeza en su abertura.

Puedo sentir el momento exacto en el que el orgasmo la atraviesa porque aprieta los muslos y siento cómo palpita su zona sensible.

—¡Joder! —gime con placer.

Me levanto y no puedo evitar pensar que Sara tiene el sabor más delicioso del universo.

Cuando me voy a tumbar a su lado, me mira traviesa y se levanta.

—Ahora es mi turno —añade con una sonrisa sucia que me vuelve

loco.

Tras ayudarle a quitarme el chándal y los calzoncillos, Sara me empuja sobre la cama y se pone encima. Me da un beso largo y sucio antes de empezar a descender por mi cuerpo.

Me lame y besa cada rincón de mi pecho mientras pasa las manos con parsimonia por mis abdominales.

Cuando está entre mis piernas, no puedo evitar que se me acabe de poner muy dura con la mirada que me regala mientras se muerde de nuevo el labio inferior. Definitivamente, me va a volver loco con esas miradas cargadas de malas y deliciosas intenciones.

Sara agarra mi base con ambas manos y desliza la lengua por la punta antes de metérsela en la boca.

—¡Joder! —gimo yo esta vez mientras cierro los ojos y echo la cabeza sobre la almohada.

Empieza a acelerar el movimiento de su cabeza a la vez que añade su mano a la ecuación. Sara me la chupa, succiona y saborea con tanto ímpetu que la tengo que apartar antes de correrme en su boca.

No le doy ni tiempo a protestar porque la agarro de los brazos y la subo hasta mi regazo. Mi lengua interrumpe en su boca con brusquedad y nuestros sabores se mezclan.

Sara se sienta a horcajadas sobre mí y ahueco las manos sobre sus preciosas tetas mientras me inclino hacia delante para pasar la lengua por su pezón. Le pellizco con suavidad el otro cuando ella empieza a moverse en círculos, haciendo fricción entre nuestras zonas sensibles.

Estoy sintiendo tantas emociones a la vez que no sé a cuál darle prioridad: lujuria, amor, deseo, pasión.

Estiro la mano y cojo de la mesita un preservativo. Menos mal que fui optimista y metí una caja en la maleta, porque ir empalmado a pedirle uno a mis colegas sería una opción demasiado bochornosa.

Giro sobre el colchón con Sara entre mis brazos tras ponerme el condón. Rozo con la punta su entrada y ella se estremece de placer.

—Estás muy mojada —susurro.

—¡Métela ya, por favor! —suplica, y a mí me vuelve loco.

Me deslizo en su interior hasta el fondo con un solo movimiento.

Sara gime y empiezo a mover las caderas. Estar dentro de ella es como estar en el cielo. No quiero separarme nunca de ella.

Lentamente empiezo a entrar y salir. Cojo su pierna y la coloco sobre mi hombro, de forma que puedo meterla más hondo. Me inclino para besarla y ya no dejamos de hacerlo hasta que nuestras respiraciones se aceleran y se entremezclan nuestros gemidos.

—Quiero ponerme encima —decide resuelta.

Y a mí me encanta cómo es Sara en la cama, segura, como no podía ser de otro modo.

La noto demasiado lejos desde el instante justo en el que nuestros

cuerpos se han separado, pero Sara no tarda en encaramarse a mis muslos cuando me siento en la cama y apoyo la espalda en el cabecero.

Una vez está a horcajadas sobre mí, me la agarra y la dirige a su interior. Mete la punta primero con cuidado y se deja caer sobre mi largura con una lentitud delirante, torturándome.

Sara se empieza a mover sin prisa, hasta que coge el ritmo que quiere al apoyar sus manos en el cabecero y empieza a moverse más rápido. Yo aprieto las mías en sus caderas y la ayudo a mantener el ritmo.

Acerca nuestras bocas y me da el morreo más sucio y cargado de intenciones que me han dado en toda mi vida.

—Sara, me queda muy poco —gimo.

Meto la mano entre nuestros cuerpos y empiezo a acariciar su zona sensible en círculos cada vez más rápido hasta que noto cómo sus paredes se aprietan contra mi erección y explotamos a la vez.

Acabamos jadeando e intentando recuperar la respiración. Nos miramos con una sonrisa en la cara y Sara me agarra la mano cuando se tumba a mi lado.

Le doy un último beso con lengua y me levanto para sacarme el preservativo y tirarlo en la papelera.

Vuelvo a la cama y me deleito viéndola desnuda y con los labios hinchados antes de tumbarme a su lado y abrazarla.

Sara me mira satisfecha y sé que tengo la misma expresión en mi cara porque tengo a la chica de mis sueños entre mis brazos, esa que, como bien ha dicho ella esta mañana en la playa, siempre ha sido mucho más.

CAPÍTULO 39

DEJARSE LLEVAR

HUGO

No sé en qué momento nos hemos quedado dormidos, pero al final nos hemos echado una buena siesta.

No es la primera vez que dormimos juntos, pero sí la primera que no hay ninguna tela cubriendo nuestras pieles y nos sentimos sin ningún tipo de barrera.

Despierto a Sara deslizando un dedo por su brazo, subiendo por el cuello y bordeando su boca. Cuando veo aparecer una pequeña sonrisa, una nueva que añado a mi colección de sonrisas, me acerco y le doy un casto beso en los labios.

En este instante esta Sara recién levantada con mirada somnolienta se convierte en mi Sara favorita. Está preciosa con los ojos medio cerrados y el pelo revuelto. Es increíblemente guapa y ni siquiera es consciente de ello. En realidad, hace tiempo que me enamoré de cualquiera de sus versiones.

Nos quedamos en la cama dándonos todo el cariño que no nos hemos dado estos últimos meses y remoloneando un buen rato más, hasta que nos damos cuenta de que son las siete de la tarde y Erik está en el salón sin haber salido desde el mediodía a hacer sus necesidades.

Como no sabemos si el resto ya se ha levantado o no para abrirle la puerta que da al jardín, decidimos vestirnos y bajar a comprobarlo.

Laura, Raúl, Ari y Álex están charlando al lado de la piscina y Erik está investigando por el jardín. En cuanto nos ve, viene corriendo como si no nos hubiéramos visto en años.

Sara y yo no hemos hablado nada de si se lo vamos a decir ya a nuestros amigos o vamos a esperar un poco, así que me contengo y no agarro su mano, tal y como me gustaría.

Cuando Carlota y Marcos bajan, subo a buscar a Lucía a su habitación.

Después de la llorera de ayer, espero que haya descansado y esté un poco mejor. En la comida estaba un poco más animada, pero no era la Lucía que yo conozco.

Cuando entro en su habitación, está tumbada en la cama leyendo un libro.

—Hemos decidido ir hasta la playa a pasear con el perro, ¿te vienes? —pregunto sentándome a su lado.

—Sí, iba a bajar ahora en cuanto me terminara este capítulo —contesta poniendo el marcapáginas en su sitio y dejando el libro sobre la mesita.

—¿Estás mejor? —tanteo.

—Bueno, al menos desde ayer por la noche ya no he llorado más, pero no me apetece hablar mucho del tema —contesta sincera—.

Prefiero disfrutar nuestro último día de vacaciones.

Le doy un beso en la frente y le extiendo la mano, que agarra al instante para que le ayude a levantarse.

—Y tú, ¿no tienes nada que contarme? Porque las miraditas que os echáis Sara y tú desde que habéis vuelto esta mañana de la playa no tienen desperdicio —añade.

Me río con ganas y la acerco para pasarle el brazo sobre los hombros.

—¿Tan evidentes somos? —pregunto.

—Mucho. Te conozco desde hace catorce años y te he visto con muy pocas chicas y casi ninguna era importante, pero la forma en la que os miráis es preciosa.

Lucía me regala la primera sonrisa real que le he visto en dos días antes de bajar juntos las escaleras.

Después de coger todos algo más de abrigo, vamos caminando hasta la playa.

Nos dedicamos a correr con Erik, tirarle palos y charlar entre nosotros hasta que empieza a llover como si el cielo se hubiera partido en dos. Cae tanta agua en unos pocos minutos que estamos todos empapados, pero no dejamos de reírnos.

Miro a Sara y no puedo evitar pensar que tengo mucha suerte de tenerla en mi vida.

Si ya pensaba que como amiga era increíble porque es divertida, inteligente y muy creativa, estar iniciando algo con ella es todavía mejor. Este nuevo nivel de intimidad, y no hablo solo de sexo, es alucinante.

Besarla, abrazarla o rodearla con mi brazo mientras su cabeza descansa sobre mi pecho me da una paz que nunca pensé que podría sentir con otra persona.

Sara se ha quedado sola junto a la orilla mirando cómo Erik, a pesar de la lluvia, está haciendo un agujero a su lado.

Sin poder evitarlo, me acerco a ella y la abrazo por detrás. Sara se apoya en mi pecho y le susurro al oído: «Podría dejar de llover, podría empaparme en tus gotas. Podría dejar de buscar, podría olvidar cualquier otra. Podría mil cosas pero… no puedo vivir sin ti, no puedo vivir sin ti». La letra de *No puedo vivir sin ti* de Ambkor es perfecta para este momento.

Sara se gira con una sonrisa tonta entre mis brazos, rodea mi espalda con los suyos y se estira para darme un casto beso en los labios. No me parece suficiente, así que la acerco a mí para profundizar el beso cuando Sara levanta los brazos y rodea mi cuello para devolverme el beso.

A pesar de que sigue lloviendo, tardamos un par de segundos de más en separarnos. De forma automática ambos apoyamos la frente en

la del otro, gesto que ya siento como nuestro. No podría gustarme más la cara con la que me está mirando Sara ahora mismo, como si estuviera en paz por estar aquí juntos.

De repente, una serie de aplausos nos sacan de nuestra burbuja. Nos giramos y son nuestros amigos, que nos miran sonrientes a un par de metros de distancia mientras silban y siguen aplaudiendo.

—¡Ya era hora! —exclama Álex contento.

—¡Hasta yo me había dado cuenta esta vez! —añade Raúl, y todos nos echamos a reír.

Y lo cierto es que ni siquiera hemos tenido que hablar sobre si se lo íbamos a contar a nuestros amigos pronto o si sería más adelante cuando estuviéramos seguros, porque al final, quién iba a decírmelo a mí, dejarme llevar ha sido la mejor decisión que habría podido tomar aquella tarde en el sofá de Sara cuando puse sus piernas sobre las mías.

CAPÍTULO 40

EL PUZLE POR FIN HA ENCAJADO

SARA

Volvemos a Madrid el domingo tras un puente cargado de emociones, sentimientos y amistad.

Estos días he desconectado del trabajo, he compartido con nuestros amigos ratos increíbles, me he puesto al día con todos e incluso vuelvo con novio.

A veces es necesario juntarse con los amigos y disfrutar momentos únicos que no se van a volver a repetir. A pesar de que todos tengamos una vida, cada vez que nos juntamos es vitamina y es como si nos hubiéramos visto el día anterior.

La amistad es mucho más que llamar cuando necesitas algo. Amistad es también celebrar juntos lo bueno y llorar lo malo. También es pedir ayuda cuando nos encontramos perdidos o interesarse por la vida de los demás, porque es posible que a veces esa persona esté tan perdida que no sepa ni cómo pedir ayuda.

El sentimiento de amistad es muy fuerte, pero a la vez puede ser frágil y romperse si no se cuida como se merece.

Aunque yo de este viaje me llevo mucho más. Me llevo, sobre todo, la satisfacción de haber sido valiente y haberme arriesgado.

Ir a por todas y no dar por perdido todo con Hugo ha sido la mejor decisión que habría podido tomar. Si me hubiera dejado llevar por mis miedos, no habría confiado en esa pequeña esperanza que me decía que no todo estaba perdido y que, a pesar de mi rechazo, Hugo estaba dispuesto a volver a intentarlo.

Bajo la mirada y observo su mano descansando sobre mi rodilla mientras conduce la furgoneta de vuelta a Madrid.

Estoy tan enamorada de él que no sé cómo he estado tan ciega y no he visto claros mis sentimientos hace tiempo. Aun así, todo lo que ha pasado nos ha llevado adonde estamos ahora mismo y esta sensación de que el puzle por fin ha encajado me encanta. Adoro la seguridad que me llena cada vez que Hugo me abraza y me estruja contra él.

Cuando nos dimos el beso en la playa, nuestros amigos nos dijeron que tampoco había tanta diferencia de cómo estábamos siempre a ahora, quitando los besos y abrazos. Ahora estos nos los damos a cada mínima oportunidad que tenemos. Y es que disfruto cada roce, abrazo o beso como si fuera el primero.

Sonrío al recordar la sensación de paz que sentí ayer en el porche envuelta en una manta con Hugo abrazándome mientras disfrutábamos de la última noche con todos nuestros amigos.

En ese momento sentí que no necesitaba nada más. Fue un momento perfecto que atesoré en mi cabeza para volver a él cada vez que me dé un bajón o sienta a alguno de mis amigos lejos.

Tengo mucha suerte de tenerlos a todos en mi vida.

Miro a Lucía, que está discutiendo con Hugo sobre música, para variar. Ambos comparten esa pasión y se pueden pasar horas hablando de letras, grupos y canciones.

No me olvido de la canción que Lucía nos puso cuando recorríamos este camino al revés y que tan bien encajaba con Hugo y conmigo. La muy cabrona sabía que los dos estábamos enamorados y fue su forma de darnos un pequeño, pero nada discreto, empujón.

Todavía no sé quién es Mauri para Lucía y por qué le duele tanto para que solo con ver en la pantalla del móvil que está llamando a Hugo la sobrepase de esa forma, pero estaré a su lado si alguna vez desea contármelo. En los últimos meses hemos ido reforzando nuestra relación y se ha convertido en una buena amiga.

Agarro la mano de Hugo que descansa sobre mi rodilla, me relajo y disfruto del resto del viaje entre risas y canciones.



Cuando llegamos a Madrid, no sé muy bien qué vamos a hacer Hugo y yo. Lo cierto es que no me apetece todavía que nos separemos, porque no me canso de estar con él. Quiero más.

Abro la puerta de mi casa y Erik entra corriendo a comprobar que todo esté en su sitio. Hugo y yo nos miramos y pasan un par de segundos antes de que alguno de los dos hable.

—Esto… ¿nos vemos mañana? —propongo nerviosa.

—¿Mañana? Pensaba dejar la maleta en mi casa y pasar lo que queda de tarde contigo —responde igual de nervioso que yo—. Bueno… Si tú quieres claro, no quiero agobiarte. Si prefieres ir poco a poco me parece bien también —añade entendiendo mi silencio como agobio.

Me río relajada y me acerco a él.

—Es un plan perfecto para acabar el mejor puente de mi vida —digo sonriente antes de darle un beso.

Hugo me devuelve la sonrisa más bonita que le he visto hasta ahora y siento que me enamoro un poquito más ante la dulzura con la que me está mirando.

—Venga, te espero abriendo el sofá y cogiendo una manta mientras carga *Snowfall*.

Cuando Hugo se gira, le doy un cachete en el culo y voy directa al salón para prepararlo todo con el sonido de su risa al meterse en su piso.

A los pocos minutos está de vuelta con el pantalón del pijama puesto, gesto que me encanta, porque ambos sabemos que estamos deseando dormir juntos todos los días que podamos.

Porque al final los inicios de una relación consisten en intentar estar con esa persona todo el tiempo posible e ir construyendo una rutina juntos. Porque, si todo fluye, deseas pasar cada mínimo momento libre con esa persona aunque sea haciendo nada.

Es la primera vez que estoy con alguien y siento que esa persona quiere pasar conmigo todo el tiempo posible.

Saber que ambos miramos hacia el mismo camino e incluso lo recorremos juntos me llena de una nueva seguridad que nunca antes había sentido y es maravillosa.

Nos tumbamos en el sofá después de ponerme también yo el pijama. Su olor me inunda cuando me abraza y solo puedo pensar que, por fin, estoy envuelta en los brazos del chico del que estoy perdidamente enamorada.

EPÍLOGO

CINCO MESES DESPUÉS

SARA

Apago el ordenador después de acabar mi primera clase *online* de Bellas Artes.

Estoy encantada de haberme matriculado en junio y haberlo cuadrado con el trabajo para poder estudiar sin perder la parte de ingresos.

Tras acabar los cursos, Lucía me avisó de que en su trabajo buscaban becarios para la parte de diseño y me animó a apuntarme. Lo único que pedían era llevar a la entrevista un *portfolio* con obras nuestras, así que hice un par nuevas y me llevé las que ya tenía en casa. A los pocos días me llamaron para ofrecerme el puesto, que acepté encantada.

La única ilustración que no metí fue la que hice de Hugo y Erik y que a Hugo tanto le gusta. La tengo puesta en mi atelier, para tener presente siempre a mis dos chicos favoritos.

Así que ahora soy una universitaria trabajando como ilustradora en prácticas muy contenta por estar persiguiendo sus sueños. Me encanta mi trabajo y, aunque no gano mucho dinero, merece la pena.

Además, también ayuda que Hugo y yo, tras valorar que estábamos pagando dos alquileres en el mismo edificio cuando acabábamos durmiendo juntos a diario, hubiéramos decidido irnos a vivir juntos a las afueras de Madrid a principios de verano.

Por lo que pagábamos entre los dos por dos pisos pequeños, conseguimos un pequeño adosado con jardín. No es muy grande, pero sí lo suficiente para que Erik disfrute del exterior y de su nueva caseta. Sin duda, es al que más ha beneficiado este cambio.

Por mi parte, teletrabajo cuatro días por semana, de forma que no se hace pesado tener que coger cercanías el día que me toca ir a la oficina y tardar un poco más de lo que me gustaría. Y, por la parte de Hugo, la casa la elegimos de forma que le quedara bien para ir a la tienda, ya que él sí tiene que ir a diario.

Miro el móvil y contesto a los últimos mensajes que tengo de Lili y Amandi.

Antes de verano vinieron a verme y nuestra relación se ha seguido estrechando. Incluso subí después yo a verlos y me acogieron como una más de la familia. La mujer de Amandi es pura bondad y se nota que adora a mi padre y a Lili, y yo ya la aprecié desde el primer momento que sentí ese amor.

Es cierto que la primera visita fue un poco dura, porque mi padre me contó todo el calvario que pasó por culpa de mis abuelos y que pensó durante tantos años que mi madre no me había tenido, pero que no se arrepiente ni por un instante de haber ido a buscarme en cuanto

se enteró de que yo existía.

En cuanto a mi madre, nuestra relación vuelve a ser la de siempre. La primera vez que fui a verla tras todo lo que pasó, lloramos como nunca y acabamos abrazadas en nuestra playa favorita. He aprendido a valorarla por lo bueno y no por los fallos que cometió siendo muy joven y que, además, ella misma ha arrastrado y por los que se ha castigado durante toda su vida.

Salgo al jardín de atrás y veo a Hugo intentando evitar que Erik se meta en la piscina que pusimos, una manía que cogió desde el primer día y que nos deja la piscina llena de pelos.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto riéndome.

—Creo que lo tengo controlado —contesta mi novio—, pero sí acepto buena compañía —propone con una sonrisa traviesa.

Me saco la camiseta vieja de Hugo que uso para andar por casa y los pantalones cortos de deporte y me meto en la piscina en ropa interior.

En cuando las manos de Hugo me rodean la cintura y mis piernas se enroscan en la suya, Erik aprovecha para tirarse al agua y salpicarnos.

Hugo y yo nos echamos a reír y disfrutamos los tres de un baño en familia.

HUGO

Tras nuestro baño a tres bandas Sara y yo nos damos una ducha larga no apta para menores.

Adoro a Sara. Me enamoré de su forma de ser desde el primer instante, pero mis sentimientos han ido creciendo a medida que he descubierto otras partes suyas.

Pensaba que era imposible enamorarme más de ella, pero en realidad cada día es más sencillo quererla un poquito más. Además, es increíble sentir que es recíproco.

Hemos discutido, como cualquier pareja, pero nuestras discusiones se limitan a problemas de convivencia sin importancia y no nos duran más de un par de horas, cuando uno de los dos acaba cediendo y le da un abrazo al otro. Ninguno de los dos es demasiado orgulloso, así que estar juntos es tan increíble como siempre había imaginado.

Además, en la tienda todo marcha de maravilla. Se ha apuntado más gente de la que pensábamos a las actividades de fin de semana, de forma que hemos ampliado en un par de personas la plantilla. Trabajar con mi padre me encanta y mi madre está feliz al vernos a los dos más unidos que nunca.

Cuando Sara y yo ya estamos más limpios y más relajados, nos vestimos y nos acercamos a Madrid, al bar en el que hemos quedado con todos nuestros amigos.

Hoy nos juntamos todos menos Lucía, que me ha dicho que no le apetece demasiado salir. Siempre ha necesitado momentos para ella, así que no le he insistido cuando me ha dicho que prefería estar sola.

Aprovechando que Lucía no iba a venir, al que he avisado es a Mauri.

Los últimos meses hemos recuperado nuestra amistad y me confesó que la había cagado con Lucía en su día. Que no supo gestionar todo lo que les pasó y que es consciente de que le hizo mucho daño sin que ella se lo mereciera.

Aunque nuestra relación se haya recuperado, Lucía y él no han tenido ningún tipo de contacto. Mauri me preguntó si debería escribirle y le dije que no pensaba que ella estuviera preparada, así que él decidió hacerme caso y darle su espacio.

Pasado un rato, llega Mauri a la mesa en la que ya estamos todos y lo acompaño a pedir algo de beber.

Cuando estamos volviendo hacia la mesa con un par de cervezas en la mano me encuentro de frente a Lucía.

—¡Hola! He decidido unirme porque se me estaban echando las paredes encima. Iba a pillarme una copa antes de buscar vuestra mesa, ¿me acompañas? —pregunta.

Me quedo paralizado sin saber qué decir.

Estos meses he hecho malabares para ver a ambos sin mezclarlos.

Mauri es consciente de que mi grupo es el de Lucía y sale de él mismo el no venir si está ella. Por su lado, Lucía también sabe que Mauri viene a veces, pero no pregunta sobre él ni yo le cuento nada.

—Luci, como me has dicho que no ibas a venir he invitado a…

—Mauri —susurra.

Este acaba de llegar a mi lado y mira a Lucía con pena. Tampoco se esperaba encontrarla aquí y se nota que lo ha pillado por sorpresa.

Lucía lo mira, pero no dice nada ni deja que él tampoco lo haga, porque se gira y se pierde entre la gente.

Me muevo para seguirla cuando Mauri me agarra del brazo.

—Déjame ir a mí, por favor.

Me voy a la mesa pensando en que tarde o temprano tendría que llegar el momento en el que hablasen, ya que está claro que ninguno de los dos ha cerrado todavía esa herida.



LISTA DE REPRODUCCIÓN

Lluvia - Mala Rodríguez
Palabras de honor - ZPU
Amada mía - Falsalarma
Buenas noches - Ambkor
Si por mí fuera - Beret
Sastre de sonrisas - Rayden
Déjame ser - Ambkor y Aaron y Artes e Hijo Pródigo
Cara sucia - El Chojin
Cheque en blanco - Waor y Zetazen
Habla mi mirada - Toteking y Waor y Dollar Selmouni
Invierno - ZPU
Déjame volar - Denom
Nada es perfecto - ZPU
Haciéndonos los muertos - Rayden
Juntos - ZPU
Caminaré - Waor y Maka
Estar aquí - Hens y Delgao
Acércate - Bely Basarte y Natos y Waor
Bailando al son del mar - Green Valley y Rapsusklei
No puedo vivir sin ti - Ambkor

Spotify

Youtube



¡Escanea los códigos!

AGRADECIMIENTOS

Cuando empecé *El mejor de tus errores* estaba convencida de que sería una novela independiente e incluso tenía miedo de que con ella se acabara toda mi inspiración, pero a medida que la historia de Ari y Álex fue cogiendo forma Hugo y Sara me pidieron su propia historia y aquí la tenéis.

Quiero dar las gracias en primer lugar a Juanca por animarme y sentirse orgulloso de mí. Gracias también por quererme tal y como soy, con todas mis manías. Siempre te volvería a elegir, porque no me imagino otro compañero de vida que no seas tú.

A mi familia por apoyarme y animarme. Sentir que os gustan mis historias es el mejor regalo. En especial a Olivia y a Mario por compartir sus lecturas conmigo cada vez que estamos juntos y hacer de los libros algo nuestro.

A Dami, María y Angélica por ayudarme a dar forma a mis historias, escucharme y aconsejarme. Gracias a vosotras «Valientes» es una realidad.

A Maru por ayudarme y aconsejarme de una forma tan bonita. Gracias a ti esta novela calienta un poquito más el corazón.

A Gemma por tratar siempre mis manuscritos con tanto cariño y profesionalidad. Tú también eres parte importante de mis valientes.

A Carol por las mejores cubiertas que podría imaginar. Eres magia hecha arte y soy muy afortunada de que quieras formar parte de mis proyectos, pero sobre todo de tenerte en mi vida.

A Anameri por ayudarme a creer que soy escritora de verdad. Gracias también por nuestros viajes, nuestras tardes de gimnasio y nuestra conversación de WhatsApp eterna.

A Marta por leerme, aunque no sea tu género y apoyarme en cada pasito. Sigo teniendo la mejor descripción biográfica de la historia gracias a ti.

A mi «Isla», sois ancla. A mi «Familia Lucense», gracias. A Martis, la mejor compañera de piso de la historia, gracias por estar ahí y porque verte siempre sea volver a casa. A Nuria por apoyarme y celebrar juntas lo bueno.

A todas las personas que conozco y que saben que ciertas cosas de la historia son un guiño hacia ellas. Al final todos los autores nos dejamos un trocito en cada libro y a mí me encanta dejar también detalles de los que me rodean.

A las personas que he conocido gracias al mundo literario. «Las chicas de Fransy» y «Comando Pepinillo Lector», me dais vida y salseos literarios maravillosos. Quiero hacer mención especial a Cristy por definirme como «escritora cartógrafa» y regalarme ese término

con el que tan bien me identifico.

A todos los lectores que me escriben para hablarme de mi primer libro y animarme a seguir escribiendo. Significa mucho más de lo que podríais imaginar.

Y, por último, pero no menos importante, gracias a ti por haberle dado una oportunidad a esta historia.

SOBRE LA AUTORA



Nair Manuela. Lugo, 1990.

Escritora cartógrafa. Lectora. Abogada. Criminóloga. Mejor persona.

Tal vez no sea la biografía más seria ni la más divertida, pero prefiero que me conozcas a través de mis personajes.

Otros libros de la autora

- *Mientras siga nevando* (2021) - relato «La magia de la Nochebuena».
- *El mejor de tus errores.* Valientes 1 (2022).

Puedes encontrarme en las siguientes redes sociales

https://www.instagram.com/nairmanuela_autora

https://lalibretadenani.com

OTRAS NOVELAS DE LA SERIE

